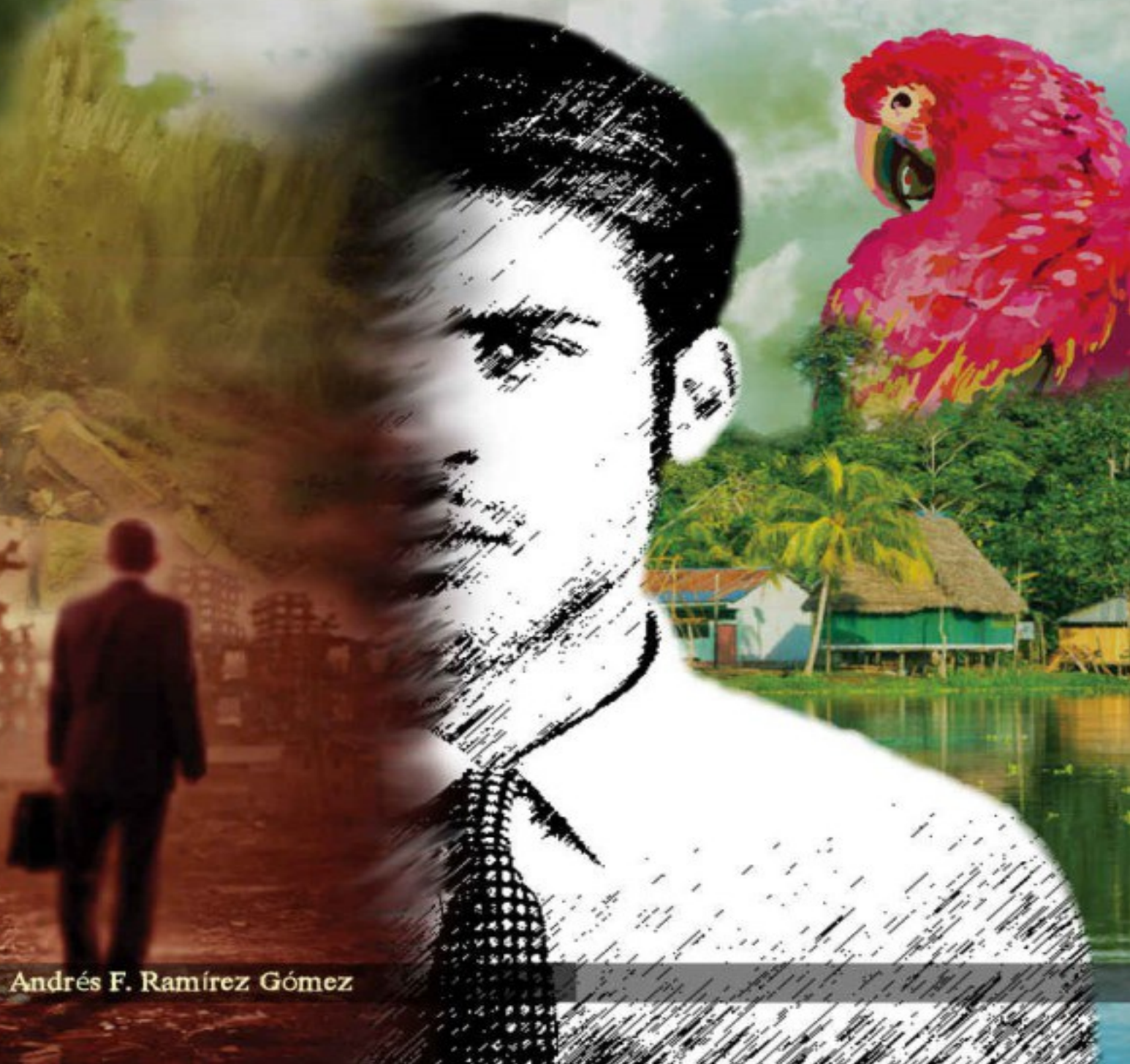


---

Caminante  
sin  
**RECUERDOS**

---



Andrés F. Ramírez Gómez

# **CAMINANTE SIN RECUERDOS**



**Andrés F. Ramírez G.**

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes mencionados son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas, lugares o situaciones del mundo real es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: *Caminante sin recuerdos*

Segunda edición: Abril de 2018

© 2018, Andrés F. Ramírez Gómez

Asesoría editorial: Juan Pablo Moya Ramírez

Edición y cuidado de textos: Gabriela de la Parra M.

Eltipomóvil / Soluciones editoriales

[www.eltipomovil.com](http://www.eltipomovil.com)

Diseño de carátula: Adriana Duarte Mateus

ASIN: B079RMLXVY

*“Pueden quitarme el trabajo, embargarme la casa y el carro, pero nunca me podrán arrancar mis recuerdos y experiencias.”*

Año 2118. La contaminación ocasionada por el hombre en los últimos cien años ha afectado fuertemente el clima global, haciendo inhabitable la mayor parte de países alrededor del globo.

En estos momentos, tan solo una porción de tierra es habitable y está ubicada al norte de Suramérica, más exactamente en la zona donde se encontraba el país Colombia que, gracias a su ubicación geográfica en medio de dos océanos y a la selva amazónica, logró mantener parte de su humedad y evitó convertirse en un gran desierto como lo han hecho las demás zonas alrededor del mundo.

Paralelamente, la población tanto humana como animal ha disminuido de forma drástica, y, además, las nuevas condiciones de vida han hecho que tanto humanos como animales hayan tenido que cambiar su comportamiento para sobrevivir en esta nueva era.

En silencio y oculto en medio de dunas y rocas del desierto me encuentro. Hay una brisa fuerte y blanca que recorre las dunas, el sol está en el punto más alto del cielo, la temperatura debe superar los cuarenta grados centígrados. Siento el viento arenoso y caliente arañar mi rostro, tengo sed, mucha sed, pero es peligroso moverse de día y más en un desierto como este, desolado y traidor. Mi nombre es Mark Miles o eso creo, porque a decir verdad no lo recuerdo bien.

Durante los últimos tres meses he vagado por este desierto llamado «La Tatacoa». Me he acostumbrado a las cosas raras que ahora hace la naturaleza, como aquellos cactus cuyas espinas brillan al filo de la noche, así como también a los reptiles que aunque grandes como perros se espantan a gran velocidad al escuchar cualquier ruido.

Podría decir que he pasado bastante tiempo en medio de esta naturaleza extraña, ahora sé que es mejor desaparecer durante el día y avanzar en la noche. Prefiero mil veces enfrentarme a animales salvajes en la noche que encontrarme con un ser humano durante el día.

Desde lo que sucedió hace cinco años, vivir escondiéndome de los demás seres humanos se ha vuelto mi estilo de vida, sobrevivir es lo único que me impulsa a seguir con mi eterna huida.

Ya casi anochece, el hambre perfora mi estómago, mi meta para la cena es cazar alguna de esas lagartijas gigantes, o quizás encontrar una serpiente fresca enroscada en alguno de esos cactus que brillan en la noche. Las pocas serpientes que aún sobreviven en este mundo son adictas a morir de esa forma suicida. Las formas de vida que conocíamos antes han evolucionado de una forma realmente muy extraña.

Tras caer el sol, salgo de mi escondite para revisar los cactus cercanos. Tras un par de horas de búsqueda, encuentro dos serpientes aún no tan podridas, corro con suerte.

A medianoche, con el estómago lleno, comienzo a caminar bajo la luz de la luna llena, el brillo de las espinas de los cactus le da un toque psicodélico al paisaje nocturno. Como todas las noches, la idea es seguir caminando hasta que comience a salir el sol. Camino siempre hacia la misma dirección, hacia el norte, siempre al norte para llegar a las ruinas de lo que antes se conocía como Santafé de Bogotá, en donde comenzó mi odisea y mi pesadilla hace ya cinco años.

Caminar bajo la luz de la luna y en total soledad hace que mi cabeza comience a dispersarse, a recordar esas personas que conocí y que en este momento están muertas, varias de ellas murieron

de una forma atroz. Pienso en la gente que vi desangrarse frente a mí, pero especialmente pienso en Johana, en su sonrisa y en su carisma que me subía la moral y me hacía olvidar la solitaria realidad.

De repente, mientras divago por mis recuerdos me doy cuenta de un correteo tras de mí. Por estar pensando en el pasado no estaba cubriendo bien mis pasos. Además del correteo podía reconocer otro sonido, unos graznidos de un grupo de aves, tal vez preparando una cacería.

Reconozco inmediatamente esos graznidos, ya los había escuchado antes, provienen de uno de los cazadores más experimentados en el desierto y en la selva, una jauría de pavos reales. Los pavos con el tiempo se volvieron animales carnívoros que atacan en grupo.

Me oculto rápidamente detrás de un conjunto de cactus que me dejan observar a mis perseguidores. Tras unos minutos de espera logro verlos, van caminando lento en formación, tres machos y una hembra. Van mirando para todos lados. Los machos tienen las plumas de un color azul brillante que se ve en la oscuridad, ellos van adelante, son los cazadores, y detrás de ellos más o menos a unos diez metros, viene la hembra de color morado y con un tono más brillante que los machos. Los pavos reales son muy buenos cazadores ya que trabajan en equipo y son aún más efectivos si solo se trata de una presa perdida en la oscuridad. Ese parece ser el caso esta noche.

Correr es la primera idea que llega a mi cabeza. Sin aguardar un minuto más, empiezo mi retirada; mientras más rápido pueda, mejor. Mientras me alejo escucho un graznido agudo: la cacería ha comenzado. Solo hay una forma de salir vivo de un ataque de estos: ubicar un árbol en medio de las tinieblas. Sé que no puedo enfrentarlos directamente porque son tres machos y si uso la pistola podría alertar a otro humano sobre mi presencia y eso empeoraría las cosas. Lo único que puedo utilizar con ellos es alguno de los dos cuchillos que llevo.

En medio de mi carrera logro percibir lo que parece ser un árbol. Llego a él y comienzo a trepar. Los pavos, que son también muy rápidos, llegan casi al tiempo conmigo, uno de ellos alcanza a jalarme un pie con su pico; tras una patada bien puesta cae, pero vuelve a levantarse. Logro llegar a una rama a tres metros de altura del piso, los machos comienzan a trepar el árbol y se acercan cada vez más. No tengo a dónde más subir, así que los espero para enfrentarlos.

La hembra, por el contrario, está supervisando la operación desde abajo. Mi misión ahora es ubicar su posición porque solo tengo una oportunidad si quiero salir vivo hoy.

Próximos a llegar los pavos machos a mi posición, me muevo rápido por entre las ramas hasta un punto en donde quedo justo encima de la hembra. Espero que los machos se acerquen un poco más. Es mi único chance y debo aprovecharlo en el momento preciso.

Los pavos por fin llegan donde me encuentro. Al ver que uno de los machos se arroja sobre mí con sus garras hacia adelante salto al vacío, saco mi cuchillo en el aire y apunto directamente al corazón de la hembra. Es un ataque sorpresa. La hembra, sorprendida, intenta esquivar mi ataque pero es muy tarde, atravieso su cuerpo suave y carnudo; ella, sin poder defenderse, exhala un alarido de muerte. En su último soplo de vida su cuerpo expulsa un aluvión de energía vital que me expulsa de espaldas contra el suelo y entro en un estado de *shock*, que me deja inconsciente.

Comienzo a soñar, me hundo en un estado de semiinconsciencia, estoy en medio de la nada, en la completa oscuridad. Serenidad total. Me siento como si estuviera en el espacio, flotando, mi mente se serena totalmente como si esta vida de supervivencia y muerte fuera tan solo un sueño. En un instante veo cómo una pequeña luz, como una vela, aparece en la lejanía y crece a medida que se acerca a gran velocidad, su tamaño es el de una bola de baloncesto cuando finalmente me impacta, puedo sentir cómo la energía que sale de la pava entra en mi cuerpo y me llena de energía.

De repente me despierto en el piso del desierto como chupado por mi existencia corporal. Estoy ahí botado sobre esa tierra blanquecina, acostado entre el cadáver de la hembra morada y el árbol de donde salté.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que entré en ese estado. Me levanto despacio, sacudo la arena de mi ropa y veo a mi alrededor a los tres pavos reales azules y brillantes. Me observan, pero no como una presa para matar sino como a su amo, con miedo y sumisión. Miro mis manos y mis brazos y tienen un ligero color morado brillante, y, tal como imaginé, ahora que asesiné a la hembra alfa soy el líder del grupo y ellos son mi ejército.

Es hora de continuar el viaje hacia Santafé de Bogotá. Todo indica que allá encontraré las respuestas a mis preguntas.

Tal vez mi nuevo color de mi piel no me permita pasar tan desapercibido de noche, pero el lado positivo es que no viajo solo y en el peor de los casos tendré comida para al menos un par de semanas.



Si tuviera que recordar cuándo inició la debacle de la sociedad como la conocíamos, podría decir que la penúltima era de la humanidad comenzó hace más o menos cinco años, exactamente el 27 de septiembre del año 2113. Ese día fue uno de los momentos en que la humanidad estuvo más unida que nunca, todos estuvimos involucrados en el mismo incidente, en el mismo instante de tiempo, aunque cada uno lo vivió de forma diferente.

Básicamente, los cerebros de la población mundial fueron *reseteados*, justo a las 9:17 de la mañana, fue una operación como la que se le hace a un teléfono celular para borrar todos los números de los contactos, las fotos y videos, pero sin borrar las aplicaciones, y, así como los celulares, nosotros también quedamos inservibles, perdimos los recuerdos, pero no las habilidades.

La verdad no sé por qué ocurrió, lo único cierto para mí es lo que recuerdo me sucedió esa mañana en ese instante preciso de tiempo, donde mi vida recomenzó.

Al pestañear a las 9:17 de la mañana, fue como si acabara de despertar de un sueño o como si hubiera aparecido de la nada. Estaba sentado en una silla en un lugar desconocido. Tenía los ojos entrecerrados como si una luz muy fuerte me hubiera alumbrado directo a los ojos. También tenía un dolor de cabeza que al principio era imperceptible.

Mientras pestañeaba miraba las cosas que aparecían delante de mí sin reconocer nada: estaba sentado frente a un escritorio y a una computadora, al lado de esta había un café humeante. Tenía mis manos sobre el teclado del ordenador y por lo que parecía, estaba escribiendo un correo electrónico. En la pantalla podía ver el mensaje que años después sigo recordando constantemente:

«Mi adorada Liliana, tengo una gran sorpresa para contarte cuando vaya por ti hoy al aeropuerto. Primero recogeré a L... ».

Lo leí sin entender nada y no le di importancia. Miré mi reflejo en el monitor e intenté reconocerme, pero fue en vano. Luego, le eché un ojo a la ropa que llevaba: chaqueta de paño azul, camisa blanca con una mancha vieja de tinta de bolígrafo, corbata roja, pantalón de paño azul y unos zapatos que aunque viejos estaban bien lustrados. Me sentí disfrazado.

No sabía qué estaba pasando ni tampoco qué pensar. «¿Será que estoy sufriendo un episodio de amnesia? ¿Estoy enfermo? ¡No me acuerdo ni siquiera de mi nombre!». Esos fueron los primeros

pensamientos que vinieron a mi mente.

Podía reconocer el nombre de las cosas y su utilidad, sabía que estaba frente a un computador, sentado en una silla y tomando un café amargo y aguado; sabía que podía leer (ya que podía leer el mensaje de correo), escribir, pero no recordaba absolutamente nada de mí, ni qué diablos hacía en ese lugar.

Tras varios minutos tratando de digerir la situación, miré a mi alrededor y la primera persona que vi fue un hombre sentado a mi izquierda, tenía un celular en su mano, vestía de manera elegante igual que yo: camisa, corbata, traje de paño. Al verlo entendí que me observaba con la misma mirada de confusión que yo tenía.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—¿Qué? No recuerdo nada. No sé qué hago acá —dijo.

—¡Diablos!

De su camisa colgaba un carné. Lo tomó en sus manos y dijo:

—Al parecer mi nombre es Osvaldo, pero ¡no me suena para nada!

«Y yo, ¿cómo me llamo?», me pregunté. Si él tiene un carné yo también debería tener uno. Busqué en los bolsillos de mi chaqueta y en el escritorio. Finalmente lo encontré debajo del teclado, tenía mi foto y decía, Mark Miles, ingeniero de sistemas, Departamento de Soporte de la empresa aseguradora HTF. En la imagen se veía una persona sonriendo tímidamente, como pidiendo permiso para sonreír, «Así que este pobre diablo soy yo», pensé.

Mientras miraba la foto me di cuenta de que había más personas más allá de mi puesto de trabajo, los veía por encima de mi monitor, eran más de cien, algunas estaban de pie, otras sentadas en sus escritorios.

Todos estaban en total silencio, mirándose los unos a los otros; uno de ellos, por ejemplo, estaba de pie leyendo y releiendo unas hojas que tenía en la mano tratando de comprender para dónde iba; otros tres estaban parados y formaban un círculo al lado de una máquina fotocopidora, cada uno con un café en la mano, parecía que hablaban entre sí, y en ese instante se miraban asustados y en silencio. «¿Qué diablos está pasando?», me dije.

De repente, un dolor me fulminó la cabeza. Cerré los ojos, me tomé la cabeza y me apoyé sobre el escritorio. La imagen borrosa de un hombre furioso gritando, cubierto de sangre y con un hacha en su mano apareció en mi mente. ¿un recuerdo?

Un grito al otro lado del piso me hizo salir del trance:

—¿Qué está sucediendo? —Era la voz infantil de una mujer joven vestida de rojo.

Nadie respondió, pero a los pocos segundos una explosión de voces apareció. Todo el mundo parecía hablar al mismo tiempo, preguntas como ¿qué pasó?, ¿dónde estamos?, ¿qué hacemos acá? Iban y venían de todos lados.

Nadie tenía respuestas.

—¡Entonces nos pasó a todos! —sentenció Osvaldo.

Volteé hacia él y al verlo se me pareció a la imagen que me llegó con el dolor de cabeza.

Una señora pelirroja y gorda que estaba sentada a dos escritorios del mío gritó:

—¡Alguien seguro nos envenenó!

—¿Será? —preguntó una chica rubia que estaba junto a una de las ventanas.

—Pues ¡yo también creo que alguien nos envenenó! —dijo un señor calvo disfrazado igual que yo.

—Pero ¿quién? —preguntó de nuevo la muchacha junto a la ventana.

—¡Pues el café niña! ¡Seguro fue el café! —dijo de nuevo la señora pelirroja.

Miré asustado el café que tenía a mi lado. ¿Sería cierto? Lo cogí, lo olí, tomé un sorbo, pero no noté nada raro.

—¿Sería el café? —dije mirando a Osvaldo.

Osvaldo no me prestó atención, estaba escudriñando una agenda que tenía sobre su escritorio.

—Pues yo también pienso que fue el café —dije de nuevo.

Osvaldo se detuvo y me miró serio:

—Qué importa si fue el café o no. Debemos tratar de recordar. Revise las cosas que tiene, de pronto encuentre alguna pista en su ropa.

Era una buena idea, así que busqué afanado qué tenía en los bolsillos de mi chaqueta y pantalón: un bolígrafo, las llaves de un auto, y otras llaves de algún lugar que supongo eran del sitio donde vivía. Hallé también unas monedas, un teléfono celular y finalmente, una billetera, que tenía dos tarjetas de crédito, un documento de identificación, una licencia de conducción, un papel

con una lista de compras de mercado y una foto.

La foto era una *selfie* de una mujer de unos 30 años que caminaba por una playa en un traje blanco, sonreía para la cámara, el pelo castaño claro le llegaba a los hombros. ¿Será la misma del correo? ¿Liliana? ¿Era mi novia? ¿mi esposa? Y, si era importante, ¿por qué diablos no podía recordarla?

Me sentí miserable.

De repente, recordé al correo. ¡Seguro debían haber más correos de ella!

Cuando me dispuse a leer de nuevo el mensaje electrónico, la pantalla se volvió azul y luego se apagó.

Moví afanado el *mouse*, oprimí todas las teclas del teclado pero el maldito PC me pedía una clave. «¡Dios Mío! ¡Soy una hueva!», me dije.

Mientras probaba claves inventadas, la conversación general continuó:

—¡Mi café también sabe raro! ¡Sí, debió ser el café! —gritó un anciano de baja estatura que sostenía la taza en su mano izquierda.

—¡Miren allá! ¡Ahí está el operario de la máquina de café! —exclamó la muchacha rubia que estaba junto a la ventana, mientras señalaba a un muchacho que tenía una chaqueta negra con el símbolo de un pocillo de café en su espalda.

—¡Sí! ¡El maldito tiene aún la chaqueta con el logo! —dijo un señor alto y flaco tomándole el brazo al operario.

—¡Cójnlo!... ¡Cójnlo! —vociferaban varios en coro.

—¿Yo? ¡No! ¡No! ¡No sé de qué hablan! ¡Yo tampoco recuerdo nada, suéntenme! ¡Suéntenme! —rogaba el acusado mientras varios pares de manos lo atrapaban para que no huyera.

Vencido y miserable por haber bloqueado el computador, giré hacia Osvaldo y le dije:

—¿Encontró algo?

—Nada, solo papeles llenos de cifras, mis documentos y algo de dinero. Revisemos ahora los cajones. ¡Tiene que haber algo en algún lado: nuestras hojas de vida, fotos o algo! Maldita sea... —dijo Osvaldo subiendo la voz.

Yo era una máquina de hacer caso.

—¡Estoy seguro de que fue el café! —dijo un señor canoso y medio calvo, mientras se paraba con dificultad sobre un escritorio que estaba en mitad del piso—. Según mi carné, soy el gerente del piso... y para mí ese señor nos envenenó...

—¡Sí! ¡Sí!... Fue el operario —acusaron varios en coro.

—¡Este malnacido tiene que hablar, que nos diga todo!... ¡Torturémoslo! —sugirió el gerente.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Que hable! —repetía el coro.

Mientras tanto, yo miraba papeles llenos de cifras y folletos de la empresa, cuando otro dolor me martilló de nuevo la cabeza, el dolor era más fuerte que el anterior, cerré los ojos y otra imagen llegó a mi cabeza: lloraba sentado sobre una piedra en medio del bosque con un arma en mi mano.

—¡Pero si usted es el jefe habla como un miserable al culparlo sin pruebas! ¡Así seguro nos trataba a nosotros! —dijo un anciano de gafas gruesas que estaba al lado del gerente.

—¡Sí! ¡Es un dictador! —gritó un muchacho al lado del anciano de gafas.

—¡Se aprovecha de los pobres como lo debe ser el operario del café! —dijo una chica de cuerpo esbelto.

—¡Sí! ¡Abajo los dictadores! ¡Atrápenlo! —ordenó un grupo a lo lejos.

Ahora eran dos los prisioneros en el centro del piso, rodeados por el resto de empleados.

—¡El culpable es el operario del café! —gritaban unos.

—¡No! ¡Fue el gerente dictador! —decían otros.

En medio de la algarabía, y tras recuperarme del dolor de cabeza seguí revisando encorvado un arrume de papeles que tenía sobre mis muslos. De vez en cuando miraba la turba esperando saber quién era el culpable. Mientras leía un *brochure* que hablaba del porqué éramos los empleados más felices del país, un pocillo estalló contra mi escritorio y una esquirra de porcelana rosó mi oreja. «¡Diablos!, esto se salió de control», me dije enderezándome.

La batalla había comenzado.

— ¡Tenemos que salir de acá! — dijo Osvaldo— ¿Encontró algo?

—No, nada, solo alcancé a esculcar un cajón, pero mejor vámonos. Van a golpear al gerente.

—Otros dos están ahorcando al operario. ¡Vámonos! ¡Vámonos!

Nuestros «compañeros de oficina» no solo golpeaban a los acusados, era una lucha de un bando contra el otro. Tenían varias armas: unos usaban cocedoras, otros el *mouse* del computador para golpear a distancia, algunos se valían de los teclados para pegar más fuerte y otros empleaban los cables de los cargadores de celular para ahorcar a sus contrincantes.

Era extraño ver gente vestida formalmente comportarse como animales. Parecía una pelea territorial entre lobos y perros salvajes.

Nos levantamos y esquivamos a la multitud caminando por el borde del piso junto al muro. Al llegar al otro extremo, una puerta de vidrio nos sacó a un pasillo donde estaban los baños, los ascensores y la entrada a la escalera de emergencia.

En medio de los ascensores, un pequeño 9 nos indicaba en qué piso estábamos. Me detuve en el pasillo y dije confundido:

—¿Qué hacemos ahora?

—¡Bajemos al otro piso y pedimos ayuda! —dijo Osvaldo mientras abría de un empujón la puerta de la escalera de emergencias—. ¡Vamos!

Bajamos las escaleras y Osvaldo le dio una patada a la puerta del octavo piso para abrirla. Al entrar en el piso, el ambiente era totalmente contrario al piso noveno: todo estaba tranquilo y silencioso.

La distribución del piso era igual al del piso noveno. Tras la puerta de vidrio que daba a las oficinas no se veía a nadie, solo papeles desperdigados, chaquetas colgadas en algunas sillas, bolsos de mujer y celulares sobre algunas mesas. Todo estaba abandonado. Era como si todos se hubieran esfumado.

Oswaldo caminó lentamente hacia la puerta de vidrio mientras yo lo miraba impávido desde el centro del pasillo.

—Esto está muy raro —dijo Oswaldo abriendo la puerta de vidrio.

Al abrirla, la puerta estalló en mil pedazos y un estruendo me dejó sordo. Me agaché contra una pared.

—¡Mierda, son tiros! —grité—. ¿Le dieron?

Oswaldo alcanzó a alejarse y se recostó contra otro muro, giró y asustado negó con la cabeza sin decir nada.

—¿Qué quieren acá?! —gritó una voz que provenía de algún lado más allá de la puerta de vidrio—. ¿Vienen por mí, malditos?

Sonaron dos tiros más.

—¡Al baño! ¡Metámonos al baño! —dije en voz baja señalando la puerta del baño de mujeres.

Corrí hacia allá y Oswaldo me siguió. Abrí la puerta de un empujón. Al entrar, el grito de dos mujeres asustadas me sobresaltó.

—¡Tranquilas! ¡Tranquilas! Venimos a escondernos. Hay un loco allá fuera armado —dije al verles la cara de espanto.

—¡Está bien! ¡Entren! ¡Entren! y no hagan ruido —pidió la mayor de las dos mujeres.

Las dos vestían de igual forma: blusa blanca y falda café. Una parecía de unos 25 años, la otra rondaba los 40. Oswaldo las miraba con desconfianza.

—Hay que trancar la puerta —ordenó Oswaldo mientras recogía un trapero e intentaba usarlo para asegurar la entrada—. ¿Ustedes estaban en este piso?

—Sí, al parecer sí —dijo la mujer menor visiblemente asustada.

—¿Y qué fue lo que paso allá afuera? —pregunté.

—Desperté acá maquillándome junto a... Lisa, que se lavaba las manos —afirmó la más joven—. No recordábamos nada, y aunque no nos conocíamos decidimos no despegarnos la una de la otra, salimos del baño y justo antes de entrar por la puerta de vidrio comenzó el tiroteo. Todo el mundo salió en manada hacia nosotras, y lo único que se nos ocurrió fue devolvernos para acá. Por cierto, mi nombre es Johana.

—¡Carajo! Eso quiere decir que acá también olvidaron todo —concluyó Osvaldo.

—Tengo miedo de que venga acá y nos mate —dijo Johana comenzado a sollozar.

—Tranquilízate... solo hay que pensar qué hacer —dijo Lisa colocando su mano en el hombro de Johana.

Johana tenía el pelo corto y castaño, su cabello le llegaba hasta los hombros, era delgada y sus manos temblaban. Por otro lado, Lisa tenía el pelo largo, liso y negro sobre el que relucían algunas canas. Ella mostraba más seguridad y transmitía confianza al hablar.

Tras un momento recordé el celular que había encontrado en mis pantalones.

—¡Ya sé! Llamemos y pidamos ayuda —sugerí sacando el celular.

Todos hicieron lo mismo. Cuando lo encendí, el aparato me pedía una clave de cuatro números.

«Las malditas claves están por todos lados!», pensé.

—¡Carajo! Mi celular está bloqueado —dije decepcionado tras varios intentos.

—¡El mío también! —dijo Osvaldo.

—Yo no tengo ningún celular conmigo —apuntó Lisa.

—El mío no me pide clave —dijo Johana sonriendo.

Una esperanza se abría ante nosotros.

—¿Y a quién llamo? —preguntó Johana.

—¡A cualquiera! —ordenó Osvaldo.

—En los contactos aparece «Papá». Voy a llamarlo —dijo Johana y marcó—. ¡No contesta!

—¡Llama a otro! —sugerí.

—Llamaré a «Mamá» —dijo sonriendo—. Está timbrando. ¿Aló? ¡Hola!, ¿Qué quién soy? ¡Soy Johana, tu hija! ¿Aló? ¿Aló?

Johana colgó y con los ojos llenos de lágrimas dijo:

—No sabe quién soy, me insultó y me colgó. —Dejó el teléfono en medio de los lavamanos y se puso a llorar.

Osvaldo lo tomó y marcó al número de emergencias:



—¡Está timbrando! —aseguró y tras unos segundos—: ¡Diablos! ¡Nadie contesta! —Colgó el teléfono y lo arrojó contra la pared.

Todos miramos como el celular se destruyó contra el muro y tras un silencio, Lisa, que abrazaba a Johana dijo resignada:

—Bueno, al parecer tendremos que esperar. En cualquier momento a ese loco se le acabarán las balas o se irá para otro lado.

—Esperemos entonces —dije.

Nos quedamos en silencio. Johana y Lisa se sentaron en los inodoros, Osvaldo no paraba de caminar por todos lados y yo me senté sobre un lavamanos. Cada pequeño ruido que escuchábamos nos hacía saltar de miedo, sobre todo a Johana.

Mientras esperaba utilizaba todas mis fuerzas para recordar algo. «¿Dónde quedará mi casa? ¿A dónde debería ir ahora? ¿Habrà alguien preocupado por mí? Saqué la foto de mi billetera y la examiné. ¿Quién diablos era Liliana? «Si pudiera encontrarla seguro ella me ayudaría a recordar y a entender», me dije.

De pronto, el baño comenzó a llenarse de humo que llegaba por los ductos de ventilación.

—¡Ahora sí hay que salir! —dijo Lisa—. O moriremos asfixiados.

—Tenemos que salir del edificio entonces—advertí.

Los demás aceptaron. Abrí la puerta del baño lentamente, miré por la abertura y no vi a nadie. El pasillo también se llenaba de humo. Muy despacio y haciendo el menor ruido posible todos salimos del baño. Osvaldo fue hasta la puerta de vidrio rota y se asomó a la oficina.

Nos miró y con señas dijo que no. Al parecer no había peligro.

Johana oprimió los botones de los ascensores de manera ansiosa, oprimía y oprimía, pero no llegaban. De repente, se escuchó cómo bajaba uno de ellos, al parecer sin frenos. Escuchamos la gente que iba dentro gritar de una forma terrorífica.

Johana, Lisa y yo quedamos petrificados y nos miramos entre sí.

—¡Jueputa! ¡Ahí está el malparido! —gritó Osvaldo—. ¡Corran! ¡Corran!

Sonaron más disparos.

—¡De aquí nadie me saca, malnacidos! —decía la voz ya ronca de tanto gritar.

Lisa corrió hacia la escalera de emergencia y comenzó a bajar. Todos la seguimos.

En nuestro descenso encontramos más personas, la adrenalina nos hacía ignorarlas, empujé a varios para seguir avanzando, solo pensaba en que no me pegaran un tiro. Descendí tan rápido que bajé los ocho pisos saltando escalones de dos en dos.

Llegamos al primer piso, la recepción del edificio estaba abandonada. Frente a ella había una pequeña sala de espera con algunos sofás y más allá estaban las puertas que daban hacia la calle. Lisa, visiblemente cansada, dijo:

—Sentémonos unos minutos.

—¡Nada! Hay que salir y alejarnos de este edificio de locos lo más rápido posible —ordenó Osvaldo

Él tenía razón, no había tiempo para descansar así que lo seguimos a la puerta de salida del edificio.

Oswaldo abrió la puerta, salió y se detuvo estrepitosamente. Tuvimos que empujarlo para poder salir y lo que vi me dejó mudo. La entrada del edificio daba a lo que parecía era una calle principal de un solo sentido (después me enteré de que se llamaba carrera 11). Los autos que transitaban por la vía estaban detenidos: se podían ver buses de transporte público, motos y carros particulares regados por todos lados, algunos chocados, otros abandonados. Salía humo de algunos vehículos y de varios edificios. Era una visión del fin del mundo: sonaban alarmas, vidrios rompiéndose, choques de otros autos.

En medio de ellos podía ver niños llorando y gritando, gente corriendo, gritando, otros de pie o sentados en el borde de los andenes en silencio mirando a la nada. Era como si el mundo se hubiera vuelto loco en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Oh, por Dios! ¿Qué es lo que está pasando? —preguntó Johana asustada.

—¡No fue solo el maldito edificio! —dijo Oswaldo.

—¡Diablos! —exclamé.

Las personas que también salían del edificio nos empujaban y nos insultaban.

—¡Alejémonos de la entrada! No es seguro estar acá —dijo Lisa.

Oswaldo comenzó a caminar en contra de la dirección de los carros. Todos lo seguimos, íbamos en fila, yo iba de último. Estaba muy ansioso y asustado, miraba para todos lados, no comprendía la locura que veía.

Tras pasar una cuadra, tres niños cogidos de la mano y llorando se nos acercaron: eran dos niños y una niña, debían tener entre 8 y 10 años. La niña se detuvo frente a nosotros y nos preguntó:

—¿Ustedes saben que pasó? Mi mamá salió corriendo por allá... —Y señalaba con su mano la dirección contraria a la que íbamos.

Antes de que alguno pudiera decir algo, uno de los niños se agarró fuertemente a mi pantalón y me preguntó:

—Señor, ¿usted es mi papá?

Lo miré con temor. No respondí, no sabía qué decir, estaba en la misma maldita situación que él.

Al no haber respuestas, el tercer niño los cogió de las manos y diciendo «¡vámonos ya!», los jaló y se los llevó a otro grupo de «adultos». Los tres niños eran diferentes entre sí, para mí no había ninguna relación entre ellos.

—Esto está horrible, pobres niños —dijo Lisa, mientras se alejaban.

—¡Pobrecitos! —replicó Johana.

—¡Sigamos! Esperemos que nadie más se nos acerque —solicitó Osvaldo.

De repente, Johana se tomó la cabeza y su expresión en el rostro era de dolor. La agarré de los hombros y dije:

—¿Estás bien?

—Sí... sí... son estos dolores de cabeza, cada vez son más fuertes.

—¡Bueno! ¡Bueno! Continuemos —dijo Osvaldo.

—Pero ¿Para dónde diablos vamos? —pregunté pensando en voz alta al darme cuenta que íbamos sin rumbo.

—¡Sí!, ¿A dónde vamos? —quiso saber Johana.

—¡Cómo voy a saberlo! ¡Para algún lado vamos! —Osvaldo subió la voz mientras se sujetaba la cabeza, al parecer por una jaqueca.

—¡Pues yo no sigo si no sé a dónde voy! —dijo Johana subiendo la voz también.

—Tranquilos todos —rogó Lisa—. Parece que los dolores de cabeza sacan lo peor de nosotros. No sabemos hasta dónde tengamos que ir para encontrar un refugio. Lo mejor es que sigamos y busquemos un sitio donde escondernos.

Me pareció buena idea, al igual que a todos, así que luego de calmarnos seguimos avanzando en la misma dirección.

Varias cuadras más adelante ya no solo veía gente confundida, sino que la violencia que vimos en la oficina había comenzado a expandirse por todos lados.

En una esquina, seis niños golpeaban a un policía.

—¿Lo ayudamos? —preguntó Johana.

—Ni locos, ¡sigamos! —dijo Osvaldo.

—Pero... —continuó Johana cuando de pronto vio que uno de los niños tenía lo que parecía era el arma del policía—. ¡Oh, por Dios!

El niño no tenía más de 10 años y con el arma en sus manos comenzó a disparar en todas las direcciones.

—¡Mejor corramos! —sugerí empujando a Lisa y a Johana.

Seguimos avanzando y más adelante nos volvimos a detener cuando Lisa gritó:

—¡Miren en la mitad de la calle! —Lisa señalaba un par de viejitas que golpeaban algo con sus bastones.

—¡Parece que le pegan a un hombre! —dije.

El rostro de las ancianas estaba poseído por la ira. El hombre en el piso no se movía, supongo que estaba muerto.

—¡Oh, por Dios! Esto no puede ser normal... que se comporte alguien así... —dijo Johana.

La sangre salpicaba a las ancianas con cada golpe.

De repente una se dio cuenta de cómo las mirábamos boquiabiertos al otro lado de la calle y, de inmediato, vinieron hacia nosotros con sus bastones en alto.

—¡Desgraciados jóvenes irrespetuosos! —gritó una de las ancianas.

—¡Corran! —grité.

Por suerte, las viejas eran lentas así que las dejamos atrás rápidamente.

Todo alrededor de nosotros era un caos. Se respiraba violencia, temor y locura por doquier.

Tras caminar varias cuadras llegamos por fin a una intersección de dos vías grandes. En una de las esquinas había una iglesia y en otra un centro comercial.

—Estos dos sitios podrían servir —dijo Lisa.

—Voto por el centro comercial —opinó Johana—. De pronto haya algo que podamos usar para defendernos.

—Yo por la iglesia —dije—. Tal vez esté más tranquilo... y...

Iba a decir que podíamos pedir clemencia por este fin del mundo, pero no fui capaz.

Osvaldo se dirigió hacia el centro comercial, no le importaban mucho nuestras opiniones. Todos lo seguimos.

El centro comercial se llamaba «Carrera Chile». Un gran letrero de colores adornaba su entrada principal. Entramos. Detrás de su puerta había un gran espacio abierto con varias casetas para tomar café, había mesas y sillas por todos lados. El lugar parecía abandonado.

Aunque el centro comercial tenía varios pisos, la parte central estaba vacía y la luz entraba desde un techo de vidrio a todos los pisos. Desde abajo podíamos ver las barandas que separaban los pisos del espacio vacío. Mientras trataba de percibir algún movimiento Lisa gritó:

—¡Miren eso!

Todos giramos asustados pensando que quizás era otra persona loca. Pero tan solo era un pequeño ratón, un ratón muy valiente: estaba quieto, mirándonos, a cinco metros de nosotros.

—Está haciendo algo con la boca, ¿no? Suena como si tuviera tos... —dijo Johana agachándose.

—Parece más bien como si estuviera ladrando —apunté sorprendido.

—¿Ladrando? Qué cosa tan rara —dijo Johana.

Mientras mirábamos absortos la pequeña y extraña criatura, un estruendo a nuestras espaldas nos hizo brincar del susto. Era el ruido producido por un cuerpo humano que había caído sobre una de las mesas, destrozándola.

—¡Dios mío! —dije acercándome lentamente.

Era una señora que llevaba un vestido largo de color verde. Al ver su rostro morado y sin vida me entraron ganas de vomitar. Los demás también se acercaron.

—¡Oh, por Dios! ¿Está muerta? ¿De dónde cayó? —quiso saber Johana mientras miraba hacia arriba.

—¡Quietos todos! —ordenó una quinta voz.

Echamos un vistazo, pero no había nadie.

—¡Ustedes, ladrones! ¡Todo esto es mío! —siguió la voz desconocida.

Al observar bien vi que la voz provenía de la caseta de café más cercana a nosotros. Era una muchacha que estaba agachada detrás del mostrador, y solo se le veían los ojos.

—¡Esto es mío y nadie me lo va a quitar! ¡Váyanse!—repetía la muchacha.

—¡Tranquila! ¡Tranquila! No somos ladrones —dijo Lisa.

—Y si no nos vamos, ¿qué va hacer? —increpó Osvaldo desafiante.

—¡Silencio Osvaldo! Es una broma... No somos ladrones... —dije cogiendo del brazo a Osvaldo.

—¡Ahora verán! —dijo la señora mientras nos arrojaba bolsitas de café instantáneo.

—¡Ja ja ja!

Osvaldo se carcajeaba mientras yo lo jalaba para alejarnos. De pronto, la muchacha se puso de pie y comenzó a gritar más alto, para todos lados, en especial para arriba.

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Vienen por todo!

Gritaba hacia los otros pisos, así que todos miramos hacia las barandas y en un par de segundos, decenas de caras se asomaron entre ellas.

—¡Malditos ladrones! —comenzaron a gritar los nuevos invitados a la conversación.

—¡Acribillemoslos como a los otros! —dijo un gordo de camisa azul desde el segundo piso.

—¡Sí! —gritó una anciana desde el tercer piso.

Comenzaron a arrojarnos cosas, sillas, cosedoras, mesas, pero lo peor fue que otros empezaron a disparar.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Corran! —dije.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —rogaba Johana.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Osvaldo.

Salimos del centro comercial espantados.

Corrimos por la calle principal sin dirección alguna. Lo importante era huir. Johana iba de primera y nos tomó ventaja rápidamente, así que lo único que podíamos hacer era tratar de alcanzarla. Desde lejos pude ver que ella entraba a una cafetería. Me sentía cansado, así que entre caminando y trotando me dirigí hacia allá.

Fui el segundo en llegar. Al entrar no vi a Johana, me dirigí a la cocina y la hallé en una esquina, sentada en el piso con las manos en su cara. Pensé que era otra jaqueca.

—¿Estás bien? —dije jadeando.

No dijo nada, pero vi que lloraba.

—¡Todos vamos a morir! —comenzó a gritar, llorando—. ¡Todos están locos! ¡Locos!

Ella tenía razón.

—Nosotros aún no estamos locos —aclaré.

—¡Pero lo estaremos! ¿No los viste? —dijo de nuevo—. ¡Todos moriremos o comenzaremos a matar a otros!

Lisa estaba en la puerta escuchando todo. Me alejé de Johana y Lisa se agachó frente a ella, puso sus manos sobre sus rodillas y dijo:

—La situación se ve complicada, lo sé, pero mientras estemos juntos cuidándonos, podemos intentar solucionarla. Debemos buscar un lugar seguro para los cuatro, lejos de esta locura.

—¿Tú no estás asustada? —preguntó Johana sollozando.

—Claro que lo estoy, pero mientras más asustada estoy, más me impulso a buscar una solución.

Las palabras de Lisa también me motivaron.

—Bueno, al parecer quedarnos no es una opción por ahora —apunté.

—¿Y lo que tenemos en la oficina? ¡Hay que volver! —dijo Osvaldo irrumpiendo en la cocina—. ¡Es lo único que nos da pistas sobre quiénes somos!

—¡Por ahora nos toca salvar nuestras vidas hoy! —sentenció Lisa—. Muertos no podremos



hacer nada.

Oswaldo guardó silencio.

—¡Busquemos entonces algo para irnos y salir lejos de la ciudad! —propuso Johana.

—Me parece bien —dije.

—Si esa es la decisión, entonces miremos los carros abandonados a ver si alguno tiene las llaves puestas —dijo Oswaldo.

Sin perder un solo minuto revisamos los automóviles que estaban abandonados en la calle. Unos estaban chocados, otros estaban intactos, pero sin las llaves.

—¡Encontré uno! —gritó Johana aún con la voz entrecortada.

Era un bus de servicio público azul, su letrero decía «Calle 72-Fontibón». Corrimos hacia él. Adentro, Lisa dijo:

—¿Quién conduce?

Sin decir nada me senté al volante, giré la llave y el bus encendió. Tomé la palanca de cambios y por alguna razón sentí que ya lo había hecho antes. Arrancamos y emprendimos camino hacia lo desconocido. Queríamos buscar un sitio en las afueras de la ciudad lejos del caos.

Manejé por las vías por donde se podía transitar, trepamos andenes y chocamos automóviles pequeños.

De repente, al pasar por un puente vehicular, vi un letrero que cambió mis planes. En letras blancas sobre un fondo verde decía: «Aeropuerto». A su lado, una flecha blanca señalaba hacia la derecha. Un nombre reapareció en mi mente: Liliana.

Sin decir nada, cambié el destino.

Siguiendo las señales tomé una autopista llamada «Avenida El Dorado» y tras una hora de camino comencé a ver algo aterrador: aviones caídos e incendiándose a cada lado de la vía. «¡Maldita sea! Esto no puede ser», pensé.

Al pasar el cuarto avión, Johana se acercó a mí y dijo:

—¡Dios santo! ¿Para dónde vamos?

—Para el aeropuerto —contesté en voz baja esperando que nadie más escuchara.

—¿Al aeropuerto? —dijo Osvaldo en voz alta—. ¡Pero si dijimos que íbamos a salir de la ciudad!

¡Diablos!

—Tengo que ir... allá está mi esposa, creo —objeté subiendo también la voz—. Será rápido. Entro, la busco, la recojo y listo.

—¿Y cómo sabrás quién es? ¿Cómo harás para encontrarla? —dijo Lisa.

—No sé, pero es lo único que me queda...

De pronto tuve que detener el bus en seco. Habíamos llegado al aeropuerto, pero entre él y nosotros había un gran avión en llamas. No había por dónde pasar. ¡Carajo!

—Esperemos un tiempo a ver si baja el fuego —supliqué.

—¿Esperar? ¡Está en pleno incendio! ¡Todo el aeropuerto está así! —observó Osvaldo.

La verdad es que el avión que teníamos en frente no nos dejaba ver cómo estaba el aeropuerto.

—¡Si quiere esperar le tocará quedarse solo, nosotros nos llevamos el bus! —dijo finalmente Osvaldo—. ¡Si nos quedamos, las llamas nos matarán!

—¡Yo también pienso que lo mejor es irnos! —dijo Lisa.

—Pero es lo único que tengo —dije poniendo la cabeza contra el manubrio.

—Debemos alejarnos al menos por hoy de la ciudad —aconsejó Johana—. Si ella estaba aquí ya debe estar muerta.

«¿Será? ¿Qué hago? ¿Me quedo, me voy? Y si me quedo, ¿Me tocará solo? », me decía en la cabeza.

Tras unos minutos, vencido y como un cobarde arranqué el bus y di reversa sin decir nada. Manejé el bus de regreso por en medio de los aviones y tomamos una vía llamada «Calle 80» que nos llevaría fuera de la ciudad.

Conduje sin pronunciar palabra. «¡Ahora sí la perdí!», me repetí. Atravesamos la ciudad, nadie habló durante todo el recorrido, solo observaban a través de las ventanas.

Una hora más tarde se veían menos casas y edificios a los lados de la vía, al punto que solo se divisaban potreros a ambos lados. Yo seguía pensando en lo cobarde que fui al no quedarme. Ignoré que la mayoría de pastizales eran de un color verde-rojizo.

A una cierta distancia de la ciudad, estacioné el bus a un lado de la carretera, me giré hacia los demás y dije:

—Bueno, ya estamos lejos de la ciudad. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Nos quedamos acá? —preguntó Johana.

—No, lo que podemos hacer por ahora es buscar un lugar donde pasar la noche y comer, el hambre me está matando —sugirió Lisa.

—Estoy igual —dijo Osvaldo.

Lisa tenía razón. Yo también estaba muriendo de hambre así que encendí de nuevo el bus. Oscurecía y aunque el sol desaparecía en la distancia, la ciudad en llamas iluminaba la noche.

A media hora de camino encontramos un restaurante, que tenía las luces apagadas, estaba abandonado y decidimos pasar la noche ahí.

El restaurante estaba conformado por un salón, una cocina y un baño. Lo primero que hicimos al entrar fue buscar la cocina, el hambre nos poseía. Había energía eléctrica y encontramos algunas cosas para cocinar como panela, arroz, carnes y vegetales.

Cocinamos entre Lisa, Johana y yo. Osvaldo simplemente supervisaba y decía que alimentos estaban quedando mal preparados. De vez en cuando, se iba a la puerta principal y vigilaba, por si alguien más llegaba.

Al tener lista nuestra cena (arroz, carne de res y zanahorias picadas) nos sentamos todos alrededor de una pequeña mesa. Al principio solo nos concentramos en comer. Finalizando la cena, Johana dijo:

—¿Y ahora qué?

—¿Qué de qué? —dijo Osvaldo.

—Pues estamos por fin a salvo, pero ¿qué deberíamos hacer ahora? —preguntó Johana.

—Pues la verdad hay que volver —dijo Osvaldo muy serio—. No solo por recordar, sino porque también debo encontrar información sobre mi familia.

—¡No quiero regresar todavía a Bogotá! —dijo Johana entre sollozos—. ¡Es el infierno!

—¡Es lo único que podemos hacer! —dijo Osvaldo.

—Pero ¿será seguro? —pregunté.

—Yo también pienso que hay que volver. Cuanto más pronto habrá más posibilidad de salvar a nuestros familiares —dijo Lisa.

—Pero ¿será seguro volver? —repetí.

—¡Qué importa si es seguro o no! —gruñó Osvaldo irritado—. ¡Es lo único que podemos hacer! ¿O alguien tiene una mejor idea?

Nadie respondió. Osvaldo tenía razón, no había otro camino.

—Muy bien, ya que nadie tiene una mejor idea propongo regresar mañana después de almorzar y con luz día —dijo Osvaldo mientras se levantaba con su plato para llevarlo a la cocina.

Con el estómago lleno, el cansancio del día nos estaba afectando a todos así que preparamos el salón para descansar. Nos esperaba un día difícil.

Movimos las sillas y mesas del salón y con costales y cojines intentamos fabricar cuatro camas en el suelo. Apagamos las luces y nos acostamos con la idea de dormir, pero la gran ciudad ardiendo iluminaba todo el salón. Yo era incapaz de conciliar el sueño, las imágenes de la gente muerta, las ancianas golpeando con ira, y la de los niños matando al policía aparecían cuando cerraba los ojos. Lo único que podía hacer era mirar el techo iluminado.

—¿Y si no logramos que vuelvan los recuerdos? —dijo Johana en voz alta en mitad de la noche.

Nadie respondió.

Al oír la pregunta supongo que todos experimentaron la misma ansiedad que yo de no tener nada y de que todo se iba a poner peor. Me giré sobre la «cama» y les di la espalda a todos.

Traté de dormir, pero vino otra fuerte jaqueca y con ella una imagen donde le clavaba un cuchillo en el vientre a una mujer. ¡Por Dios! ¡¿Qué me estaba pasando?! Me levanté y sigilosamente salí de la casa. Las jaquecas ya no aparecían tan a menudo, pero cuando llegaban eran impactantes.

«¿Esa mujer sería Liliana? ¿Será que la maté?». No sabía qué pensar. Estaba asustado. «Pero si le escribí, debe estar viva», supuse. Intenté calmarme. Aunque pensándolo bien la cara de la mujer se parecía más a Johana.

Ansioso, me dediqué a observar a lo lejos la ciudad llena de fuego. Tantos muertos, tanta locura.

En el cielo, sobre la urbe, pequeñas manchas volando se alejaban de la ciudad. Eran pájaros emigrando. Mientras miraba con más atención a los pájaros que pasaban sobre mí, vi que algo gigante como un avión iba en la dirección contraria. ¿Un avión? No, parecía un ave gigante que nunca había visto antes. ¿Un gran cóndor? Iba lentamente hacia Santafé de Bogotá quizás en busca de carroña.

Mientras miraba asombrado el ave, algo tocó mi hombro y salté del susto. Era Lisa, que al ver la sorpresa que me causó dijo:

—Lo siento, tampoco puedo dormir.

—¡Me asustaste!... Mira esa cosa gigante. ¿Qué crees que sea? —Intenté mostrarle el ave pero

ya no estaba.

—No veo nada... pero bueno, estuve pensando y ahora creo que no es tan buena idea volver. Al menos no tan pronto.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, tengo un mal presentimiento.

—Y lo que decías de salvar a nuestras fami....

De repente, un sonido de automóviles a gran velocidad nos silenció. Era como una carrera a toda velocidad. Además de los motores, sonaban disparos. Entonces, tomé el brazo de Lisa y la jalé hacia el restaurante. Cerramos con tranca y nos refugiamos.

Todo indicaba que no era buena idea salir de noche por el momento.

Me acosté e intenté dormir, pero con el corazón acelerado por el susto resultó imposible. Cuando por fin lo logré, el sol comenzó a salir, y aunque dormí solo un par de horas alcancé a soñar algo que me dio nuevas pistas: era una mujer vestida de blanco parada frente a una ventana mirando hacia el cielo, la veía de espaldas. «¿Será Liliana?», me pregunté. Tenía algunas canas. «¿Por qué no podía recordarla? ¿Era mi esposa? ¿Mi amante?». ¡Maldito olvido!

A media mañana, comenzamos a preparar todo para volver a Santafé de Bogotá, Osvaldo estaba determinado en su decisión de regresar.

No sabíamos qué nos íbamos a encontrar, así que decidimos preparar un armamento: palos de escoba, algunas sartenes y unos cuchillos de cocina.

Luego, Johana y yo alistamos el bus: guardamos debajo de las últimas sillas el armamento y la poca comida que nos restaba.

Antes de terminar nuestra tarea, el ruido de un vehículo acercándose nos asustó, nos agachamos para no ser vistos. El suceso de la noche anterior me tenía preocupado. El vehículo se detuvo al lado del bus, y el conductor comenzó a pitar.

Me asomé por una ventana tratando de no ser descubierto. Era una camioneta blanca. Supuse que al ver el bus y la puerta abierta del restaurante decidieron detenerse.

El conductor pitaba sin tregua.

—Es una muchacha —dije.

Johana se asomó por otra ventana del bus, saludó y luego dijo:

—¡Salgamos!

—¿Qué?

—Salgamos... no se ve peligrosa.

Callé. Solo la seguí fuera del bus y nos hicimos en frente del mismo.

El conductor de la camioneta era una muchacha que debía tener unos 20 años. Salió de la camioneta y desde atrás de la puerta del carro dijo con cierta precaución:

—Hola desconocidos... Mi nombre es Flor de Liz... ¿Acaso tienen comida para vender o, mejor, para regalar?

—Pues no sé... —comencé a decir mientras pensaba en lo poco que teníamos.

—¡Por favor! —dijo ella—. Un poco de piedad... necesito ver un poco de luz en esta

humanidad de *shit*...

—¡Claro que tenemos comida! —dijo Johana sonriendo y dirigiéndose hacia mí—: podemos darle mi porción.

—¡Gracias! ¡Gracias! Por fin una buena noticia. La ciudad es un infierno por todos lados, no se puede confiar en nadie, conseguir algo para comer es imposible, tienes que arrancar las cosas de las manos de las otras personas.

—¿De verdad? —dijo Johana.

—Sí, además el hedor a muerte asfixia y enloquece más a las personas... Muy pronto el olor llegará hasta acá.

Flor de Liz se dirigió hacia la puerta de atrás del auto y al abrirla, dijo:

—¡Salgan niños!

Cinco niños pequeños y cubiertos de ceniza salieron del automóvil.

—¡Diablos! —dije mirando a Johana—. ¡Osvaldo nos va a matar!

Mientras miraba a Flor de Liz empujar a los niños hacia el restaurante, pregunté:

—¿Son todos tuyos?

—No, para nada. No pude abandonarlos. Recogí los que más pude en el camino. Quizás fui niñera o algo por el estilo antes de todo esto.

Entramos todos al restaurante. Organicé unas mesas y unas sillas mientras Johana preparaba el arroz y la mitad de la aguapanela que nos quedaba.

—¿Para dónde van? —pregunté tras sentarnos.

—No lo sé... pero nos vamos lejos de acá... lo más lejos posible.

Osvaldo y Lisa, que estaban buscando comida en las casas cercanas, llegaron y al ver el grupo de gente se detuvieron en la entrada:

—¿Qué está pasando acá? ¿De quién es el carro que está afuera?—dijo Osvaldo sorprendido.

«¡Diablos!», pensé y dije:

—Ella es Flor de Liz. Viene huyendo de la ciudad y decidimos darle un poco de comida.



—¡Pero no tenemos suficiente! —gruñó Osvaldo.

—Pues sí, pero... —Intenté buscar una excusa.

—Lo hicieron bien —dijo Lisa poniendo su mano sobre el hombro de Osvaldo—. Si queremos arreglar todo, los pocos cuerdos que quedamos tendremos que colaborar para no terminar muertos.

—Está bien. Luego veremos cómo distribuir la comida que queda —dijo Osvaldo mirándome feo.

—Mejor siéntense y charlamos con ellos... —sugerí.

Osvaldo hizo caso de mala gana, Lisa se sentó a su lado. Johana llegó con la comida y también tomó asiento.

Flor de Liz y los niños se metían un bocado tras otro sin pausa. Los demás simplemente los observábamos impávidos. Con la boca llena, Flor de Liz comenzó a decir:

—¿Ustedes viven acá? ¿Olvidaron todo también?

—Creería que nos pasó exactamente lo mismo que a ti... sino que escapamos ayer, cuando empezó todo —dijo Lisa.

—Pues lo hicieron muy bien. Cuando sucedió, estaba durmiendo en lo que creo era mi apartamento. Un terrible dolor de cabeza me despertó y al abrir los ojos y al no reconocer nada pensé que estaba enferma o loca. Busqué medicamentos que supuse tendría, pero nada. Decidí esperar un tiempo, encendí el televisor, las imágenes eran locuras, cámaras desenfocadas, periodistas gritando y corriendo. Mientras miraba la tele, otro fuerte dolor de cabeza me invadió y una ira incontrolable me dominó. Cuando volví en mí había destruido el televisor y la sala. Asustada, me encerré en el cuarto.

—¿Qué hiciste después? —preguntó Johana intrigada.

—Intenté tranquilizarme. Me sentía protegida en mi apartamento pero a la vez sentía mucho miedo. Ya en la noche los incendios comenzaron a consumir el barrio; después se fue la energía y en la mañana el calor de las llamas llegó hasta mi cuarto, así que tuve que marcharme. Encontré las llaves de un auto sobre una mesa. Salí al pasillo y en las escaleras encontré un cadáver, el olor era terrible, supongo que por el calor, bajé corriendo y al llegar al parqueadero busqué el carro activando su alarma y lo encontré... En ese momento, un niño se me acercó preguntando si yo era su madre. Ese fue el primero que subí a la camioneta.

—Y ¿Qué viste en la ciudad, cómo está todo? —inquirió Lisa con los ojos abiertos.

—Es un infierno, el calor hizo que los cuerpos se descompusieran más rápido, el aire es pestilente. Lo primero que intenté hacer fue buscar comida en alguna tienda grande. La primera ya estaba robada, y al parquear me atacaron varias personas para quitarme el carro. —Flor de Liz miraba hacia la mesa—. Tuve que atropellar a varios para escapar. Decidí no detenerme más. Solo paré para recoger a los niños que veía deambulando solos y luego llegué acá... Aunque pensándolo bien hubiera podido salvar más...

Flor de Liz comenzó a llorar. Todos quedamos en silencio. Tras un rato, Flor de Liz retomó la conversación entre sollozos:

—¿Se van a quedar acá? Si me preguntan, no creo que sea seguro...

—Pensamos volver —dije apenado.

—¿Están locos?! ¿Volver? Están más chiflados que los que se quedaron. Allá no hay ley ni orden... lo que he visto es horroroso.

Escuchando las historias de Flor de Liz el tiempo pasó rápido, a media tarde, ella insistió en que era su hora de partir. Temía que algo más saliera de la ciudad y no quería que la cogiera la noche. Los niños nos dieron las gracias y tras la orden de Flor de Liz subieron a la camioneta. Antes de marcharse, preguntó:

—¿Seguro no quieren irse? Podríamos irnos todos.

—¡No! Nosotros tenemos que volver —dijo Osvaldo antes de que alguien dudara de su idea.

—Está bien. Les deseo mucha suerte. Al menos deberían conseguir cómo taparse la nariz.

Sin más espera se despidieron y se fueron. Tras su partida, Osvaldo dijo:

—Este incidente inesperado —nos miraba a Johana y a mí con el ceño fruncido— retardó nuestros planes, pero es hora de irnos.

—¿Qué? ¿Estás demente? ¿No escuchaste lo que dijo Flor de Liz? —dijo Johana.

—Ella está traumatizada... claramente ha exagerado todo lo que vio —respondió Osvaldo.

—Pero... —intentó decir Johana.

—Está bien Osvaldo —interrumpió Lisa—, sigamos con el plan de regresar pero al menos dejemos la salida para mañana. No es buena idea llegar después de que oscurezca.

—Muy bien. Saldremos mañana a primera hora —aceptó Osvaldo a regañadientes—. Y por favor, que nadie hable más de esa Flor de Liz.

Obligados y asustados, dejamos el bus preparado para partir a primera hora del día siguiente.

Y tal como la noche anterior no pude dormir, al cerrar los ojos solo imaginaba gente quemándose y pudriéndose. Solo hasta que salió el sol me quedé dormido y tuve otro sueño extraño: esta vez soñé con un anciano, estaba en la misma ventana en la que había visto a la mujer la noche anterior. Él también tenía canas y miraba hacia las estrellas y vestía de blanco. Lentamente se volteaba y con aire decepcionado me decía: «¿Por qué no actúas como deberías?».

Mientras me regañaba, un olor a podredumbre apareció. Me desperté de inmediato. El olor no era del sueño, sino del mundo real.

De un brinco quedé sentado en mi cama hecha de costales y tapándome la boca, intenté no vomitar. Los demás también estaban sentados y se cubrían la nariz y la boca.

—¿Qué es ese olor a podrido? —dijo Johana.

—Supongo que es el olor de los muertos de la ciudad —contesté—. Tal como dijo Flor de Liz, al parecer el calor los hizo descomponerse más rápido.

—Si el olor ha llegado hasta aquí, en la ciudad debe estar peor —comentó Lisa.

la luz del sol comenzaba a iluminar la sala.

—¡Pero tenemos que regresar! ¡No tenemos nada más! —dijo Osvaldo subiendo la voz.

—¡Así no voy! —dijo Johana.

—¡Yo tampoco! —continuó Lisa—. Es una locura volver en estos momentos.

—No sé —dije. Estaba confundido, pues volví a pensar en Liliana.

—¡Entonces Mark y yo volvemos! ¡Ustedes hagan lo que quieran! —gritó Osvaldo.

Lisa y Johana se asustaron. Esta alianza temporal al parecer llegaba a su fin.

—Un momento... —dije—. Aunque no sé qué hacer, tampoco voy a casi suicidarme...

—¡Entonces me iré solo! ¡Miedosos! —farfulló Osvaldo incorporándose. Se puso los zapatos, se paró y tomó las llaves del bus que estaban en una mesa y se dirigió hacia la puerta del restaurante—. Si quieren vivir en la ignorancia allá ustedes, yo prefiero morir intentando recordar.

Subió al bus y lo encendió. Salimos corriendo tras él y lo observábamos desde la puerta del restaurante. El maldito nos iba a dejar ahí botados, a morir en la podredumbre.

De repente, el bus hizo un ruido terrible y luego se apagó. Era claro que Osvaldo no sabía conducir. Me sentí aliviado. Al menos no nos podía dejar sin el bus.

Osvaldo se quedó en silencio sentado tras el volante. Nosotros también lo mirábamos callados. Se recostó sobre el manubrio y luego de varios minutos salió.

—¿A dónde vamos entonces? —preguntó.

—Por el momento, lejos de aquí —dijo Lisa determinada tapándose la boca.

No teníamos otra opción, era necesario huir... huir de la pudrición, de la violencia y de quién sabía de qué más.

Así que, tras dos días de vivir en el restaurante, partimos de ese lugar, montados de nuevo en el bus de servicio público y huyendo como cobardes. Cada uno con sacos y pantalones en la cara para menguar el fétido olor.

Nos alejábamos de la ciudad sabiendo que allá fuera, en algún lugar, había personas que eran parte de nuestra familia pero que no teníamos ninguna idea de quiénes eran, ni qué les habría pasado con todo esto. Estaba casi seguro de que no volvería a ver a Liliana.

Conduje por la Calle 80 y tomé una vía llamada Mondoñedo, rodeamos a Santafé de Bogotá y pasamos por la parte sur de la ciudad, por una zona señalizada como Soacha. Todo estaba ardiendo. Había el mismo olor a muerte.

La vía de salida de Santafé de Bogotá estaba desierta. Como no sabíamos hasta dónde íbamos a ir, nos detuvimos en una estación de gasolina y llenamos todo el tanque.

Durante varias horas manejé por caminos sinuosos en medio del campo y algunos bosques pequeños. No sé si antes lo sabía, pero mientras conducía veía que los campos de maíz ya no eran verdes, sino de un azul blanquecino, los sembrados de cebolla eran de color rojo, y algunos árboles, que parecían de manzanas, tenían frutos más bien parecidos a fresas gigantes.

Cada cierto tiempo veía grupos de vacas que no comían pasto, sino animales muertos. Cuando vi uno de esos grupos devorándose las tripas de otra vaca muerta detuve el bus para que todos observaran.

—¿Qué diablos es eso? —dijo Johana.

—No deberían comportarse así —dije—. O eso creo...

Estábamos en otro mundo que era totalmente desconocido para todos.

—Tal vez fue la contaminación —dijo Lisa.

—O la genética —dijo Osvaldo—, pero quizás nunca lo sabremos. Tendremos que acostumbrarnos.

Encendí el bus y proseguimos nuestro camino. Esquivamos los pueblos que íbamos encontrando, queríamos alejarnos cuanto antes de Santafé de Bogotá y de los pueblos grandes, no

queríamos que nos robaran nuestro medio de transporte.

Después de atravesar un desierto llamado «La Tatacoa», donde la arena era blanca como la sal, nos desviamos de la carretera principal y tomamos una trocha que nos llevó a un pequeño pueblo llamado Coello. Estaba en un valle y, de lejos, se veía pequeño. Decidimos explorarlo.

Cuando el bus entró por las primeras calles del pueblo no vimos a nadie.

Las casas eran antiguas y muy similares las unas de las otras. La parte inferior de las paredes estaban pintadas de color verde claro y la parte superior de blanco.

Iba despacio para que todos estuviéramos pendientes de cualquier movimiento. Las calles eran empedradas, lo que hacía que fuéramos aún más lento. El bus temblaba a causa de las piedras.

Tras avanzar unas cuantas cuadras comenzaron a salir perros de entre las calles y de algunas casas. Al principio, no me pareció raro. Sin embargo, los perros, que no ladraban, corrían hacia el bus en movimiento y se arrojaban a las llantas. Atropellé a tres antes de detenerme. Sentí náuseas.

Entre asustado y enojado descendí del bus. Osvaldo vino conmigo. Nos asombramos al ver que los perros que quedaban vivos estaban debajo del bus, quietos. Apiñados unos contra los otros. «¡Qué cosa pasa con estos animales!», me dije. Los perros no hacían ningún ruido, solo nos miraban. Ya no actuaban como perros.

Intentamos sacarlos con algunos palos, pero nos ignoraban y se quedaban ahí, unos contra otros.

—Parece que están justo debajo del motor —dijo Osvaldo—. Creo que los atrae el calor y por eso no quieren salir.

—¡Carajo! ¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—¿Por qué no examinamos el pueblo mientras el bus se enfría? —dijo Lisa mientras descendía del bus.

—Vayan ustedes —dijo Osvaldo—. Me quedaré acá cuidando que nadie nos robe.

Lisa, Johana y yo caminamos por las calles empedradas y desiertas hasta llegar a la plaza principal: un gran espacio abierto rodeado por una iglesia y por casas más grandes y coloridas que las del resto del pueblo.

En el centro de la plaza se podían ver algunos vestigios de un mercado, carpas y comida regada. Todo estaba abandonado, nadie alrededor.

Caminamos hasta la iglesia, en cuya puerta había un cadáver: era un hombre vestido con una

ruana y sombrero. Al parecer intentaba abrir las puertas cuando fue acuchillado por la espalda. Mientras veíamos la escena oímos algunos chillidos en la distancia.

La situación me hizo sentir que la locura de Santafé de Bogotá no había terminado. El miedo y la ansiedad reaparecieron.

De pronto, Lisa dijo:

—¡Creo que alguien nos mira!

—No creo, acá no hay nadie —afirmé.

—¡Allá Mark! ¡Mira allá!

Dirigí la vista hacia donde la mano de Lisa señalaba. Era una de las casas que rodeaban la plaza, un rostro se escondió detrás de una cortina. Vi otros dos en otras casas. Nos observaban. El miedo se convirtió en pavor.

—¡Vámonos ya! —dijo Johana.

Corrimos hacia el vehículo, Osvaldo había espantado a los perros, aunque no nos dijo cómo. Sospeché que los chillidos que habíamos escuchado eran de los perros sufriendo. Nos subimos de nuevo al bus y arrancamos. Pasamos rápidamente por el centro del pueblo, donde aquellas miradas curiosas de las ventanas nos acechaban. Tomamos un pequeño camino por detrás de la iglesia y salimos de nuevo al campo.

No muy lejos de ahí, tras meternos por varios caminos llenos de barro y tierra, encontramos una finca que lucía abandonada y viendo que la gasolina estaba a punto de acabarse, decidimos refugiarnos ahí.

En la entrada podía verse el nombre de la finca en letras doradas y metálicas: «La Primorosa». Casi tumbamos el nombre de metal con el bus.

Parqueamos frente a la casa y desde el primer vistazo la casa era hermosa, antigua, de paredes blancas, con pilares de madera de color verde, un corredor la rodeaba y alrededor de este una reja verde de mediana altura la cercaba. Su techo era de arcilla marrón. En frente había un campo de cultivo de maíz, azuloso, del tamaño de una cancha de fútbol, y más allá varios árboles frutales: naranjas, guayabas, mandarinas y aguacates. Por la parte de atrás, no muy lejos, había un lago.

El lugar era perfecto para autosostenernos durante los pocos días que pensábamos pasar ahí.

Al salir del bus casi anochecía. La puerta de la casa estaba cerrada, pero Osvlado la tumbó de una patada. La primera en entrar fue Johana que al ver una escopeta cerca a la puerta, la tomó y dijo:

—Bueno, al menos tendremos algo para defendernos. —Y nos apuntó.

—¡Cuidado Johana! Eso no es un juguete —la regañó Osvlado obligándola a apuntar hacia abajo.

—Estoy muy cansada del viaje, es mejor ir a dormir —dijo Lisa.

Cada uno ocupó un cuarto. Yo tomé el más pequeño, en todo caso la idea era quedarnos tan solo unos cuantos días.

Ahí dentro y tratando de dormir, el sentimiento de haber abandonado algo importante en mi vida me amargaba. Sabía que debía volver a Santafé de Bogotá por mis recuerdos, por mi vida y por...  
Liliana.





Contra todo pronóstico, seis meses después de llegar a la finca, aún seguíamos viviendo «temporalmente» ahí. ¿Volver a Santafé de Bogotá? Sabíamos que teníamos que hacerlo, pero nadie quería ir por el momento.

Ninguno hablaba de regresar, nadie quería ver sangre, sufrimiento, cadáveres y... recuerdos. Inconscientemente y en silencio hicimos un pacto de no hablar de eso y vivir una vida diferente.

Además, se habían formado dos parejas: Osvaldo con Lisa, y Johana y yo. Llevaba viviendo con ella dos meses. Me sentía bien, vivo y feliz cuando estaba a su lado. Aunque el recuerdo de Liliana me golpeaba todos los días, convivir con Johana había sedado la necesidad urgente de volver. La quería aunque no era capaz de decírselo abiertamente.

Además, el olor a podredumbre no existía en «La Primorosa». Las flores, los pájaros y la tranquilidad del campo calmaban lo traumático que había sido la salida de Santafé de Bogotá.

Para no pensar en volver, nos mantuvimos ocupados en tareas de supervivencia: Johana, tenía un don para las armas, una puntería envidiable, y tampoco compartía la escopeta que encontró al llegar. Todas las tardes practicaba y ya era capaz de cazar micos que por alguna razón comenzaron a llegar a los alrededores de la casa para comerse las mazorcas que sembrábamos. La carne de mico era deliciosa.

Lisa era la encargada de la cocina, parecía como si antes ella hubiera sido una experta cocinera, su sazón era inigualable. Osvaldo y yo éramos los encargados de las gallinas, de la siembra y de los peces, eran los trabajos más monótonos y las chicas no querían hacerlos.

Cuando me aburría por la monotonía acompañaba a Johana a cazar. Me gustaba verla en medio del sembrado azuloso de maíz esperando a que aparecieran los micos, era como ver un documental de una leoparda silenciosa, concentrada y sigilosa acechando a una gacela.

Esta nueva vida no era nada parecida a lo que suponía era mi vida pasada: encerrado todo el día en una oficina, estresado y cansado. Esta sensación de libertad se iba convirtiendo en una adicción.

Con el paso de las primeras semanas nos dimos cuenta de que no éramos los únicos reaprendiendo a vivir. Otras «nuevas familias» como la nuestra se habían formado en el pueblo, cada una integrada por «desconocidos». Cada familia contaba con algo propio que ofrecer a las

otras: nosotros teníamos la carne de mico, otros tenían vino, queso o pan, así que mediante trueques tuvimos más variedad de alimentos de los que la finca proveía.

Aunque la integración con las personas del pueblo hizo que la comunión entre las dos parejas disminuyera. Osvaldo se había vuelto más amargado y problemático y prefería no relacionarse con los demás, Lisa por otro lado se había vuelto sumisa a lo que él dijera.

El día que cumplimos seis meses en la finca, Johana quiso hacer una fiesta de celebración para los cuatro, así que a las 7 de la noche preparamos una fogata en frente a la casa, asamos unos pescados y luego nos dedicamos a tomar vino de naranja.

Johana, con un vaso de plástico lleno de la bebida alcohólica, dijo mirándome a los ojos:

—Qué buena es esta vida sin preocupaciones, sin pasado, solo presente y futuro.

—Es cierto —dijo Lisa—. Fue como comenzar con un papel en blanco; cualquier cosa que queramos hacer, podemos hacerla—. Lisa se aferraba fuertemente al brazo de Osvaldo.

—Pues sí, aunque tampoco cualquier cosa —dijo Osvaldo.

—Para mí, desde que apareció el vino de naranja las cosas se ven mucho más fáciles —dije.

—¡Al menos hace que no pensemos en la maldita realidad que dejamos atrás! —apuntó Osvaldo.

Después de un silencio incomodo Johana prosiguió la charla:

—Este vino que conseguí hoy con la familia «La Cariñosa» —nos llamábamos según los nombres de las fincas— es de mejor calidad, o al menos eso dijo Pedro.

—¡Ahora pasas mucho tiempo con esa familia! —señalé.

—¿Celoso? —preguntó Lisa sonriendo. Me sentí apenado.

Johana retomó el hilo.

—Me gusta pasar tiempo con las otras familias, siempre aprendo algo nuevo; además, me han hecho ver de una forma diferente lo que estamos viviendo.

—¡No vayas a comenzar con los mismos cuentos de Lisa! —amenazó Osvaldo.

—Déjala hablar —pidió Lisa.

—En el pueblo nos reunimos con gente que dice que ha venido del sur, de la selva, de una ciudad muy antigua. —Johana giró y señaló más allá de los campos de maíz—. Estas personas

dicen que nosotros fuimos perdonados de morir, pero que aún no estamos salvados totalmente.

—¡No entiendo nada! —dije.

—Ellos dicen que nosotros estamos en medio del bien y el mal. La maldad es la civilización, la ciudad, la dependencia de la tecnología y del facilismo.

—¡Qué tontería! —dijo Osvaldo.

—Dicen que somos los elegidos para recomenzar un nuevo mundo —continuó Johana—, que por eso ahora estamos aquí, vivos y reaprendiendo a coexistir con la naturaleza.

—¿Eso quiere decir que ya nos salvamos? —preguntó Lisa.

—¡No! Solo estamos en un paso intermedio, la verdadera salvación y la felicidad las encontraremos cuando volvamos a la selva —respondió Johana.

Osvaldo reía a carcajadas.

—Bueno, y si hay un cielo, ¿dónde está el infierno?

—En Santafé de Bogotá. Allá vive un monstruo, un demonio que lo ve todo y lo sabe todo. Ese demonio vive vagando en medio de todos los muertos que quedaron regados en sus calles.

Era una historia un poco difícil de creer, pero Johana la contaba con tal pasión que me daban ganas de creer a mí también. Creer en otra cosa ciegamente que me ayudara a huir del pasado, de una verdad que dejé atrás y que en algún momento tendría que enfrentar volviendo a Santafé de Bogotá.

—¡Qué estupidez! —repitió Osvaldo.

Lo dijo de tal forma que parecía insultar a Johana.

Antes de comenzar una discusión, Lisa tomó la botella de vino y llenó todos los vasos, luego tomó una guitarra que tenía a su lado y comenzó a tocar, había aprendido a usarla hace un tiempo y por fin nos dejaba escucharla. El sonido de la música nos hizo olvidar el altercado.

Al alrededor de las diez de la noche, íbamos por la tercera botella de vino de naranja, yo estaba acostado sobre las piernas de Johana y Lisa interpretaba su instrumento.

Estaba entretenido mirando el fuego de la fogata, en especial miraba fijamente uno de los carbones que estaba totalmente rojo. De pronto, la depresión me invadió, la sensación de vivir una farsa me llenó por completo. Volví a pensar en Liliana, en su muerte, en la muerte de tanta gente

ese día en que todo se olvidó. Cada minuto venían más pensamientos trágicos. Los niños abandonados en las calles sin saber quiénes eran sus padres. El caos, la muerte.

De pronto, todo alrededor de ese carbón comenzó a oscurecerse, hasta el punto que él mismo desapareció ante mis ojos. Pensé que me había quedado ciego por el alcohol. Todo era oscuridad, ya no sentía el abrazo de Johana, ya no percibía el calor del fuego ni escuchaba la música de Lisa. Asustado, intenté levantarme pero no tenía cuerpo, era como si hubiera entrado en un trance, en un sueño. Estaba en medio de la nada.

Comencé entonces a percibir algo blanco en la lejanía, al principio algo borroso, que se acercaba a mí, como cuando se está saliendo de un túnel oscuro. Cada vez se acercaba más y cuando el objeto estaba frente a mí, podía notar que era como un aviso inmenso, tenía algo escrito, pero no podía verlo bien, parpadeé varias veces y con esfuerzo pude leer el mensaje, pero a primera vista no lo comprendí:

## THE LAST WILL BE GOD

Aunque sabía que era un idioma extranjero, podía comprender sus palabras, «El último será Dios».

Comencé a tratar de entender qué significaba esto, y por qué diablos aparecía así ante mis ojos. «¿Será que entré a un trance por tanto alcohol?», me preguntaba. De repente, el mensaje comenzó a desvanecerse, a alejarse de la misma forma como había aparecido y de nuevo todo quedó oscuro. Al instante, una pequeña llama roja emergió, el carbón ardiente volvió a estar frente de mí.

Lentamente, volví a sentir alrededor de mí los brazos de Johana, escuché de nuevo las cigarras de la noche y volví a sentir el calor del fuego en mi rostro.

Cuando regresé a la realidad pensé que este suceso había sido tan solo un episodio de mi imaginación provocado por el vino de naranja, que debió estar muy añejo. Pero cuando giré mi cuerpo hacia arriba y recorrí con mi mirada el rostro de Johana, vi en sus ojos un mar de confusión y temor. Entonces volteé la cabeza para mirar a Osvaldo y vi en sus ojos miedo, un miedo de un animal perseguido para ser cazado. Lisa dejó de tocar la guitarra.

En medio del silencio tomé la vocería y, levantándome, dije:

—El vino me sentó mal, creo que me hizo ver visiones —apunté mientras me tomaba la cabeza con las manos.

Nadie dijo nada.

Oswaldo comenzó a balancearse de adelante hacia atrás en su silla de madera y decía a media voz:

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Arrojó su vaso de vino a las llamas, se puso de pie y sin decir una palabra se fue para la casa.

Mientras tanto, Lisa nos miraba en silencio con un rostro de tristeza y resignación. Al escuchar el portazo que dio Oswaldo se levantó y con la guitarra en la mano salió trotando también para la casa.

Al parecer la pesadilla que comenzó en Santafé de Bogotá no había terminado.

Estaba asustado. «¿Será que todos vieron lo mismo que yo?». ¡Maldita sea, no puede ser! Intentaba recordar exactamente lo que había visto. Pero solo era ese mensaje, no había nada más.

#### THE LAST WILL BE GOD

Mientras intentaba comprenderlo, Johana me tomó de la mano, lloraba.

La abracé.

—¿Ves? es de lo que yo estaba hablando —dijo Johana.

No dije nada, pero no entendía qué relación podría haber entre el mensaje y su nueva religión. «¿Acaso era un llamado para los que aún no habíamos avanzado para que pasáramos a la siguiente etapa? ¿Irnos a la selva?».

—¡Debemos marcharnos solo los dos Mark! ¿Viste la mirada de loco que tenía Oswaldo? Tengo miedo de lo que pueda significar esa visión... — me susurró Johana.

Apagamos la fogata. Regué el vino que quedaba en el piso. Nos fuimos en silencio a nuestra habitación. De camino a la casa, la abracé fuertemente, temía las consecuencias de ese sueño.

Por dentro la ansiedad me carcomía.

No dormí en toda la noche.

#### THE LAST WILL BE GOD

Era lo único que rondaba en mi cabeza. ¿Por qué ahora? ¿Por qué a todos?

Antes de que saliera el sol sentí a Johana girar en la cama y mirándome, dijo:

—¡Vámonos sin decirles nada a Lisa y Osvaldo. ¡Escapémonos!

—¿Ya? ¿Solos? ¿En la oscuridad? —pregunté.

—Lo estuve pensando toda la noche, debemos ir al pueblo y buscar a los demás que saben que el sur es la salvación e irnos con ellos para la selva. Esto definitivamente es una señal.

—¿Una señal?

—¡Sí! Ha llegado la hora. ¡Vámonos! ¡Confía en mí!

Vi sus ojos rojos por el llanto y llenos de temor. Quizás era la mejor decisión: escapar. Sin dudar me levanté, metí dos pantalones y tres camisetitas en una maleta, Johana también guardó algunas prendas en otra mochila que colgó sobre su espalda; luego tomó la escopeta con su mano izquierda y en medio de la oscuridad salió del cuarto sigilosamente. La seguí.

Caminamos durante más de una hora por una carretera destapada. Al llegar al pueblo ya había unos visos de luz. Nos dirigimos primero a la casa la «Alegría» que pertenecía a los que hacían el pan, eran de los más fervientes en las ideas locas en las que creía Johana. La casa quedaba a las afueras del pueblo. Golpeamos la puerta de madera varias veces, pero nadie atendió.

—Vamos para la plaza central, tengo un mal presentimiento —dije.

Avanzamos entonces por entre las calles empedradas sin ver a nadie, era lógico por la hora pero sentía estar reviviendo la primera vez que pasé por ahí.

Al llegar a la plaza, mis peores temores se hicieron realidad: había sangre regada por todo el lugar y cadáveres descuartizados en medio de sillas y mesas.

La plaza estaba decorada como si hubieran estado celebrando la noche anterior: había adornos de colores, carpas donde se ofrecía chicha y vino. También había un espacio vacío en el centro de la plaza donde la gente bailaba. Pero en algún momento la celebración se convirtió en una masacre.

Todo este horror lo vimos desde una esquina, sin decir una sola palabra. Cerca de donde estábamos parados vimos los cadáveres de dos señores: cada uno tenía un machete en la mano.



Por el gesto que tenían parecía que se hubieran matado mutuamente.

—Son los que hacían el pan —dijo Johana con una voz de temor y miedo.

—¡Dios mío!

—Si se mataron todos contra todos y alguno quedó vivo seguro nos matará a nosotros —concluyó Johana—. ¿Qué hacemos?

—Tenemos que volver a la finca y avisarles a Osvaldo y a Lisa, también tienen que huir.

—¿Volver?

—Sí y vámonos ya antes de que alguien nos vea.

Salimos del pueblo intentando pasar lo más desapercibidos posible.

«¿Pero por qué esos dos casi hermanos se mataron a machetazos?», me pregunté.

Por precaución no usamos la carretera para regresar. Así que al llegar a la finca no llegamos por la entrada principal, sino por el campo de maíz.

Cuando atravesábamos el maizal sonó un disparo que venía de la casa.

—¡Mierda! ¡Ya están acá! ¿Habrán matado a Lisa o a Osvaldo? —dije mientras corríamos sobre la gran masa azulosa.

Las altas matas de maíz no nos dejaban ver bien. Johana iba delante de mí. De pronto, cerca del final del maizal ella se detuvo y me jaló de la camisa para que no saliera.

—Hay alguien allá —dijo entre susurros.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Allá, detrás del árbol frente a la casa.

Asomé mi cabeza fuera de las plantas con sigilo. Todo estaba en calma y tranquilo, miré entonces atentamente hacia el árbol que me había indicado Johana y sí, había alguien ahí, no sé cómo Johana lo había visto tan rápido. Ella tomó la escopeta y apuntó.

—¿Qué hacemos? —pregunté en voz baja.

—Lleva un arma, tal vez una pistola.

—Maldita sea.

—Desde acá puedo darle.

Y sin preguntar nada más, disparó.

Falló.

El sujeto detrás del árbol comenzó a balearnos. Johana alcanzó a descargar otra bala antes de que la tomara por los hombros y la arrojara al suelo. Me tiré a su lado mirando hacia el piso.

—¿Qué hacemos para saber si Osvaldo y Lisa están vivos? —dije.

Johana no respondió. Los tiros cesaron.

Me levanté para ver si estaba herida. Todo lo contrario: estaba lúcida, pero su cabello estaba siendo jalado hacia atrás y el filo de un cuchillo acariciaba su cuello. Sentí pavor, quise incorporarme, pero la voz del que la tenía atrapada me detuvo.

—¡Quietos malnacidos! —gruñó una voz masculina—. ¿Cuántos son ustedes? ¿Cuántas armas tienen? Responda o la degüello.

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! Por favor, no le haga nada... Somos cuatro...

Miré su rostro y lo reconocí: era de la familia que hacía los vinos en el pueblo.

—¿Claudio? —pregunté sorprendido.

—Lo siento Mark, pero tuvimos que hacerlo... Son ustedes o nosotros. No me mire a la cara... Dígame qué armas tienen... ¿Dónde están los otros?

Un sentimiento de pavor me dominó.

—No la mate por favor... —supliqué.

—¡Ya es tarde!

Cerré los ojos.

El filo del arma hizo que saliera la sangre a borbotones, pero no era la sangre de Johana.

Osvaldo —que no sabíamos dónde estaba— rebanó de un solo hachazo el cuello de Claudio. El cuerpo cayó y nos bañó a los tres en una lluvia de sangre. La visión era nula.

Instintivamente me lancé hacia Johana para comprobar si estaba bien. Tenía una cortada superficial en el cuello; luego tomé su cabeza entre mis manos, vi sus ojos rojos. La abracé.

Volteé hacia Osvaldo y para mi sorpresa yacía en el piso, como desmayado. Intenté moverlo, pero no respondía.

Otro disparó sonó:

—¿Los mataste Claudio? ¿Cuántos quedan? —dijo el hombre detrás del árbol, cuyo nombre era Pedro, el otro productor de vino de naranja.

Nadie decía nada. Si el maldito venía podía acribillarnos fácilmente.

—¿Claudio? —volvió a gritar con la voz temblorosa.

Sonaba asustado. De repente, una voz detrás de mí gritó llena de odio:

—¿Eres Pedro? ¡Te voy a degollar a ti también, malnacido!

Pedro se aterrorizó por la voz, así como Johana y yo. Era Osvaldo el que gritaba. Pedro salió corriendo por el camino principal de la finca.

Luego Osvaldo, que estaba de pie, con la cara llena de sangre nos miró en el piso y dijo:

—Y ustedes dos: ¡Levántense de una vez! Hay que buscar a Lisa.

Era otro Osvaldo, su voz era aterradora. No entendí cómo había pasado de la inconsciencia a esa energía abrumadora en unos segundos.

Nos levantamos rápidamente, corrimos a la casa y buscamos a Lisa cuarto por cuarto. La encontramos en la cocina, estaba bien, le habían disparado cuando la vieron por la ventana, pero había logrado arrojar al suelo y se quedó ahí todo el tiempo.

—Dios mío, ¿qué fue todo eso? Y ustedes, ¿por qué están ensangrentados? ¿Están bien? —preguntó Lisa asustada y llorando.

—Estamos bien, no es nuestra sangre, es del que intentó matarnos —expliqué.

—Si no fuera por mí, estarían todos muertos —dijo Osvaldo.

—Gracias Osvaldo —dijo Johana también bañada en sangre.

Luego, Johana relató lo que había ocurrido fuera de la casa y en el pueblo.

—¡Oh, por Dios! Todos se están matando entre sí. ¡Vamos a morir si seguimos acá! —dijo Lisa llorando de nuevo.

—¡Nadie va a morir! —decidió Osvaldo—. Estaremos bien si nos refugiamos aquí.

Iba a decirle que con Johana nos íbamos a ir solos, pero no fui capaz.

—Refugiarnos no servirá, otros vendrán, debemos irnos —dije finalmente—. Hacia el sur, lejos de todos.

—¡Sí, debemos irnos! —dijo Johana.

—Estoy de acuerdo —apuntó Lisa.

—¡Está bien! —aceptó Osvaldo—. Ya no podemos confiar en nadie de este pueblo, pero no lo hagamos de día, a plena luz del sol es muy peligroso.

—¿Al anochecer? —dijo Johana.

—Lo mejor es antes de que salga el sol. Tengo una idea que tal vez nos pueda servir, pero se las contaré mañana —dijo Osvaldo.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Lisa.

—Preparemos todo para escapar —ordenó Osvaldo—, y comencemos a hacer turnos de vigilancia. Primero Johana; en la tarde, Lisa; en la noche yo, y en la madrugada Mark.

Osvaldo era de nuevo el líder, así que todos hicimos caso.

Preparamos una sopa para la cena, secamos la carne de mico para que durara más tiempo, embotellamos agua y alistamos algunas armas para defendernos y sobrevivir en la selva: la escopeta y algunos cuchillos.

En la noche, Osvaldo se quedó como centinela sentado fuera de la casa. Johana y yo nos fuimos a nuestro cuarto. Dentro de la habitación, ella dijo:

—¿Por qué no le dijiste que nos íbamos los dos solos?

—Pienso que por ahora es mejor estar los cuatro —argumenté, aunque la verdad era que tenía miedo de llevarle la contraria a Osvaldo.

—¿Será que nos va bien con Osvaldo? Le tengo miedo.

—Lo vigilaré. Si algo pasa, nos iremos solos. Intentemos descansar —sugerí.

Era la una de la mañana. Johana dormía profundamente junto a mí, mientras yo daba vueltas en la cama intentando serenar mi mente para descansar un poco, pero no podía. Cuando cerraba los ojos pensaba en los dos hombres que se mataron a machetazos en la plaza central del pueblo. Los imaginaba peleándose cómo si nada más importara, no lograba entender cómo pasaron de vivir como familia a matarse como desconocidos. Luego pensaba en Claudio antes de ser degollado y diciendo «Nos tocó hacer esto». ¿Por qué lo decía?

Cuando casi eran las dos de la mañana, hora de mi turno de vigilancia, aún no había dormido ni cinco minutos, estaba ahí acostado bocarriba en medio de la oscuridad, esperando que llegara Osvaldo a despertarme.

Oí la puerta abrirse suavemente. Alguien, una silueta, entró con sigilo. Comencé a quitarme las cobijas. De pronto, alcancé a percibir en la mano de esa sombra, el brillo del filo de un cuchillo. Pensé lo peor. La sombra al ver el blanco de mis ojos comenzó a correr y se abalanzó sobre mí para darme el golpe de gracia. Era Osvaldo.

Reaccioné por instinto.

Desvié el cuchillo con mi mano izquierda, haciéndome un corte en la palma; con la mano derecha golpeé su rostro y me lancé sobre él. Caímos al suelo y forcejeamos por el arma. Osvaldo era más alto y más corpulento que yo.

—¿Qué está pasando?! —gritó Johana desde la cama.

Osvaldo y yo seguíamos luchando. Luego de dar varias vueltas en el piso, lo tenía encima, los dos con las manos sobre el cuchillo, pero al ser más fuerte lo aproximó a mi cuello. Traté de oponer toda la resistencia posible, pero el puñal descendía lentamente. En ese momento Osvaldo recibió una patada en el hígado de parte de Johana.

—¡Déjalo en paz! —exclamó.

Gracias al golpe, Osvaldo y yo intercambiamos puestos, empuñé mejor el arma y sin pensarlo lo enterré en su corazón con todas mis fuerzas. Era él o yo. Sentí cómo el cuchillo atravesaba su carne. El piso lo detuvo y la sangre se esparció.

Sentía la excitación de la supervivencia de un animal que estuvo a punto de morir frente a un depredador, estaba totalmente cubierto de aquel líquido rojo, respiraba muy rápido, los latidos de

mi corazón se desbocaban.

Al principio no pensé en nada, tan solo disfrutaba la felicidad de estar vivo, no comprendía que acababa de matar a sangre fría a quien era mi amigo. Solo estaba ahí, existiendo, respirando. Pero cuando por fin vi los ojos sin vida de Osvaldo, mirándome, entré en *shock*. «¿Cómo terminamos así?», pensé aterrorizado.

Pero de repente, mientras miraba el rostro sin vida de Osvaldo todo desapareció, me giré para mirar a Johana, pero no veía nada. La oscuridad lo absorbió todo, estaba solo y en silencio. En el lugar donde reposaba el cuerpo de mi amigo se hacía visible una esfera formada por pequeñas estrellas amarillas titilantes. La esfera se expandía y se comprimía hasta que finalmente explotó y las estrellas se dispersaron en todas las direcciones; luego se detuvieron en la lejanía y cambiando de dirección, vinieron hacia mí, a gran velocidad, y justo cuando me impactaron regresé de nuevo a la realidad. Aún tenía mis manos sobre el arma asesina. Comencé a oír de nuevo los gritos de Johana:

—¿Qué hiciste Mark? ¡¿Qué fue lo que pasó?! ¡¿Por qué lo mataste?!

Levantándome lentamente y limpiándome las manos en el pantalón respondí:

—Me atacó mientras dormíamos, por poco estaríamos los dos desangrados en esa cama. — Mirando el cuerpo sin vida de Osvaldo continué—. Él tenía razón: no podemos confiar en nadie... corremos peligro, Johana. Debemos seguir con el plan, debemos huir a un lugar lejos de toda persona...

—¿Por qué lo hizo? ¡No entiendo nada! —decía asustada.

—Creo saber qué sintió cuando mató a Claudio en el maizal...

—¿Qué dices?

—No me hagas caso... debemos pensar en escapar...

No dije nada más, ella no comprendería lo que sentí cuando lo maté, recibir esa energía, era una especie de adicción.

Caminé por el cuarto de lado a lado. Sentía que algo en mí había cambiado: me sentía más fuerte, más alto, más seguro de mí, era como si hubiera recibido cualidades que me faltaban y que Osvaldo tenía.

El ruido y la gritería hicieron que Lisa llegara corriendo con la escopeta de cacería que teníamos. Encendió la luz y al ver el cuerpo de Osvaldo totalmente cubierto de sangre soltó un

grito de terror y apuntándome con el arma dijo:

—Malnacido, ¿por qué lo mataste?!

Johana se atravesó entre ambos y, defendiéndome, dijo:

—Osvaldo enloqueció e intentó matarnos con ese cuchillo. —Señaló el cuchillo clavado en su corazón.

—¡Oh, por Dios! —Soltó el arma. Johana la abrazó y la hizo sentarse en la cama.

—Más bien dinos, ¿él no te dijo nada? ¿No notaste nada extraño?

—Antes de comenzar la guardia me dijo que solo confiara en él, pasara lo que pasara. —Lisa comenzó a llorar—. Estoy totalmente confundida.

—Tranquilízate, Lisa —dije—, no estoy loco, prometo cuidarlas hasta que pueda hacerlo.

Salimos del cuarto y nos fuimos a la cocina, tomamos agua y le explicamos a Lisa lo que había sucedido; al finalizar nuestro relato y con la mirada en el piso, Lisa reflexionó:

—Desde ayer él era otro, me miraba con odio, pero jamás pensé que llegaría a esto. —Y volvió a llorar—. Supongo que después me mataría a mí.

Mientras Johana le daba apoyo, yo seguía notando los cambios en mi cuerpo, mi proceso de evolución. Podía sentir que los zapatos me quedaban ajustados. Empezaba a comprender lo que significaba el mensaje oculto que todos vimos esa noche, pero preferí no decir nada al respecto.

La idea era clara: escapar.

Hablamos hasta las cuatro de la mañana, luego intentamos descansar pero nadie lo logró. El estado de *shock* no nos lo permitió, así que decidimos preparar todo para nuestra partida.

A las seis de la mañana salimos de la finca con reservas de comida para una semana. Johana no dejaba de decir que debíamos buscar la ciudad en la selva. A mí no me importaba dónde ir, solo quería que nos fuéramos lo más pronto posible.

El plan era simple: viajar hacia el sur y adentrarnos lo más que pudiéramos en la selva, buscar un lugar inhabitado lejos de cualquier centro urbano y establecernos ahí por un tiempo mientras la situación se tornaba menos violenta. Lo más probable era que al no encontrar la dichosa ciudad de la salvación, Johana cambiara de idea.

Nos despedimos de nuestro hogar y cuando atravesamos el sembrado de maíz, Johana se detuvo

y dijo:

—Siento como si este lugar fuera el único sitio donde fui feliz en toda mi vida, aunque no recuerde mi vida anterior.

Y con un suspiro siguió caminando.

Ella tenía razón: éramos felices, casi todo el tiempo. Había llegado el momento de cerrar ese capítulo y comenzar otro, totalmente desconocido.



Nos adentramos en el bosque que quedaba al sur de la casa. Caminábamos sin decir palabra. A media mañana, por casualidad, encontramos un sendero que llevaba hacia el sur y decidimos tomarlo.

Cuando el sol se hallaba en su punto más alto nos topamos con una pequeña laguna rodeada de helechos, paramos ahí para refrescarnos.

Buscamos tres piedras y nos sentamos al lado de la superficie de agua mientras comíamos unos pedazos de carne seca de mico.

—¡Ay! —dijo Lisa que estaba más cerca del lago.

—¿Qué pasó? —preguntó Johana.

—Algo me mordió el brazo.

—Déjame ver —pidió Johana examinándole el codo—, es un renacuajo y está pegado.

—¡Ay! Ahora me están mordiendo a mí —dije.

Tenía tres renacuajos adheridos a mis piernas. Me los quité con fuerza y me quedó sangre en las pequeñas heridas.

Nos paramos asustados mirando el agua que comenzó a moverse como en un sismo.

—Esto está muy raro —dijo Lisa sobándose el brazo.

Primero aparecieron burbujas y luego miles de renacuajos saltaban unos centímetros fuera del agua y se sumergían de nuevo. Unos instantes después, varios pares de ojos se asomaban fuera de la superficie del agua.

—Esto no me gusta —apunté.

Johana alistó la escopeta y, de un momento a otro, decenas de ranas de diferentes tamaños salieron del lago y se dirigieron hacia nosotros. Saltaban y se lanzaban a mordernos brazos y piernas. Alcancé a patear un par de ellas.

—¡Corran! —gritó Johana disparando.

Corrimos hasta percatarnos de que no nos seguían más, parecían enojados por acercarnos a su

territorio. Pasado el susto, tomamos de nuevo el sendero que nos llevaría al sur. Seguimos caminando hasta el anochecer y nos detuvimos a la orilla del camino para dormir. Evitamos hacer una fogata para prevenir que alguien notara nuestra presencia.

Cenamos más carne de mico y con algunas hojas gigantes de una mata de plátano hicimos unas camas artesanales y las ubicamos debajo de un árbol alto y ancho. A medianoche todos estábamos acostados sin poder dormir; entonces, Lisa dijo:

—Miren con atención las hojas de este árbol. Pareciera que los bordes brillaran un poco, ¿no?

—¡Es verdad! ¡Qué extraño! —señaló Johana.

—Y no solo es este árbol, los otros también brillan —afirmé.

Era hermoso cómo se veía la noche iluminada por las hojas de los árboles.

Ahora que nos tocaba vivir en la selva se hacían más notorios los cambios abruptos de la naturaleza. Debíamos acostumbrarnos cuanto antes si queríamos sobrevivir.

Esa noche me quedé dormido inmediatamente a causa del cansancio, y soñé con la escena en la que murió Osvaldo, pero esta vez era yo quien estaba en el piso y recibía el cuchillazo en el corazón, y quien lo clavaba ¡también era yo! Fue terrible, lloraba de dolor, sentía cómo me atravesaba el corazón y sentía cómo me abandonaba la vida. Con esa sensación me desperté.

A la mañana siguiente continuamos la caminata por el sendero, en fila india: Johana, la más experta en cazar era la que guiaba el grupo; en el centro, Lisa y cerrando el grupo iba yo. De pronto, Lisa se detuvo abruptamente y dijo sonriendo:

—Miren allá ese animal tan bonito. —Señalaba unos matorrales lejanos que estaban hacia el lado izquierdo de nosotros.

Nos detuvimos a contemplarlo. En efecto era un animal muy bello, un pavo real, de color azul brillante. Estaba lejos e intentaba esconderse de nuestras miradas tras unos matorrales.

—Es imponente, pero tímido —dije.

Lo observamos unos minutos más, pero el ave no se movía de su sitio, solo nos miraba.

—No me gusta que no nos quita la mirada de encima —objetó Johana.

—Resulta un poco aterrador —dijo Lisa.

—Prosigamos —sugerí.

A medida que caminábamos, el ave también.

Cada vez que hacíamos una pausa para hidratarnos o descansar, el pavo real se detenía y nos observaba, manteniendo siempre la misma distancia. Durante una hora de camino estuvimos preocupados con esta persecución. Luego, sin quererlo, me di cuenta de que más o menos a la misma distancia, a nuestro lado derecho había otro pavo real que nos seguía con la misma cautela. Era tan azul brillante como el otro y hacía lo mismo: nos examinaba con suma concentración.

—¡Esto no me gusta nada! —dijo Johana—. ¡Pareciera que nos fueran a cazar!

«¿Será? No se ven peligrosos», pensé.

—Avancemos rápido —ordenó Johana.

Aligeramos el paso para perderlos, la ansiedad se apoderó de nosotros. Cuanto más rápido caminábamos, los pavos aceleraban su marcha. Mientras corríamos, Johana dijo:

—¡Allá! ¡Al final del sendero hay una casa!

—¿Será seguro? —apunté preocupado.

—¡Creo que sí, luce abandonada! No tiene puerta ni ventanas.

Cuando llegamos nos dimos cuenta de que el camino solo llegaba hasta ahí.

—Entra y revisa cómo está todo —ordenó Johana mirándome—. Me quedaré afuera con el arma por si acaso.

Asentí con la cabeza y entré. Lisa se quedó con ella.

La construcción era un vestigio de lo que antes era una casa, solo quedaban las paredes y el piso de cemento desnudo. Ingresé a lo que era la sala, eché un vistazo y en una esquina unos costales apilados llamaron mi atención. «Alguien debió usar esto como lugar de paso», pensé. Al lado de uno de los costales había un hueso del tamaño de un fémur humano, baboso y ensangrentado. ¡Dios mío! «¿Será que acá vive un animal salvaje?», me pregunté.

Preocupado, me dirigí a uno de los huecos donde antes estaban las ventanas. Quería ponerlas al tanto sobre el animal, pero encontré un pocillo blanco con la ojera rota. Cuando llegué a él lo tomé por curiosidad, y... ¡estaba caliente! ¡Mierda! Era agua de panela caliente, ¡recién hecha! El estómago se me subió a la garganta en un segundo.

—¡Aquí había alguien hasta hace poco! Debió irse al vernos —grité.

—¿Qué? —dijo Johana—. ¡Vámonos ya!

Solté el pocillo que estalló contra con el piso y salí corriendo por donde entré.

—¡Al monte! ¡Al monte! Hay que seguir huyendo —gritó Johana señalando el bosque.

—¿Pero a dónde? —preguntó Lisa asustada.

—¡No importa! —respondió Johana—. ¡Corran! ¡Corran!

Nos adentramos por los matorrales que había indicado Johana, lo importante era huir y ocultarnos de la persona que bebía el agua de panela. ¿Tendría un arma? ¿También querría matarnos? Era mejor no averiguarlo.

Corríamos con todas nuestras fuerzas, era seguro que ya no íbamos para el sur, sino más bien hacia el este. Eché un vistazo hacia atrás para cerciorarme de que nadie nos siguiera. No había nada, solo monte.

Tras dos horas de huida disminuimos la velocidad. Estábamos cansados, pero no podíamos detenernos, así que seguimos caminando. Johana iba adelante.

De pronto al mirar hacia atrás noté que uno de los pavos había vuelto a aparecer. «Pero ¿qué querrá?», pensé. De todos modos ya no eran nuestro problema principal.

Me giré hacia las mujeres y les dije:

—Otra vez esos malditos pavos nos...

Un ruido ensordecedor me interrumpió, como el estruendo de un rayo. Mientras las palabras aún salían de mi boca vi a Lisa salir disparada hacia mi derecha como si un camión invisible la atropellara. Quedé paralizado. «¿Qué está pasando?», me dije.

El cuerpo de Lisa estaba despedazado. Los estruendos seguían.

El espanto se apoderó de mí. Me quedé quieto.

El ruido ensordecedor eran disparos que continuaban sin parar. También se oía el ruido de los árboles cercanos ser destrozados por las balas. Advertí de dónde procedían los tiros, y a lo lejos había un hombre apuntándonos con una escopeta. Ese debía ser el dueño del pocillo.

Rápidamente, Johana se acercó a mí y tomándome de la mano dijo:

—¡Mark! ¡No podemos hacer nada por ella, tenemos que correr!

Asentí con la cabeza y me dejé llevar.

Corrimos por en medio del monte, entre árboles de aguacate, de plátano y hierba alta. Huíamos tomados de la mano, no quería perder a Johana, la apretaba con fuerza. En su otra mano, ella llevaba la escopeta.

—¡Tenemos que buscar un sitio para camuflarnos y dispararle! ¡Él tiene la ventaja! —dijo Johana.

—Está bien. ¡Matemos al maldito! —sentenció.

Tras varios minutos de desespero, los tiros cesaron. Quizás lo habíamos perdido o estaba recargando su arma. Johana apuntó:

—¡Esos pastizales gigantes de allá son perfectos!

Dimos un brinco y nos quedamos en silencio. Mi corazón golpeaba mi pecho. Estaba asustado y desesperado sabiendo que no podía ayudar en nada. Todo estaba en manos de Johana.

Con toda tranquilidad preparó la escopeta.

—No te preocupes Mark, soy experta con esta arma —dijo tratando de esbozar una sonrisa que me diera confianza.

Los latidos de mi corazón fueron retomando su ritmo. Luego de cargar el arma, Johana apuntó hacia el lugar de donde veníamos y tras unos minutos dijo en voz baja:

—¡Ya lo veo!

—¡Dispárale! ¡Dispárale! —insistí.

—Todavía está muy lejos y solo tengo un disparo antes de que se entere dónde estamos.

El cazador caminaba despacio mirando en todas las direcciones. Al verlo, mi corazón se aceleró de nuevo.

—¡Mierda! ¡Mierda! —dije.

Rogaba que no nos viera.

—Solo esperaré que se acerque unos metros más y lo mataré.

—Perfecto.

—Luego nos iremos a la ciudad en la selva.

—Contigo a mi lado voy donde sea —dije.

Escuché unos movimientos entre el matorral, a nuestras espaldas, pero no le di importancia. Estábamos concentrados en matar al cazador.

—Un poco más —susurraba Johana mientras apuntaba a su blanco.

De repente, los arbustos detrás de nosotros se estremecieron salvajemente y una bestia de cuatro patas emergió del matorral saltando sobre Johana. Era un gato gigante de cuyo cuello pendía un collar. Ella soltó el arma para defenderse. Intenté arrojarme sobre la bestia pero un manotazo me arrojó lejos.

—¡Auxilio! —gritaba Johana.

Los gritos alertaron al cazador, quien apuntando hacia nuestra posición preguntó:

—¿Los encontraste Ganesha? ¡Buena niña!

El animal rasguñaba sin piedad a Johana y el cazador comenzó a dispararme. Agarré al animal de la cola con todas mis fuerzas pero no servía de nada.

En medio del ataque, Johana dijo:

—¡Corre Mark! ¡Sálvate tú!

—¡No puedo dejarte acá!

—¡Moriremos los dos en vano! Corre, sálvate y encuentra la ciudad.

—Pero...

Los estruendos de los tiros eran cada vez más fuertes y pasaban muy cerca de mí. Comencé a correr con el corazón destrozado.

Los tiros cesaron.

De pronto, mientras huía escuché un balazo solitario que supuse era el final de Johana.

Me detuve contra un árbol gigante en medio de la selva y lloré. «¡Soy un perdedor! ¡Un maldito miedoso! ¡Cómo fui capaz de dejarla morir sola!».

El árbol donde estaba estalló al recibir una bala haciéndome volver a la realidad: el cazador venía por mí.

Con las pocas fuerzas que me quedaban corrí hasta llegar a un río que estaba casi seco. Debí haber sido un gran río por las piedras grandes que había. Las rocas gigantes estaban llenas de un musgo resbaladizo que no me permitía treparlas. ¡Maldita sea!

Me quedé quieto adivinando por dónde pasar. Miré atrás y el maldito cazador venía caminando con una sonrisa de satisfacción.

Preso del miedo, intenté huir como un cobarde, pisé algunos charcos e intenté escalar una de las rocas. Resbalé, caí y me golpeé la cabeza.

Recostado sobre una piedra, quedé mirando hacia el cazador, mi cabeza sangraba, la poca agua del río invadía mis pantalones haciéndome sentir más miserable, el golpe en la cabeza me dejó aturdido, era claro que no podía hacer nada, tan solo esperar el golpe mortal. El cazador también se había percatado de eso, se acercó lentamente, colgó la escopeta en su espalda y sacó un

revólver.

Estaba vencido, tal vez el destino quería que todos muriéramos de la forma más horrible. En ese momento lo único que lamentaba era no haberle dicho nunca a Johana que la amaba.

Deseaba que el golpe final fuera rápido y sin dolor.

Mientras caminaba, el cazador se detuvo, cerró los ojos, echó su cabeza para atrás y se quedó inmóvil. Sabía qué estaba pasando: el maldito estaba adueñándose de la energía de Johana o de la de Lisa, que acaba de morir.

Después de volver del trance, siguió caminando hacia mí mientras decía:

—No puedo creer la suerte que tengo. —Sonreía—. Tres pajaritos vinieron a mí para ser sacrificados. Las últimas semanas han estado llenas de imbéciles...

Sus palabras infundían temor, pero yo no quería sentir más miedo, ni sufrir el vacío por la muerte de Johana, ni mucho menos seguir escuchándolo.

—Haga lo que tenga que hacer... pero hágalo rápido... —dije.

Por Johana hubiera pedido clemencia, pero ya era tarde.

—¿Ahora se cree valiente? ¿Piensa que puede darme órdenes? Usted, al igual que ellas, no es más que escoria, la energía de cada uno es como la de una ardilla. He matado todo lo que camina, vuela y se arrastra... y ¿usted viene a darme órdenes?

En cuanto aumentaba el volumen de su voz, seguía riendo, jugaba conmigo. No quería escuchar más su voz ni su risa de desquiciado asesino.

Al notar mi silencio, continuó.

—Acabemos con esto entonces, pequeña ardilla.

Levantó el revólver y dijo:

—Usted no merece que desperdicie más de una bala.

Se acercó hasta que el arma quedó a un puño de mi rostro. Podía ver el orificio oscuro de la muerte. Lo miré a la cara y me dijo:

—Despídase de todo... perdedor...

Giré mi cabeza hacia arriba, si iba a morir preferiría llevarme una mejor imagen. Observé el



cielo azul y las copas de los árboles alrededor de su cabeza. Quería que todo terminara.

De repente, comencé a ver alrededor de su cabeza unas pequeñas manchas de color azul brillante, que se iban volviendo más y más grandes.

En un segundo tres pavos reales azules estaban posados sobre el cazador, uno a cada lado de su cuerpo y el tercero en su espalda. Fue un ataque sorpresa, irreal, que me dejó perplejo. El grito de dolor del cazador y el sonido de la pistola al caer me devolvieron al momento presente.

El cazador giraba en círculos, tratando de quitarse los pavos de encima. Estos se agarraban con sus fuertes garras a sus hombros y picoteaban su cara y su cabeza. De pronto, el pavo que estaba en su espalda saltó al suelo y mientras observaba a sus compañeros se dio cuenta de mi presencia, sus ojos brillaron con el color de la sangre y un cosquilleo de miedo recorrió toda mi espalda mientras el animal corría hacia mí. Con el instinto de supervivencia recorriéndome la piel me abalancé sobre el arma y disparé.

Fallé el primer tiro, el pavo real saltó, apunté el arma hacia el ave que hacía una parábola en el aire y disparé tres veces, fallé todos los intentos. Cuando el pájaro llegó a mí, puse mi brazo derecho para defenderme, sus garras lo apretaban con fuerza y atravesaban la carne con facilidad. Mientras me cubría el rostro de los picotazos, apunté al vientre del animal.

Disparé e inmediatamente sentí varias gotas de su sangre caliente caer sobre mi rostro. El ave se alejó chillando. Acerté, pero solo herí su ala derecha. El ave se internó en el bosque.

Me levanté y revisé el arma, solo me quedaba un tiro. Giré la cabeza para ver qué había pasado con el cazador, estaba luchando con solo uno de los pavos reales, el otro se hallaba inconsciente en el piso. Estaba absorto mirando la habilidad del cazador que, con sus dos brazos agarró al pájaro que tenía encima, lo lanzó a unos tres metros de distancia y mientras este caía tomó la escopeta de su espalda y lo volvió polvo con un solo disparo.

Tras ver cómo los restos del pavo se esparcían por los matorrales, el cazador se volvió hacia mí, tenía el ojo izquierdo destrozado por los picotazos, y en el derecho se veía una rabia infinita. Lo que aconteció después fue como una escena de una película del lejano oeste. Estábamos a unos quince metros de distancia uno del otro. Sin apartar su mirada, el cazador alistó la escopeta con un nuevo tiro. Yo lo observaba asustado. En un movimiento rápido me apuntó. Automáticamente, alcé el arma con el único tiro que tenía, apunté hacia el cazador, cerré los ojos y disparé.

Los dos disparos sonaron al unísono. Con los ojos cerrados, mis piernas comenzaron a hervir, sobre todo la izquierda. El disparo del cazador fue a parar a la parte baja de mi cuerpo. El impulso me hizo girar sobre mí y caer de frente sobre el fango. Herido e indefenso (el arma había salido volando de mi mano) comencé a llorar desconsolado a causa de la impotencia. Pensaba en que si no había podido matar un animal que estaba encima mío con cinco balas, cómo iba a matar a alguien con los ojos cerrados y con una sola bala a quince metros de distancia.

Mientras sollozaba en el suelo, con la boca llena de tierra y fango aguardaba el golpe final, siempre con los ojos cerrados. Merecía estar ahí botado.

Pasaron varios minutos y nada.

De pronto, el dolor en mis piernas desapareció, la tristeza, la impotencia y el sabor a tierra también, ya no sentía las piedras bajo mis manos. Intenté abrir los ojos y tal como había pasado con Osvaldo, estaba en la total oscuridad, en la nada. En la lejanía vi el mismo espectáculo que había vivido con mi amigo, pero esta vez las pequeñas estrellas tenían un color más fuerte. Ya no eran amarillas, sino de un color anaranjado-rojizo y se movían con más velocidad por todos lados en ese microuniverso imaginario. Finalmente, las estrellas se dirigieron hacia mí y me invadieron todo. Regresé de un golpe a la realidad: seguía ahí tirado en medio del fango, pero aún con vida.

Me levanté como pude, con el terrible dolor en mi pierna. No podía creer lo que veía: el cuerpo tendido bocarriba del cazador, recogí el arma descargada que había quedado a mi lado, me acerqué cojeando y apuntándole. Cuando estuve cerca pude ver, para total sorpresa mía, el agujero que había dejado la última bala en medio de sus ojos.

Por un instante me sentí aliviado, pero inmediatamente, como el golpe de un martillo, recordé el fatídico resultado de esta batalla: Johana muerta tratando de salvar mi miserable vida. Miré hacia el bosque donde debía estar su cuerpo y lloré. Vi de nuevo el cuerpo del cazador y me invadió la rabia. ¡Maldito! Me parecía que en su cara de muerte se dibujaba una sonrisa.

Tal fue la ira que disparé de nuevo a su cuerpo muerto, pero ya no salían balas. Entonces, quise patear el cadáver con todas mis fuerzas, pero las heridas en las piernas no me lo permitían. Tomé un tronco y lo golpeé hasta borrarle aquella sonrisa.

Agotado, usando el tronco como bastón, me acerqué a una gran piedra y me senté. Estaba exhausto. Mientras respiraba, la ira disminuía, pero la tristeza aumentaba. Johana muerta, Johana muerta. Era lo único que pensaba. Surgió entonces una urgencia desesperada de verla: viva o muerta pero tenía que encontrarla.

Revisé el cuerpo del cazador, pero no encontré más munición ni para el arma ni para la

escopeta. Me dirigí hacia el bosque con mi bastón improvisado cuando desde lejos vi que cerca de los árboles donde había muerto Johana había dos pavos más. Uno era morado y el otro azul, brillaban y picoteaban algo en el piso. «Los malditos deben estar comiéndose a Johana», pensé. La ira volvió a surgir pero con las piernas así y sin armas sería una masacre. Para completar, comenzaba a oscurecer.

Los pavos giraron sus cabezas hacia a mí. Se quedaron mirando unos segundos y luego siguieron con su comida los muy malditos. El temor a una muerte estúpida me hizo decidir no continuar por el momento. Así que como pude regresé sobre mis pasos al río seco, trepé las piedras despacio y tras atravesar el río esperé a que fuera más tarde para recuperar el cuerpo de Johana y así sepultarla. Era lo menos que podía hacer.

Escondido entre unos matorrales y con el tronco en la mano vigilé que no pasaran los pavos por encima de las rocas del río. Estaba cansado y herido. Esperé y esperé y sin darme cuenta me quedé dormido.

Soñé algo extraño: estaba trepado en un árbol alto, escondido por el follaje y tenía un fusil de francotirador en mis manos, <<ahí vienen más terneros>> me decía. Luego, aparecían personas corriendo a través del bosque, como huyendo de algo y yo con el arma los cazaba uno por uno. Después el sueño cambió, y era yo el que huía por la selva, avanzaba asustado sin saber a dónde ir y de pronto, escuchaba la voz de una mujer mayor gritando: ¡Mark!; al dirigirme al origen de la voz, llegaba a un pequeño pueblo indígena conformado por chozas hechas de paja. Había gente por todos lados: riendo, haciendo negocios, cultivando; también había niños corriendo de un lado a otro. Caminé por en medio de toda esa vida y al llegar al centro de la comunidad me dirigí hacia la maloca más grande. Allí me detuve y de la entrada salió una pequeña anciana indígena sonriendo, y, abriendo los brazos, dijo: «Bienvenido, te estaba esperando».

Cuando desperté ya estaba saliendo el sol. ¡Había dormido más de doce horas! Me desperté afeitado y regresé como pude hasta el cuerpo del cazador, pero ¡ya no estaba! La mancha de sangre sí, pero el cuerpo no. El pensamiento de Johana me invadió. Me dirigí entonces a donde la había abandonado, corrí cojeando y cuando llegué su cuerpo tampoco estaba. Encontré dos cuchillos, pero ni rastro de la escopeta. ¡Maldita sea! ¡Ni siquiera pude enterrarla!

Guardé un cuchillo en mi cinturón y el otro en mi tobillo derecho y, desesperado, volví sobre la ruta que habíamos recorrido el día anterior. Aún se podían ver los rezagos de la huida, ramas rotas, pasto pisado, pasé por donde debía estar el cuerpo de Lisa y al igual que los otros también había desaparecido. Comencé a pensar que todo había sido un sueño. Seguí caminando hasta llegar a la casa abandonada que ocupaba el cazador.

Registré todo buscando pistas. Debajo de una de las camas de costales encontré una pistola y su munición. No había nada más, nada de comida, nada de tomar.

Salí y me senté en un pedazo de madera.

«¡Johana está muerta! ¡No hice nada para salvarla, hui como un cobarde! ¡Estoy solo en esta selva de mierda! ¡Tarde o temprano voy a morir! Ya todo terminó», me dije.

Sin pensarlo tomé el arma, la cargué y la llevé a mi cien. Cerré los ojos.

Oprimí el gatillo, pero la maldita bala estaba atorada, lo hice de nuevo y nada. Abrí los ojos, miré el arma, comprendí de pronto lo que estaba haciendo y la arrojé al pasto.

Lloré.

«¿Qué me pasa?», pensé, «¿por qué no puedo terminar con mi vida?». Volví a pensar en Johana, recordé los sueños que ella tenía de irnos y encontrar ese lugar de paz en medio de la selva, era lo que tanto deseaba.

Tras una hora de pensar y pensar, decidí que, al no ser capaz de decirle a Johana que la amaba, se lo demostraría hallando ese lugar en el que ella creía y que nos trajo a esta selva. Lo haría por ella, era lo justo.



Me levanté de la madera y me encaminé de nuevo hacia el sur, el sol era mi guía, mis provisiones eran tan solo los dos cuchillos y la pistola que encontré en la casa abandonada.

Al entrar de nuevo a la arboleda llevaba uno de los cuchillos listo en mi mano izquierda, el otro en mi tobillo. Todos mis sentidos en estado de alerta. No quería ninguna nueva sorpresa.

A media hora de camino escuché un zumbido en la cima del árbol que estaba junto a mí. Con un movimiento automático, hasta ese momento desconocido para mí, lancé el cuchillo a una gran velocidad, el cuchillo atravesó el follaje hasta encontrar la fuente de los ruidos.

Un chillido precedió la caída por entre las hojas de la presa que acaba de cazar: un mico negro. El animal cayó a un metro de mí. Quedé sorprendido con la eficacia de mi ataque. Y más sorprendido estuve cuando vi que el cuchillo atravesaba su corazón. «¡Al parecer heredé las habilidades del cazador! ¡Al menos no moriré de hambre! Ya tengo la cena de esta noche», pensé.

Esa noche comí bien pero no pude dormir, podía escuchar amplificadamente todos los ruidos del bosque; además, el aislamiento me hacía pensar en Johana.

Los siguientes días, para no pensar en la soledad, me distraía cazando lo máximo posible, era muy diestro con los cuchillos, cazaba micos, conejos y sapos gigantes que los destripaba rápidamente al acercarme a los pozos infestados de renacuajos.

En las noches, para evadir posibles enemigos, intentaba hacer muy pocas fogatas y prefería dormir en las copas de los árboles. Dormir bajo ese cielo estrellado me hacía recordar a Johana. Lástima que todo terminó así tan de repente y de forma tan horrible.

A partir de su muerte empecé a contar los días.

Un mes después de su deceso, los árboles cambiaron: tenían más follaje y dificultaban mi travesía; además, las presas que por lo general cazaba desaparecieron, así que me tocó usar la pistola para matar otro tipo de animales: jabalíes, osos y caimanes. La munición no me duró mucho. Al final solo dejé una bala, por si acaso.

Tampoco encontré un lugar seguro y habitable para quedarme.

Al segundo mes, sin balas, mi dieta debió cambiar de nuevo: comía animales que encontraba ya muertos, así descubrí el extraño comportamiento que tenían las serpientes: se enroscaban en

objetos filosos hasta morir, como por ejemplo alrededor de los grandes cactus que había en el bosque. Gracias a ese instinto suicida conseguía carne fácil y fresca, aunque su sabor nunca me terminó de gustar.

Cada vez me internaba más en las entrañas de la selva. Después de tres meses, casi no encontraba serpientes, parecía que se hubieran extinguido. Había días que no hallaba nada y por tanto no comía. Me daba la impresión de que la selva estuviera totalmente limpia de animales o como si estuviera en contra de que yo estuviera ahí.

Para completar, cuanto más caminaba hacia el sur, el calor y la humedad aumentaban. Esto sumado al hambre que corroía mis entrañas comenzó a producir en mí pequeñas alucinaciones y paranoias. Me despertaba en medio de la noche, sintiendo a veces que alguien me observaba o que una mujer gritaba mi nombre, una voz desconocida. Cuando esto me ocurría no podía volver a dormir así que al otro día estaba muy cansado para seguir caminando y avanzaba poco.

Con el paso de los días, la paranoia empeoró. No solo tenía alucinaciones mientras dormía, sino también despierto y a plena luz del sol. Sentía que durante el día alguien me seguía, así que me detenía en medio de los árboles y gritaba:

—¡Aléjense de mí!

Caía al piso y lloraba. Me estaba volviendo loco.

Al término de los cuatro meses todo iba de mal en peor. Sin alimento, en un calor infernal y completamente perdido. Caminaba sin pensar hacia dónde. Me alimentaba de moscos, insectos y plantas que iba encontrando en el camino.

En ese punto, mi mente ya no podía diferenciar el mundo imaginario del real. A veces veía a Johana caminando a mi lado, pero siempre sería y enojada; otras veces aparecía la pequeña anciana indígena que había visto en mi sueño. Parecía hablarme mientras caminaba detrás de mí. Terminé por acostumbrarme a eso, así que solo seguía andando.

En las noches ya no dormía, cuando cerraba los ojos veía los cuerpos sin vida de Osvaldo, Johana y Lisa mirándome fijamente con sus ojos vacíos, así que optaba por observar la oscuridad de la espesa selva. En medio de esos árboles era usual ver ojos brillando, observándome, esperando a que cometiera alguna locura. Pero ¿qué locura? ¿Matarme?

Los días seguían sucediéndose, ya no sabía cuántos días, semanas o meses llevaba en ese infierno verde. No sentía temor, ni sed, ni hambre, solo caminaba. Comencé a olvidar el por qué estaba ahí, y cómo había llegado, solo caminaba y esperaba la hora de morir, la hora en que el



monte reclamara mi vida.

Andaba con la mirada en el piso, chocando contra los árboles, como un robot o un ser sin mente.

Un día, de un momento a otro, el piso cambió. No había pasto ni hierbas, ni árboles estrellándose contra mí. Cuando levanté la cabeza estaba en medio de un caserío indígena, el mismo que había visto lleno de vida en mis sueños. ¿Era posible que Johana tuviera razón?

Después de echar un vistazo a todo el entorno, me di cuenta de que el pueblo estaba despoblado.

Tambaleando revisé cada choza, pero no encontré a nadie, también busqué comida sin éxito. Parecía que el caserío hubiese sido abandonado hace muchos años, pues solo había tierra en las ollas de cerámica que hallé.

Mientras continuaba con mi búsqueda infructuosa, la voz de una mujer gritó mi nombre:

—¡Maaark!

Una esperanza surgió en mí, salí corriendo de la choza y llegué de nuevo al centro de la aldea, pero no había nadie.

—¡Maaark!

Oí mi nombre de nuevo, esta vez venía de otra choza; fui corriendo hacia allá, pero no encontré persona. De repente, comenzaron a llamarme muchas voces: niños, adultos, ancianos, todos diciendo mi nombre. ¡Mark! ¡Mark! ¡Mark!

Las voces provenían de las casas, del bosque, del centro de la aldea, pero yo seguía sin ver a nadie. Las voces crecían y se multiplicaban, sentí que mi cabeza iba a explotar.

No aguanté más y me sumergí de nuevo en la selva. Estaba completamente loco. Caminé rápido entre los árboles con la intención de huir como fuera. Mientras me alejaba sin rumbo, las voces y la agitación se fueron aminorando y el silencio volvió. Una sola voz permaneció en mi cabeza: la de Johana que decía en un susurro:

—Usa el arma, ya todo terminó, no fuiste capaz de encontrarla.

Saqué el arma con su última bala y la observé.

—¡Úsala! ¡Úsala! —repetía la voz en mi cabeza.

No obstante, otro sonido apareció, al principio era un murmullo parecido a la voz de Johana, pero luego se volvió más fuerte e hizo desaparecer la voz, mi mente se tardó en reconocerlo. Era el sonido de un río, no sé si era parte de mi imaginación, pero fui hacia el lugar de donde provenía antes de utilizar el arma.

Después de un largo recorrido percibí un claro y con él la luz del sol. Corrí hacia allá. Cuando por fin atravesé los últimos arbustos llegué a una gran playa de arena gris y lodosa que bordeaba un río gigantesco. Al salir del bosque y llegar a ese espacio abierto sentí como si el aire purificado del río limpiara el veneno que había en mí, el veneno de la selva. Recibí un golpe de vida instantáneo. Volví en mí. Desperté de ese estado de letargo, de muerte, de locura. Tomé la pistola y la arrojé lejos en el bosque. No quería volver a intentar matarme.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Lo primero que hice fue sentarme en una roca, mi mente estaba pensando racionalmente de nuevo, volví a tener las ideas claras, la sed, el hambre, todo volvió. «Debo tomar algo», pensé. Mi cuerpo estaba muy delgado y mi boca completamente seca.

Las aguas del inmenso río iban del café al negro, era tan ancho que casi no podía ver la otra orilla, la sed comenzó a ahogarme, así que me dirigí hacia la orilla. Mientras corría hacia el borde del río, vino la sensación de que alguien me observaba, pero seguí.

En el borde, lejos de la sombra de los árboles, acurrucado, bebí el agua con desespero, sin importarme su sabor a tierra. A medida que lo hacía estaba alerta a cualquier peligro. No había absolutamente nadie, era un paraje muy tranquilo.

Un grupo de peces que nadaban cerca llamaron mi atención, lo hacían sin ningún temor, eran tal vez unos diez, y reflejaban la luz del sol en su piel dorada, venían a mí llenos de curiosidad. Me calmé. De repente, todos se agitaron, y se alejaron como asustados, y, en el lugar donde estaban apareció una sombra que parecía otro pez, la sombra era del tamaño de mi puño, pero seguía creciendo. «¿Será un pez inmenso! ¿Un tiburón?», reflexioné, pero cuando vi que la sombra alcanzaba casi el tamaño de un ser humano, entendí el error que había cometido. Quise retroceder, pero fue en vano.

Alcancé a ver sus ojos antes de recibir el golpe en la mandíbula que me mandó volando a varios metros de distancia del río. Mi atacante emergió del agua como un proyectil, mientras yo salí arrojado y rodé sobre la tierra lodosa. Al incorporarme me zumbaba la cabeza, estaba perdido, adolorido y confundido.

El ser que me había lastimado estaba ahí de pie, en la orilla del río, medía alrededor de dos metros y medio, su piel era verdosa, y, su cabello negro, largo y liso le llegaba a media espalda. Tenía un par de brazos adicionales a la altura de su ombligo. Su apariencia era una mezcla entre humano y cocodrilo.

—¡Hola pequeño bastardo! —dijo con una voz grave y ronca que inspiraba miedo—. ¿Estás listo para morir? Bebiste agua de mi río sin permiso y ahora el precio es tu vida.

—Tranquilo... tan solo voy de paso... me iré sin dejar rastro —respondí con la voz temblando.

—Es muy tarde pequeño imbécil, has profanado terreno sagrado. ¡Aprovecha para respirar la última bocanada de aire de tu vida!

Corrió hacia mí con sus cuatro manos apuntándome. Me dio tanta impresión esa embestida que lo único que hice fue cubrirme el rostro con los brazos para protegerme del golpe, pero en vez de lanzarme un puño me tomó de la camisa con sus dos brazos derechos y me lanzó hacia el río, lejos, muy lejos.

Volé por el aire durante varios segundos, y como a diez metros de la orilla caí al agua y me hundí, nadé lo más rápido que pude hacia la superficie. Me quité los zapatos para mantenerme a flote. El hombre lagarto me observaba desde la orilla, sonriendo.

—¿Cómo está el pequeño? ¿Listo para ver cara a cara a la muerte? Solo para que recuerdes quién te mató, mi nombre es Artraz —dijo.

Su voz hizo que pasara un corrientazo de temor por mi cuerpo. Mi respiración se entrecortaba, la adrenalina me poseía. Sabía que no vendría nada bueno para mí. «¿Qué podía hacer? ¿Cómo defenderme de sus cuatro manos? ¿Será mi fin?», pensé.

El espécimen pegó un salto, se zambulló en el río y desapareció. Solo era cuestión de esperar a que me diera el primer golpe; mientras tanto, seguía flotando e intentaba ver por dónde se movía el agua para prever la embestida. No veía nada.

Por la posición del sol, aún era de mañana. Pasaban los minutos y mi angustia crecía. Con la respiración acelerada tomaba algunos sorbos de agua, mientras trataba de imaginar cómo podría vencer a esa cosa. La corriente me iba llevando por el río y me alejaba de la orilla, pero ese era el menor de mis problemas.

De repente sentí que algo me agarró tobillo izquierdo, tomé todo el aire que pude y me dejé llevar por Artraz que me apretaba con fuerza. Nos hundimos de inmediato, sabía que no podíamos ir tan profundo o nos ahogaríamos los dos. A más de tres metros de profundidad, Artraz me soltó el pie. A mi alrededor la visibilidad era nula, ¡no podía ver ni mis manos! Era agua negra. Pasara lo que pasara no debía dejar que me sacara el aire de mis pulmones. Tras dejarme ahí en lo profundo, Artraz volvió a desaparecer. Era un experto nadador.

Pese a mis esfuerzos no podía distinguir nada a mi alrededor. El primer golpe lo recibí por la espalda, hacia el lado izquierdo, un golpe seco; pero logré no expulsar el aire. Artraz siguió en línea recta ocultándose de nuevo, nadaba como si fuera un pez o un tiburón. Traté de reacomodarme en una posición defensiva. «¿Cuánto llevo sumergido?, ¿Veinte? ¿Treinta segundos?», pensé.

La consistencia del agua era muy extraña: ni me hundía ni me iba hacia la superficie.

Nuevamente, trataba de mirar en todas las direcciones con las manos listas para defenderme. En su siguiente embestida vino por mi lado derecho, alcancé a percibirlo, lancé mi golpe con la mano izquierda, pero el agua le quitó fuerza, apenas si lo toqué. Lo curioso fue que no me pegó, sentí cómo su cuerpo rozó mi brazo y volvió a esfumarse. Quizás lo que quería era ahogarme.

El tercer ataque llegó también por mi derecha, mandé mi golpe, lo esquivó pasando por debajo de mi brazo y me dio un golpe certero en el estómago. Boté el aire. Fue inevitable. Estaba en sus manos. Cuando se alejó de nuevo comprendí que con otro golpe me sacaría el poco oxígeno que me quedaba y sería mi fin.

En ese momento recordé los cuchillos. También me di cuenta de que siempre me atacaba por el sentido de la corriente, tal vez así tomaba más velocidad y sus golpes eran más fuertes. Así que me giré hacia la corriente, por donde él debía llegar, saqué el cuchillo que cargaba en mi cinturón. Solo me quedaba esperar, empecé a sentirme ahogado. Era el momento decisivo. Si moría en este río al menos me llevaría a ese desgraciado.

Traté de tranquilizarme y concentrarme. Tras unos instantes de espera, unos puños aparecieron a centímetros de mi rostro en medio de toda esa negritud, en un movimiento instantáneo mandé el cuchillazo adonde creí estaba su pecho, recibí el golpe en mi cara pero hundí el cuchillo con todas

mis fuerzas.

Artraz siguió de largo, solté el cuchillo que había quedado bien enterrado. Él no esperaba que tuviera conmigo un arma. Desapareció en la oscuridad. Segundos después sentí sus manos de nuevo en mi tobillo y me arrastró de nuevo hacia las profundidades, sin más aire ni fuerzas me dejé llevar, sabía que había clavado el cuchillo en alguna parte de su pecho, debía estar herido mortalmente. Cerré mis ojos, mis pulmones reclamaban oxígeno con ira. Dejé de resistirme, el sabor a tierra y a sedimento pasó por mi nariz y por mi boca, el agua invadió mi cuerpo. Tragaba agua sin tregua.

Ahogarse en esa oscuridad fue horrible. El tiempo parecía infinito.

De pronto la sensación de ahogo desapareció. Dejé de hundirme y estaba totalmente quieto, el agua a mi alrededor también desapareció, no sentía nada, solo una inmensa tranquilidad. Ahí comprendí que mientras Artraz me jalaba hacia las profundidades había muerto. Tras unos minutos de estar flotando en esa oscura tranquilidad vi cómo la energía de Artraz venía hacia mí. En la lejanía, pequeñas esferas de color naranja-rojo iban en grupo como un cardumen. Juntas parecían un gran delfín nadando hacia mí a gran velocidad. A su encuentro, la energía de Artraz me invadió. Era la más poderosa que había recibido desde que habían comenzado estas batallas a muerte, un estado de efervescencia y de poder me inundó por completo.

Luego la oscuridad y la tranquilidad continuaron. Sabía que de nada me serviría tener más fuerza porque de todas formas yo también moriría en ese río, ahogado.

Cuando el estado de trance y de tranquilidad terminó, volví a mi sensación de ahogamiento, tenía el sabor a tierra en mi nariz, garganta y pulmones. La desesperación, la ansiedad y la oscuridad fueron tan enormes que hicieron que perdiera la conciencia.

No sé cuánto tiempo estuve así.

De un momento a otro, desperté. Respiraba, aunque de una manera extraña. Al abrir los ojos, me vi flotando boca arriba a pocos centímetros de la superficie, estaba respirando bajo el agua como si fuera un pez. Al principio me asusté y de nuevo sentí el ahogo, pero rápidamente noté las branquias en mi cuello. «Así que este es el poder que heredé de Artraz», pensé tranquilizándome.

Al comprender que no me ahogaría, me dejé llevar por la corriente. Estaba muy cansado y con dos o más costillas rotas; además, el río me llevaba hacia la orilla, así que no me preocupé. Para mi sorpresa, me sentía sereno y a gusto en el agua, recibía el sol en mi rostro, no quería salir. Por la posición del sol debían ser alrededor las tres de la tarde.

Finalmente llegué a la orilla, me quedé quieto sobre la arena gris, mirando el cielo azul. Disfrutaba el hecho de seguir vivo cuando de repente una cara familiar se interpuso entre mi rostro y el cielo. La sorpresa me congeló. No alcancé a decir nada cuando el golpe de una sartén me hizo perder de nuevo la conciencia.

Al despertar estaba en medio del bosque, acostado bocarriba, el cielo estaba cubierto de ramas y hojas, era muy poca la luz que se filtraba y me tocaba. Intenté recordar cómo había llegado ahí y recordé el golpe, me preocupé; luego intenté levantarme, pero no pude, tenía las manos y los pies amarrados a una tabla, sobre la cual estaba acostado.

«¡Me atraparon!», pensé. Miré a mi izquierda y no vi nada, miré a mi derecha y nada, abajo tampoco había nada, pero cuando miré hacia atrás, casi me tropiezo con la cara de una anciana que estaba acurrucada sobre mí. La reconocí de inmediato, era la anciana de mis visiones mientras caminaba por la selva. Solté un grito de espanto.

La anciana estaba agachada mirándome con la sartén en la mano, con mi grito se enderezó y en silencio me miraba como si me estuviera analizando. Luego, caminó hasta mi lado derecho donde la podía ver mejor. Definitivamente, era la misma vieja que en mis visiones me seguía en la selva. «¿Y si no estaba soñando?», me pregunté.

—Mi nombre es Pamukale —dijo finalmente— y tú has ingresado sin permiso a tierra sagrada.

Comencé a temer lo peor, eran las mismas palabras con las que me había recibido Artraz.

—Lo siento señora Pamukale, no era mi intención venir por acá, me perdí en la selva y llegué a este punto sin saber cómo —respondí intentando evitar que me matara.

—¡Lo sé! —respondió—, sentí tu presencia en este territorio desde hace mucho tiempo.

«Entonces sí era ella la que me seguía en medio de la selva», pensé.

—Exactamente no era yo la que viste en la selva —dijo como si hubiera leído mis pensamientos. Al ver mis ojos abiertos de espanto, prosiguió—, lo que viste era tan solo mi espíritu, que está unido a toda esta selva llamada Amazonas. —Tras hacer un gesto de duda, continuó—: más tarde te explicaré quién soy, pero por ahora necesitas recuperar tus fuerzas y adaptarte a tus nuevas habilidades.

Giró su cabeza hacia mi estómago. Asustado, hice lo mismo, y vi un pequeño brazo débil y verdoso que salía de mi costado derecho y abrazaba mi vientre como protegiéndolo. Intenté tomarlo con mi mano y caí en cuenta de que aún estaba atado.

—Ahora que ya nos conocemos, ¿puede soltarme? —pregunté.

—¡Aún no! Primero debo analizar tu mente para estar segura de que no representas peligro alguno, duerme ya.

—Pero...

Perdí el conocimiento y quedé envuelto en un sueño. Primero soñé que estaba nadando en un río turbio y arenoso, nadaba muy rápido por debajo del agua, veía pasar ramas y peces alrededor. Junto a mí iban tres delfines rosados, todos nadábamos a la misma velocidad, ellos me hablaban y yo entendía todo lo que decían. «¡Allá están esos malditos!», decía uno. Había una barcaza de pescadores más adelante, en mitad del río. En el sueño, me adelantaba a los delfines en dirección a la lancha y de un solo golpe le abría un agujero. La embarcación comenzaba a hundirse y, riéndonos, huíamos veloces a través de los manglares. Ahí desperté.

Era de noche y continuaba en medio de la selva, pero me habían desatado y estaba acostado en una hamaca, que colgaba de dos árboles. No sé cuánto tiempo dormí. Escuchaba el ruido de la madera quemándose. Después de pensar qué hacer me asomé lentamente por encima del borde de la hamaca. A un lado de mí había una pequeña choza y al otro lado, una fogata encendida, sobre esta se estaba cocinando una sopa, sentía el olor y el calor de la fogata. La anciana estaba sentada

sobre un tronco junto al fuego.

Intenté no hacer ruido para no dar muestras de que había despertado. Estaba sorprendido que ya no estaba amarrado; además, las heridas de la batalla con Artraz estaban cubiertas con telas y ungüentos. El pequeño brazo que tenía en mi vientre también estaba cubierto con algunos paños. No podía creer que tan solo eso era lo que había heredado de ese monstruo llamado Artraz.

Me giré hacia la anciana y ella me miró fijamente a los ojos, me asusté y sonriendo tímidamente hice la pregunta que me rondaba la cabeza desde que había despertado:

—¿Por qué no me ha matado?

Pamukale comenzó a reírse.

—¿O en qué momento vamos a comenzar a pelear? —volví a preguntar.

Las risas continuaban y crecían en su fuerza.

—¡Veo que aún no entiendes nada! —respondió y continuó riendo.

Su español tenía un acento extraño, supuse que su primera lengua era alguna lengua indígena.

Volví a acostarme en la hamaca escuchando las risas de la anciana, mientras intentaba adivinar qué era lo que no había notado. Era cierto que no quería matarme porque hubiera podido hacerlo hace tiempo; además, curó mis heridas y tampoco me teme porque me desató.

—¿Eres algo así como un espíritu? o ¿Nos conocemos? —dije finalmente.

Tras un silencio respondió:

—Un poco de cada cosa. —Tomó aire y continuó—: lo mejor será explicarte todo para que dejes de hacer preguntas tontas.

—Está bien —asentí regañado.

—Hace mucho tiempo era la líder de una comunidad indígena matriarcal: “los turrícos”. Éramos uno con la naturaleza hasta que un día todos los habitantes se fueron y quedé sola.

—¿Por qué se fueron?

—Por el hambre insaciable de tener cosas materiales: celulares, computadores, relojes, autos. Prefirieron unos momentos de entretenimiento a una felicidad duradera. Así que quedé sola y antes de morir el espíritu de la gran serpiente, el río Amazonas me nombró protectora de estas selvas.



—¿Protectora de qué?

—Mark, no sé si lo sabes, pero estamos en guerra, una guerra que ya casi está por terminar y, de hecho, está casi perdida. Una batalla entre la naturaleza y la civilización. Supongo que viste el poder del «demonio que lo sabe todo».

—¿Quién?

—El causante que hizo que todos olvidaran y que convirtió tu ciudad en un infierno. Su arma fue la misma tecnología que los tenía esclavizados a ustedes. Ese demonio ahora es muy fuerte y asesinará a los que quedan para alimentarse de sus almas.

«Entonces, lo que creía Johana era cierto», pensé.

—Ya había escuchado eso —dije—, pero si allá está el mal, debería haber una ciudad que no sufra de todos esos males acá en la selva, ¿no?

—Había. Tú ya pasaste por ella. Está totalmente abandonada. Se llamaba Bella Flor de Inírida y era hermosa. —El rostro de Pamukale mostraba tristeza, luego dijo—: Pronto estaremos vencidos.

<<¡Diablos, la ciudad en que creía Johana no existe entonces! Y ¡yo me vine hasta acá por ella! ¡Carajo!>>, pensé.

Tras un silencio, la anciana continuó:

—Mi misión en vida era enfrentar y atrapar a la bestia, pero ahora soy solo un espíritu errante que habita estas selvas.

—¿Y entonces?

—Pues... había un guerrero, heredero de los míticos delfines rozados gigantes y del primer hombre que nadó por el mundo cuando no había tierra.

«Diablos», pensé.

—¿Ya sabes de quién hablo? —continuó Pamukale—. Era Artraz, un ser ancestral como yo. Pero al parecer su destino no era enfrentarse al demonio y capturarlo. Yo fui la que le dije que su destino estaba en el río en el instante que tú llegaste.

—¿Y no hay más guerreros? Oí que mucha gente venía hacia el sur, escapando de Santafé de Bogotá.

—Varios lo intentaron, pero no lograron sobrevivir a la selva como lo hiciste tú, unos se suicidaron, otros murieron de hambre; quise ayudarlos: les hablé en sus sueños, pero nadie me escuchó. La civilización los hizo inútiles para interpretar el viento en los árboles y el cauce del río.

—Pero... ¿por qué lo logré?

—Porque tú, sin quererlo, heredaste el espíritu ancestral de Artraz. De lo contrario, estarías muerto en el fondo del río. Solo en tus decisiones está el futuro de lo que queda por salvar.

—¿Qué quieres decir?

—Que así como cada río se dirige hacia el mar, cada uno tiene un destino y yo puedo ver algunas pistas de este. Tú heredaste parte del destino de Artraz. ¡Tu destino es volver a la ciudad de donde escapaste!

—¿Qué? ¿Allá? ¿A Santafé de Bogotá? ¿Para que la gente loca me mate?

—Ya no quedan muchos humanos, solo quedan cinco.

—¿En tan poco tiempo han muerto todos?

—¡Veo que no te has dado cuenta de que has estado perdido en la selva por más de tres años! Muchas cosas han cambiado desde entonces.

—¿Tres años perdido en esa puta selva?

—Por eso ya no hay tiempo de buscar a nadie más. Artraz era la esperanza, pero ahora tú eres el único que puede salvar esta tierra, esta selva y su conocimiento ancestral.

—¡No entiendo nada! ¡Solo estaba huyendo!

—¡Era tu destino estar aquí! Y ahora que eres un ser ancestral como yo, estos árboles y animales son tu familia. En tus manos esta salvarlos...

No quería escuchar más patrañas, así que volví a acostarme en la hamaca y no pronuncié palabra. «¿Volver? Está loca», pensé. ¡Mejor quedarme acá a volver y morir!

La anciana me trajo una sopa de musgo y luego me dejó solo con mis pensamientos. La fogata aún alumbraba cuando me quedé dormido.

El sueño que tuve fue muy extraño: era de noche, estaba en medio de la selva, durmiendo en la hamaca, de pronto llega Pamukale y me despierta, no dice nada solo señala hacia la jungla, al

asomarme, el bosque ardía en llamas. En medio del fuego alguien grita mi nombre, yo corro hacia allá y encuentro a Johana, la mitad de su cuerpo estaba quemado. Ella me mira a la cara y con ojos de odio grita: «¡Maldito! ¡Mira lo que pasó por no haber regresado!».

Desperté al mediodía del día siguiente. El sueño me había dejado confundido. ¿Volver? Johana lo hubiera hecho sin dudar. Busqué a Pamukale para que me ayudara a entender el sueño, pero había desaparecido.

Caminé por la selva pero no había rastro de ella. Me detuve al lado de un árbol gigantesco, su tronco era tan ancho como una casa. Me pareció que el ruido de un latido provenía de su interior así que pegué mi oído a él. No sé si de nuevo estaba volviéndome loco pero lo oía respirar e inconscientemente lo abracé. Me sentí parte de él, respiraba al mismo tiempo que yo y de repente una voz de muchos, muchos años, desde el interior del árbol dijo lentamente:

—No nos dejes morir, tú y yo somos uno.

Salté del susto y regresé al campamento.

No volví a ver a Pamukale hasta pasados siete días, y no sé si fue la soledad pero escuchaba voces y sentía presencias en el viento, en las hojas, en el agua, en la tierra. Todo eran palabras de alegría, de amor y fortaleza.

Por fin una mañana, cuando un gran ventarrón golpeaba los árboles a la orilla del río, ella apareció.

—¡Volveré! —dije apenas la vi.

—¿A dónde? —preguntó sorprendida.

—¡A Santafé de Bogotá! —contesté enervado.

—Me alegra que lo hayas decidido, pero aún no es tiempo. Debes entrenarte y prepararte para lo que vas a enfrentar.

—Está bien —repuse.

—Además, necesitamos que se revele más información de tu destino, y eso solo el tiempo lo dirá.

Asentí con la cabeza.

Viví con la anciana tres meses más. Todos los días nadaba en el río para aprender a usar mis branquias, podía aguantar hasta veinte minutos bajo el agua. También hacía ejercicios para utilizar

mi tercer brazo; lastimosamente, no tenía mucha fuerza pero podría serme útil. Pamukale insistió mucho en que me acostumbrara a cargar un cuchillo en ese tercer brazo, no entendí para qué. El otro cuchillo lo cargaba en el tobillo.

Una noche, preparábamos una sopa de hojas de yarumo, cuando de repente Pamukale entró en trance, sus ojos se volvieron blancos y me dijo:

—Habitante de la ciudad: el tiempo ha llegado para que vuelvas por donde llegaste, el viento y los árboles dicen que es hora de enfrentar tu destino.

—¿A dónde debo ir exactamente?

—El fuego y la tierra me dicen que tu destino se encuentra en un gran edificio en medio de la enorme ciudad. Veo sobre su puerta las palabras: Biblioteca Central.

—¿Por qué allá?

—No lo sé. Solo puedo decirte que allá encontrarás a alguien que creíste perdido hace mucho tiempo y según tus acciones tu destino será decidido.

—¿Quién? ¿Qué acciones?, no entiendo nada.

—Solo puedo decirte que hay una posibilidad de que al final de todo seas feliz y que el demonio sea vencido. Pero es una posibilidad entre muchas...

—¿Ósea que también puedo morir como Artraz?

—Es probable también... cada uno tiene su rol en la naturaleza, sea el tigre que caza una liebre o la liebre que es cazada. Pero la verdad es que todo dependerá de tus decisiones.

—¡Diablos!

Había llegado la hora de partir.

Después de la cena, la anciana me ayudó a preparar mi maleta, me dio una pistola para complementar los dos cuchillos que ya tenía. Mientras organizaba mis pocas pertenencias, le dije:

—No estoy seguro de internarme de nuevo en esa selva. Me perderé y seguro no saldré con vida. ¿No hay otra forma?

—No te preocupes. Te acompañaré hasta donde pueda, pero tienes que hacer caso en todo lo que diga.

Al día siguiente, muy temprano, incluso antes de que saliera el sol, comenzamos el viaje de

regreso a la ciudad de Santafé de Bogotá.

Durante las primeras semanas de caminata, Pamukale no paraba de hablar, me daba consejos sobre la vida. Unos días hablaba sobre el destino; otros sobre no dejarme llevar de la rabia y la venganza, que lo mejor era olvidar y perdonar; otras veces hablaba sobre el clima o la alimentación. Siempre había un tema para mantenernos distraídos. Creo que olvidé la mitad de todo que dijo.

No obstante, recordaba muy bien cuando me hizo saber sobre la existencia de un demonio que recorría las calles de Santafé de Bogotá. Según la anciana, era un ser horrible, un monstruo que devoraba las almas y los recuerdos de las personas, un ser que no había perdido la memoria. Cuando me eché a reír porque no le creí, ella se puso muy seria y dijo:

—No es broma Mark. Este demonio tiene una parte de cada uno de nosotros, ten cuidado con él, él te conoce muy bien. Si llegas solo a enfrentarlo no lo dejes hablar, atrápalo antes que lo haga.

—Así lo haré.

—y si lo dejas hablar recuerda esto muy bien: ni en la venganza ni en el conocimiento esta la felicidad.

Dijo esto y seguimos caminando.

Cuando nos deteníamos para descansar y comer, me sorprendía que ella no comiera nada, se veía con mucha energía, parecía como si el espesor de la selva y la humedad del ambiente la alimentaran.

Tras dos meses de camino, la selva comenzó a cambiar, era menos espesa y se podía transitar mejor. Me sentía mucho más cómodo, pero ella lucía débil y cansada. Al saber que yo comenzaba a notar eso, dijo:

—Muy pronto dejaré de acompañarte. Mi límite son las selvas amazónicas, pronto te darás cuenta. Lo importante es que pongas mucha atención a todo lo que te digo.

A veces parecía enferma, tosía con frecuencia.

Finalmente, al cabo de tres meses llegamos a los límites de la selva amazónica y nos encontramos con un bosque húmedo. Estaba atento a encontrar carreteras y centros urbanos. Pamukale se veía muy delgada, ya casi no hablaba y parecía que comenzaba a desaparecer, como si fuera una especie de alucinación o un fantasma.

En ese punto, varias de las cosas que me decía no podía comprenderlas y a veces ni siquiera la escuchaba bien, hablaba como en susurros.

Un día, alrededor del mediodía, divisé a lo lejos del bosque un alambrado hecho por el hombre y más allá de este una carretera. Mi travesía por la selva había terminado. Iba a salir corriendo hacia la carretera, pero la anciana me tomó del brazo y me detuvo. Al voltearme hacia ella era tan solo una sombra, musitaba algunas palabras, pero era como oír el viento en los árboles. La expresión de su cara era de preocupación, me acerqué cuanto pude.

—Muerte... ciudad... cinco vivos ya no... solo tres...

—¿Solo quedan tres personas?

—Sí, no, otros también...

—¡No entiendo nada!

—Desierto blanco... pájaros cuidado... recta 13.

Lo único que entendí fue que debería pasar por el desierto, que supuse era el de la Tatacoa. Tras un fuerte ventarrón, Pamukale desapareció.

De nuevo estaba solo, aunque en el viento aún sentía la presencia de la anciana, así que me despedí con una venia hacia a los árboles y comencé a caminar hacia la carretera.





Volviendo al presente...

Cuando la pelea con los pavos en el desierto terminó seguí mi camino hacia Santafé de Bogotá.

Ya han pasado cuatro meses desde que me despedí de la anciana y su selva verde. Uno de los tres pavos murió a manos de una serpiente que no estaba del todo muerta. Los otros dos me han sido muy útiles cazando ratones y liebres. Espero llegar a Santafé de Bogotá en los próximos días.

Nos aproximamos a la ciudad por la llamada «calle 13», una vía paralela a la calle 80 (la que utilicé con Osvaldo, Johana y Lisa el día que escapamos). Aún no puedo creer que esté regresando. Y solo.

La «calle 13» es una vía de ocho carriles. Al comenzar a caminar sobre ella puedo ver una gran cantidad de autos detenidos por todos lados, algunos quedaron abandonados en la mitad de la vía; otros a los costados. Hay camiones, motos y vehículos pequeños. Recorriendo la carretera con los ojos veo a lo lejos la imponente urbe. Ha transcurrido tanto tiempo desde que me fui que seguramente muchas cosas habrán cambiado.

De repente, recuerdo las palabras de Pamukale: solo quedamos muy pocos vivos, así que decido ir tranquilamente por la mitad de la calle junto a mis dos pavos, que se mostraban un poco nerviosos. Ellos van siempre delante de mí a más o menos diez metros de distancia.

El día está hermoso y soleado, sin una nube en el cielo, una mañana muy tranquila. Vamos caminando por en medio de los carros abandonados, las latas de los vehículos hacen que la temperatura se sienta mucho más elevada.

De un momento a otro, los pavos se detienen y uno de ellos comienza a graznar. Esa es la señal de peligro. Ha visto algo. Saco mi arma. Mi corazón se acelera. Observo en todas direcciones, pero solo veo autos y más autos. Cuando el pavo da la alarma, estoy en medio de lo que en el pasado fueron un taxi y un colectivo escolar. Mientras miro más allá de la carretera buscando cualquier cosa que se mueva siento que desde el taxi alguien me observa. Giro y al escudriñar el interior del taxi me encuentro con la mirada de un niño sonriendo con la lengua afuera, sus ojos están desorbitados. «Debe ser un cadáver», pienso. Sin embargo, mueve su cara hacia un lado y sin decir nada se abalanza sobre mí. La ventana impide que me toque pero sigue atacándola como si fuera un perro loco y rabioso. Asustado le apunto con el arma y disparo. Un solo tiro fue suficiente.

Al verlo tendido, verifico a mi alrededor y reviso el colectivo escolar. Salto hacia atrás

sorprendido de ver por lo menos cinco niños, todos mirándome con sus ojos inflados y desquiciados. Esta vez las ventanas del vehículo están abiertas. Cuando ven que retrocedo se enloquecen en una jauría sedienta de sangre. Saltan, brincan y se apeñuscan uno contra otro buscando salir de las ventanas para venir hacia mí.

Alcanzo a dispararle a dos antes de tener los otros encima. Me muerden brazos, piernas e intentan llegar a mi rostro. Mientras me defiendo veo a mis dos pavos. Uno de ellos está igual que yo, con dos niños encima. El otro viene corriendo para ayudarme. Los niños están ganándonos la batalla, uno de ellos me inmoviliza el brazo que lleva el arma.

El pavo llega y comienza a picotear y a jalar a los niños fuera de mí. Los que me quita se abalanzan sobre él. Cuando quedo libre, disparo como un loco para liberar a mi soldado fiel. Eliminamos los niños que nos atacaron, pero, a lo lejos de la “calle 13” vienen más de veinte niños corriendo entre los carros, todos con esa misma mirada de locura. Huyo como un cobarde hacia la ciudad dejando ahí a mi soldado.

Voy corriendo hacia el otro pavo que ya había vencido a sus atacantes. El nuevo grupo de niños alcanza al pavo que me rescató y lo elimina a punta de mordiscos.

Recargo mi pistola y llego finalmente donde el pavo sobreviviente, el animal me mira fatigado y sin perder tiempo sale corriendo hacia los niños que se aproximan. Va a morir defendiendo a su líder. Mientras se aleja, sigo mi marcha hacia la ciudad. Sé que el pavo no los va a detener por mucho tiempo.

Mientras avanzo por entre los autos, observo que no tengan sorpresas adentro. Echo un vistazo hacia atrás y el pavo está a punto de perder su vida. Lo tienen atrapado, por las patas, las alas y por la cabeza, lo jalan hasta que el pobre animal explota. ¡Qué desastre!

¡Ahora vendrán por mí!

Sigo corriendo, veo un camión más adelante que transportaba, al parecer, gasolina y que quedó atravesado en la autopista. Llego hasta él, avanzo unos metros más y me escondo detrás de un campero. Espero a los niños. Tengo un plan. Me quedo en silencio, escuchando mi respiración. Espero que ellos den muestras de haber llegado al camión. Los veo brincando por encima, saliendo por debajo y por los lados. Tomo mi pistola, apunto al tanque de gasolina y disparo todas las balas que me quedan.

Como era de esperarse el camión estalla y destruye a todos esos niños zombis. ¡Mueran malditos! La fuerza del impacto me arroja unos metros hacia atrás y pedazos de vidrio de los vehículos me hacen varios cortes.

Quedo en medio de la avenida, mirando hacia arriba. La explosión me deja en estado de *shock*, no escucho nada, solo veo el humo negro que sube hacia el cielo y más allá de él, el color azul del firmamento.

Tras unos minutos me recupero y me levanto. Todos los niños fueron eliminados. Me doy cuenta de las pérdidas que me había dejado esta batalla: mis dos soldados muertos y toda la munición gastada, haciendo inservible el arma. Todo por no haber avanzado de una manera sigilosa.

Desde ahora debo tener más cuidado. Hay otras cosas asesinas sueltas por ahí que no están catalogadas como «vivas». Pamukale no fue clara en eso. Debo alejarme de las carreteras principales de manera que no puedan verme fácilmente.

De nuevo, tengo que seguir mi camino completamente solo. Recojo los cuerpos de mis soldados, que me servirán de comida y retomo mi camino, ahora entre pastales y humedales.

Llego a la ciudad en la noche. Las calles y casas se ven arruinadas y abandonadas. Mientras avanzo de casa en casa sigilosamente puedo ver varios grupos de niños descerebrados caminando de un lugar a otro. Están por todos lados buscando presas incautas y estúpidas. Parecen un ejército organizado.

Tras varios días de esquivar y huir de las jaurías infantiles por fin llego a mi destino. Ya está cayendo el sol cuando diviso la Biblioteca Central de Santafé de Bogotá. Desde afuera, se asemeja una inmensa catedral, tiene más de seis pisos de altura, la entrada son dos inmensas puertas de madera de casi tres metros de altura. Al acercarme, la antigua madera está cubierta de sangre seca. Las puertas, aunque cerradas, están sin asegurar. Mientras las empujo con todas mis fuerzas hacen un fuerte ruido como si hace mucho tiempo no se hubieran abierto. No era la mejor opción para pasar desapercibido.

Por fin puedo ver el interior del recinto. El primer piso es un espacio inmenso lleno de mesas, sillas y libros regados por doquier. En el centro de la sala el techo es abierto y circular, y deja ver los otros pisos. Este espacio llegaba hasta el techo del edificio por donde entra la luz del día a través de unos paneles de vidrio. También noto que en el centro del primer piso hay una gran pecera en forma de cilindro con su abertura hacia el cielo, tiene dos metros de diámetro, un piso de altura, y su agua, entre negra y verde, luce putrefacta.

A medida que me acerco a la gran pecera sé que pueden observarme fácilmente desde cualquier piso. Aunque tengo un mal presentimiento decido seguir, mi reflejo deformado en el acuario me causa mucha curiosidad. Mientras observo lo viejo que estoy mi mente se llena de preguntas: ¿Por qué mi destino se resolverá aquí? ¿Quién es esa persona que Pamukale dijo que encontraré? ¿Será Liliana? ¿Será que alguien también le dijo a ella que viniera a este lugar? Comienzo a exasperarme con la idea de conocerla. El tiempo pasa lentamente y no pasa nada.

«¡Necesito distraerme con algo para no volverme loco!», me digo.

Una idea viene a mí. ¿Qué tal si mientras espero intento saber qué ocurrió el día que todo se olvidó? Lo primero que se me ocurre es buscar los periódicos; tal vez con ellos pueda entender qué había pasado los días previos a ese fatídico 27 de septiembre.

Recorro el primer piso y no los encuentro, solo hay mesas y sillas. Subo entonces a revisar los otros pisos: en el segundo y el tercer piso hay estantes llenos de libros ordenados por autor. En el cuarto piso por fin encuentro varios estantes llenos de revistas y en los muros alrededor están los periódicos ordenados por años, meses y días.

La luz del sol comienza a disminuir. Sé que pronto llegará la noche y perderé la visibilidad para ubicar la información que deseo. Examino los rótulos de las diferentes fechas que encuentro en las

paredes.

Por fin llego al 27 de septiembre de 2113. Reviso los diferentes tabloides, pero ninguno dice nada raro o extraordinario, solo hablan sobre asuntos del clima, accidentes de tráfico, motociclistas atropellados, algún político preso por corrupción, lo habitual.

Paso entonces a los periódicos de los días que antecedieron aquel 27 de septiembre. Tras media hora de búsqueda, encuentro una noticia del mes anterior que, aunque no tiene nada que ver con la tragedia, presenta la imagen de un anciano iracundo, agarrado por varios policías. La noticia bajo la foto dice:

Agosto 4 de 2113

Fue arrestado una vez más el científico Jean Paul Rodin por destruir nuevamente las antenas de servicio de telefonía celular ubicadas alrededor de su vivienda en los cerros orientales de Santafé de Bogotá. Al ser retenido, se expresaba en un confuso «español-inglés» y decía: «I WILL BE THE LAST GOD!, ¡YO SERÉ EL ÚLTIMO, MALDITOS IGNORANTES!». Su detención fue momentánea, ya que la fianza fue pagada rápidamente por su organización».

Quedé estupefacto al releer la frase:

«I will be the last god».

Tomo una silla y me siento, leo y releo la noticia, mis pensamientos se transportan en el tiempo a esa noche alrededor de la fogata cuando toda esta matanza comenzó, cuando todos soñamos con la frase: «THE LAST WILL BE GOD». No creo que sea una coincidencia, estos hechos deben estar relacionados. ¡Es casi exactamente la misma frase!

Una amargura que había estado enterrada en el pasado volvió a mí. Comienzo a recordar a Johana, su forma de ser que aunque tranquila y cariñosa guardaba en su interior un corazón salvaje y guerrero. Rememoro el tiempo que vivimos juntos en ese pueblo que parecía ser el paraíso. También por ella estaba aquí.

Ese viejo debe tener la clave de todo lo que sucedió. Debo investigarlo. Necesito saber dónde vive y si lo encuentro debo hablar con él. Una ansiedad comienza a crecer en mí por desenmarañar la causa de todo lo que sucedió.

Arranco la noticia del periódico, la guardo en un bolsillo y cuando voy a levantarme de la silla dos fuertes manos me lo impiden y me sientan de nuevo. Una voz conocida me susurra al oído:

—¿Te vas tan pronto mi amor?

Quedé congelado.

Abro los ojos totalmente, paso saliva. Era como si estuviera escuchando la voz de un muerto. Solo tenía un nombre en mente: ¿Johana? Alcanzo a susurrar su nombre y de inmediato una de sus gigantes manos toma mi cuello, lo aprieta y me lanza despedido varios metros hacia atrás. Unos estantes amortiguan el golpe. Sentí como si un gran caballo me hubiera pateado. La poca luz me impide ver quién me había provocado aquel impacto. ¿Sería posible? ¿Johana?

En el sitio donde hace unos instantes estaba sentado ahora había una gran figura, pero no podía ser ella. La silueta que estoy mirando es más alta y más grande de lo que recuerdo. La sombra tiene unas piernas y unos brazos musculosos. Diría que mide al menos dos metros. No puedo creer que la femineidad de Johana se haya esfumado con el paso de estos años.

La figura está totalmente quieta, y aunque no puedo ver su rostro sé que también me está observando. No dice nada. De repente, noto que tiene una lanza en su mano derecha.

—¿Johana? —me atrevo a preguntar.

No hubo respuesta.

Tras un momento de silencios y miradas, por fin obtengo una respuesta:

—Hace mucho no me llamaban así... ¡Solo sé que eres un maldito y mereces que te mate! —respondió una voz femenina llena de rabia con un tono frío y ronco.

La figura cambia rápidamente de postura, alista la lanza y la arroja. Sorprendido, giro sobre mi lado derecho y esquivo el arma. El paso de la lanza hiere mi brazo izquierdo. Ha empezado sin quererlo otra batalla de ganar o morir.

Johana alista otra lanza. Me levanto y comienzo a correr por entre los estantes de revistas lo más rápido posible. Corro y corro y tras pasar varios estantes y sentir que la he perdido me detengo. Me escondo entre ellos. Con la mano izquierda toco la herida y veo que es superficial, así que no me preocupo.

Todo está en total silencio. La luz que queda del día es muy poca. Agachado y en la creciente oscuridad trato de escuchar con mucha atención cualquier indicio de su presencia. ¿Será que la perdí?

De repente, una voz justo encima de mí grita:

—¡Desgraciado!

Cuando volteo la cabeza hacia arriba para ver el origen de la voz recibo una patada directo en mi cara, con tal fuerza que salgo arrojado hasta las barandas que separan el piso con el vacío del centro de la biblioteca.

De nuevo, ahí botado en el piso y con la nariz rota, intento hacerla razonar:

—¡Espera Johana! —Tengo la cara llena de sangre y las palabras me salen balbuceadas—. No fue mi intención dejarte allá en esa selva, pensé que habías muerto porque...

Mientras hablo veo que Johana se prepara para lanzar de nuevo. Así que salgo corriendo esta vez no por en medio de los estantes, sino alrededor de la baranda que bordea todo el piso. Mientras acelero el paso voy apoyando una mano en la baranda e intento ubicar a Johana. Está ahí, quieta junto a la baranda en el lugar donde yo había caído después del golpe en la nariz. Sé que me está mirando.

Mientras me observaba, dice:

—El deseo de matarte fue lo único que me mantuvo viva todos estos años. Después de hoy podré morir en paz.

—¡Pero yo no sabía que seguías viva! —argumenté.

—Eso ya no importa, tomé otro camino y ahora morirás.

—Pero no entiendo, Johana, cómo terminaste acá y cómo te convertiste en... en... eso.

—Ese día que me abandonaste, logré matar al gato gigante, aunque quedé muy herida, a punto de perder el brazo y perdí el conocimiento. Tú no volviste. Al despertar en la noche, una cuadrilla de hombres me capturó. En ese tiempo no solo la gente quería matar, otros preferían tener esclavos. Me llevaron a Coello y pude ver la finca que ardía en llamas y junto con ella todos mis sueños se volvieron cenizas.

—¡No puede ser!

—Nos hicieron matarnos entre nosotros, hasta que quedaron los mejores. Me llamaron Scatha. Sobreviví gracias al odio. Al final, los ganadores nos convertimos en los guardianes del «Señor que todo lo sabe». Este es el templo que debo proteger según sus órdenes. He cazado y matado mujeres y niños en su nombre.

—¿Quién es él? ¿Qué es? ¿Por qué sigues sus órdenes? No entiendo nada, Johana.

—Él prometió que cuando llegue el final de todo nos devolvería los recuerdos. Para mí eso



vale más que cualquier suma de dinero. Ahora ya es tarde para ti.

A pesar de la oscuridad sentía el fuego de la venganza en sus ojos.

Como estaba enfocado en observarla y hablarle, tropecé contra algo en el piso. ¡Una maldita trampa de cacería! Caí estúpidamente por mi distracción. De inmediato, una cuerda rodea mi tobillo derecho y en segundos me encuentro colgado bocabajo. Estoy en sus manos otra vez. Johana, lentamente, alista su próxima lanza. ¡Mierda!

—Si te llevo a él con un poco de vida me pagará aún mejor —dice.

Johana, desde el otro lado del cuarto piso, lanza el arma. Gracias a la oscuridad su puntería no es tan certera. Me corta el hombro derecho. Aúllo del dolor. Al notar que no me ha matado, prepara la siguiente lanza lentamente, parece que disfruta de mi sufrimiento.

Sé que tengo que escapar antes del próximo ataque. Con mi mano izquierda saco el cuchillo que tengo amarrado a mi tobillo derecho y corto la cuerda y caigo. Sin mirar atrás, salgo a correr en la oscuridad. Herido como un animal a punto de ser vencido pienso en las palabras de Pamukale: ¿Será que soy la presa que mencionó en sus visiones? ¿Ese era mi destino? ¿Morir como un jabalí acorralado? ¿Y en las manos de Johana?

Quizás lo merezco.

Decido cambiar mi estrategia. Debo dejar de huir y enfrentarla. Me dirijo hacia los muros exteriores del piso. En mi recorrido inicial por la biblioteca había notado que había dos baños por piso, mi meta es encontrar uno de ellos. Tengo que hacerlo rápido, pues seguramente Johana está cerca.

Llego a uno de los baños. La puerta no tiene perilla, solo hay que empujar. Entro. Me oculto al lado de la puerta con el cuchillo en mi mano izquierda, listo para atacar. Trato de hacer silencio. Estoy sudando y mi hombro derecho sangra copiosamente así como mi cara. La ansiedad hace que mi corazón se acelere.

Debo pensar rápido. En estas condiciones soy el más débil: ella es rápida, fuerte y experta en cazar a distancia y lo peor es que estoy en su territorio. Con las fuerzas que tengo solo tengo un chance, tengo que jugar a las cartas nuevamente.

Me alejo todo lo que puedo de la puerta giratoria. Me agacho intentando adivinar su sombra bajo la puerta. Percibo la poca luz que aún queda. Mi respiración se entrecorta, mi corazón sigue latiendo desahogado. Tras unos instantes veo por fin que algo obstruye la poca luz que llega por debajo de la puerta. La sombra aumenta su tamaño poco a poco.

Los segundos se me hacen eternos y el dolor también. Trato de calcular la distancia a la que se encuentra Johana de la puerta. Presiento que serán unos dos metros, la longitud perfecta para poner mi plan en acción. Corro con todas mis fuerzas hacia la puerta. Suelto el cuchillo, no lo necesito. Voy preparado para arrollarla y arrojarla al vacío antes de que pueda reaccionar. Abro la puerta de un tirón. Inesperadamente, Johana está mucho más lejos de lo que pensé, como a ocho metros. No puedo parar mi plan, tengo que llegar lo más rápido posible a ella.

Ella se sorprende al verme y comienza a alistar una nueva lanza, lo hace muy rápido. La levanta y la arroja directamente a mi rostro. Me pasa rozando y corta mi oreja derecha. Sin importar el dolor sigo corriendo con toda mi fuerza. Por fin la choco, la abrazo mientras sigo con mi carrera hacia el borde del piso, hacia los barandales, solo tengo una oportunidad.

De repente, comenzamos a perder velocidad, lo que no había tenido en cuenta era que ella era más grande y más fuerte que yo. Sus piernas de caballo comienzan a detener mi marcha. ¡Tengo que hacer algo rápido! Recordé mi pequeño tercer brazo, por fin sería útil para algo. Saco la pequeña extremidad que tengo abrazada a mi estómago, que lleva mi último cuchillo, tal como me lo había recomendado Pamukale. Lo entierro en el estómago de Johana y lo giro. Siento la reacción de Johana ante el ataque inesperado.

Por fin ella deja de hacer contrafuerza. Logro entonces seguir corriendo y la empujo hasta llegar a la baranda. La baranda se quiebra. Los dos fundidos en un abrazo caemos al vacío. Mientras descendemos, ella golpea mi cabeza con sus puños. Sumándole la pérdida de sangre y las heridas, comienzo a perder la conciencia. Pero tengo que estar concentrado, todo está funcionando de acuerdo con mi plan y lo más importante está por comenzar.

Al parecer caeremos sobre el acuario. Esa era mi idea, una vez ahí seré yo el que tendrá las de ganar, mis habilidades en el agua heredadas de Artraz harán que ese estanque sea la perdición de Johana.

En medio de la caída noto que no llegaremos donde creía. El impulso no fue suficiente, pues la fuerza de Johana nos desaceleró.

Chocamos contra el borde grueso de la pecera. Su espalda y hombro absorben el golpe y el acuario estalla en mil pedazos. Salgo despedido por la fuerza del agua y choco contra varias mesas y sillas que encuentro en mi camino. Ella sale lanzada hacia el otro lado de la sala.

Cuando por fin me detengo, quedo acostado sobre el piso en medio de una piscina negra-verdosa que me cubre casi por completo. A mi alrededor flotan libros y revistas.

El golpe y la explosión del estanque han terminado por agotar mi energía vital. Levanto con esfuerzo la cabeza para ver dónde está Johana, no veo nada más que algunas mesas y sillas acariciadas por la luz de la luna. Sin embargo, al otro lado de la sala una sombra se levanta y muy lentamente camina hacia mí. Cojea. Ella tiene la mano derecha sobre la herida que le había hecho con el cuchillo, su hombro izquierdo cuelga.

Viene directo hacia mí. Su gran fuerza corporal le ha permitido resistir la caída mucho mejor que yo. Intento moverme, pero estoy fulminado a causa del cansancio, ella llega y se sienta sobre mi estómago, y con sus dos grandes manos agarra mi cuello y lo aprieta con todas sus fuerzas. Parece que moriremos los dos juntos, quién lo diría, Johana por la herida en su estómago y yo ahorcado por sus grandes manos.

Sus ojos están inyectados de ira. Mientras aprieta con rabia mi cuello dice:

—¡Eres un maldito! ¡Un maldito! ¡Me dejaste allá sola después de que te lo di todo!

Intento decir algo pero no puedo, no tengo aire, y lo único que puedo respirar es mi propia sangre.

—¡Ahora solo sueño con sangre y muerte! —continúa.

Sin poder respirar y con el sabor a sangre en mi garganta presiento el final, mi destino está jugado. Definitivamente, soy la presa en la predicción de Pamukale. Comienzo a perder la conciencia.

Entonces, una gotas caen sobre mi rostro, parecen lágrimas, su sensación en mi cara me

despiertan de la inconsciencia. Siento que la fuerza que Johana imprime sobre mi cuello disminuye.

—¡Un maldito! —repitió—. Si tan solo hubieras regresado por mí, el mundo sería nuestro... ahora todo está perdido...

Después de esas palabras hay un largo silencio. Sus lágrimas no paran de caer sobre mi rostro. No entiendo qué ocurre. La presión en las manos de Johana es cada vez menor.

De un momento a otro y para mi sorpresa me libera el cuello. Tomo una bocanada gigante de aire y sigo inmóvil. En silencio, ella se levanta y se aleja cojeando. Con el poco aire que tengo en los pulmones intento hablar:

—¡Johana! ¡Espera! Yo volví acá por ti... —La sangre me atraganta y no puedo continuar.

Ella gira, me mira y con una voz debilitada de muerte, dice:

—Ya no soy la Johana que conociste, destruí todo lo bueno en mí, merezco morir, pero de pronto tú puedas enmendar un poco lo malo que hice... si te enfrentas al «señor que todo lo sabe». Ten cuidado de que sus palabras no te envenenen como a mí...

—¿Quién? —dije con el poco aliento que tenía.

—Pensé que ya lo sabías. Es el mismo hombre que estás buscando... el hombre del periódico... al parecer el destino quiere que lo encuentres... dile que es un malnacido... y mátalos lo más rápido que puedas... no lo dejes hablar...

—¡Johana! ¡Espera! ¡No me dejes! —intentó gritar pero la voz no me sale.

Johana sigue su camino cojeando hasta desaparecer en la oscuridad.

Mientras tanto, quedo ahí botado. Abandonado de nuevo, en medio de ese charco de libros, sillas y mesas. Trato de entender qué ha sucedido. ¿Por qué no volví a buscarla ese día en la selva? ¿Qué poder tiene ese maldito «Señor que lo sabe todo» para convertirla en eso? Vuelvo acá por ella y descubro que la he destruido sin quererlo.

En la total oscuridad de la noche, la luz de la luna atraviesa el techo de vidrio e inunda la biblioteca. Estoy tan agotado y herido que me quedo ahí entre dormido y despierto, el dolor y el ahogo con la sangre de mi nariz rota me sacan de mi duermevela.

En los albores de la madrugada, cuando la luz del sol naciente comienza a filtrarse en la biblioteca me entero de que Johana acaba de morir. Los destellos del amanecer se cubren de

oscuridad. Conozco este sentimiento. En la completa y temporal tranquilidad que me embarga siento llegar la energía de Johana con la imagen de un caballo salvaje cabalgando hacia mí, al chocarme no solo su energía me invade sino también una inmensa tristeza.

Tras el trance vuelvo a la realidad y me levanto del charco de agua podrida para buscar algún baño en los últimos pisos para reponerme, no debo dejar que los niños descerebrados me maten.

En el baño de mujeres del sexto nivel caigo en el piso y entro en un profundo sueño: estoy en una selva que me resulta familiar. Veo a Johana, está luchando en el suelo contra el felino gigante. Dan vueltas en el piso. No veo al cazador. De tantas vueltas llegan a la escopeta, el gato muerde con fuerza su brazo izquierdo y ella con su mano libre toma el arma cargada, dispara y mata a la bestia. Johana está herida en su brazo y sangra copiosamente. Intenta levantarse, camina varios metros y cae desmayada. Cuando despierta ve varios hombres con antorchas y armas, y la amarran a otros cautivos. Esos hombres traen el cuerpo sin vida del cazador y ella cae en cuenta que yo sobreviví. Siento su odio hacia mí por abandonarla. El sueño cambia y ahora está en Santafé de Bogotá cazando un grupo de niños normales en un centro comercial. Se ha convertido en una máquina de matar, al parecer le pagan por los sobrevivientes, veo que se los lleva a un anciano cuyo rostro me es familiar. Finalmente, el sueño termina en una tienda de ropa abandonada. Johana está herida en su estómago y mientras camina murmura mi nombre llorando, y dice: «No dejes que te vuelva como yo» y muere.

Despierto un día después.

Con más fuerzas me dedico a buscar el cuerpo de Johana en la tienda de ropa donde había muerto según el sueño. La encuentro justo en ese lugar. Aún tiene lágrimas en su rostro. La entierro detrás de la biblioteca y coloco algunas piedras sobre su tumba. El «señor que todo lo sabe» debe pagar por lo que le hizo a Johana, destruyó lo bueno que tenía en su corazón.

Continúo entonces con mi investigación sobre el científico Jean Paul Rodin. Creo que también lo vi en mi sueño.

Esta vez busco libros de su autoría en el segundo piso de la biblioteca. Encuentro uno llamado *El fin de la era racional*, en el cual se anunciaba que el uso de tantas tecnologías terminaría por volvernos estúpidos y tecnodependientes. El segundo libro era una tesis sobre como teóricamente era posible cambiar los recuerdos de una persona por medio del electromagnetismo. ¿Será qué «cambiar» era «borrar»? ¿Será que el maldito tuvo que ver con el día que todo se olvidó? ¿O el maldito lo sabía?

Todo me lleva a pensar que este científico es el mismo que Pamukale llamó «el demonio que lo

ve y lo sabe todo» y que Johana nombró como «El señor que todo lo sabe». ¿Será una coincidencia? ¿Los tres serán la misma persona?

Tengo que encontrarlo y saber toda la verdad.

Pero ahora la pregunta es... ¿Estará vivo? Si la anciana estaba en lo correcto en este momento solo dos personas estaríamos vivas sin contar la jauría de niños que parecen muertos vivientes. Encontrarlo es la única motivación que me mantiene aquí. ¡Mi destino es enfrentarlo!

Me quedo un par de días más en la biblioteca, para recuperarme y ejercitarme. Al heredar la musculatura y la altura de Johana es necesario acostumbrarme a moverme bien; además, debo mejorar la cacería con la lanza que tantos problemas me ocasionó.

Cuando siento que estoy habituado a mi nuevo cuerpo salgo a buscar al científico. La posición de su residencia fue fácil de ubicar gracias a los directorios telefónicos que están en la biblioteca. Vive sobre los cerros orientales de Santafé de Bogotá.

En las calles de la ciudad voy brincando de tejado en tejado con la idea de no encontrarme algo que pueda atacarme. Mi cuerpo es ahora capaz de saltar la altura de dos pisos de un solo impulso. Para ir más rápido llevo poco equipaje, solo una maleta con varias lanzas que Johana tenía en la biblioteca.

El día está soleado cuando llego a la casa del científico, que es inmensa y blanca. Luce como un hospital o un lugar de retiro, su alrededor está enrejado y coronado por una malla eléctrica. Doy una vuelta alrededor. Parece que no hay nadie. «Estará muerto», pienso.

Me acerco a la puerta principal para verificar si está abierta. Frente a ella, noto dos cámaras de seguridad, una a cada lado. Para mi sorpresa las dos cámaras se mueven y siguen todos mis movimientos. ¡Diablos! ¡Debe estar ahí mirando! Me alejo y me escondo en una esquina donde no fuera fácil atacarme.

Pero nada pasa. ¡Tengo que hacer algo! ¡El maldito debe estar solo!

Tomo impulso y logro brincar las rejas y la malla eléctrica. Aterrizo en medio de una cancha de tenis y una piscina. Debo hallar rápido al malnacido.

Una gran casa blanca de tres pisos está frente a mí. La puerta blanca de metal es el siguiente paso en mi búsqueda del «Señor que todo lo sabe». Solo pensar en ese nombre me hace enfurecer. Tomo una de las lanzas de mi mochila y a gran velocidad abro la puerta de una patada. Llego a una gran sala blanca de dos pisos de altura, en el fondo hay una chimenea encendida. En frente de ella, tres sofás de cuero blanco y en el centro, una mesa de vidrio. Sobre la mesa hay un cigarrillo sin terminar en un cenicero de bronce. Alguien ha salido de afán.

Me quedo de pie junto a uno de los sofás de cuero, miro hacia a mi alrededor listo con mi lanza, pero no veo a nadie. Sobre la chimenea un gran cuadro que representa una batalla de soldados a

caballo llama mi atención. Mientras lo miro, aparece una voz:

—¡Hola Mark! —dice la voz de un anciano.

Me inquieto al escuchar mi nombre.

—Espero que no vengas a matarme. Soy un pobre anciano y solo quiero hablar con otro ser humano... ¡He estado muy solo acá! —Su voz parece conformada por varias voces.

«Si es un demonio no habla como tal», pienso. Finalmente, encuentro el parlante de donde proviene su voz.

—¡Déjate ver maldito demonio!

—¿Demonio? ¿Quién te dijo que era un demonio? Te diré dónde estoy, pero prométeme que no intentarás matarme hasta después de que hablemos. ¿Lo prometes Mark?

—¿Qué?

—Promételo, Mark. Desde pequeño has sido una persona de palabra, así que si lo prometes confiaré en ti.

«¿Pero cómo diablos sabe mi nombre?», me dije.

—Está bien, lo prometo.

—Muy bien. Además, te contaré cosas sobre tu pasado... verdades que ya no tienes... pero no intentes matarme... Arroja tu arma y tu maleta fuera de la casa.

Tomo mi bolsa, guardo en ella la lanza y la arrojo por la puerta de entrada. La maleta queda justo al borde de la piscina. Estoy listo para una pelea mano a mano si es del caso.

—¡Hecho! —dije volviendo a la sala.

El cuadro sobre la chimenea transmuta y se convierte en un cristal, el científico aparece como por arte de magia detrás del vidrio que por su grosor parece ser antibalas.

Espero ver un ser monstruoso y asesino capaz de domar a la salvaje Johana. Pero me sorprende al verlo. Es el mismo personaje que había visto en las fotos de los periódicos, un anciano, de mediana estatura, aunque por alguna razón su cabeza es más grande y deforme, como si su cerebro se hubiera inflamado o crecido más de lo normal. Sus ojos van de un lado a otro como si no pudiera controlarlos o como si estuviera loco.

Cuando ve mi cara de sorpresa, piensa que es por el vidrio de protección y dice:



—Debo tomar precauciones, Mark. Espero que no intentes algo de lo que puedas arrepentirte después. ¿Cómo me hallaste?

—Pasé por la biblioteca. Allá obtuve la información.

—Interesante... Supongo que mataste a Scatha, mi gran guerrera asesina. ¡Qué lástima! Era una de las mejores. Tú también debes ser un gran guerrero. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué?

—Todos los humanos que vienen aquí quieren saber algo de su pasado. Yo lo sé todo, Mark.

—¿Entonces sabes quién era yo antes del día del olvido?

—Así es. Te conozco desde que eras un crío, sé todo sobre tu vida, tu esposa y tu hijo.

—¿Un hijo?

Mi corazón se vuelve trizas y un mar de preguntas vienen a mente. Johana tenía razón: comenzó a envenenarme con sus palabras.

—Supongo que no lo sabías —dijo el científico entre carcajadas.

—Pero...

Absorto por unos segundos, intento imaginar el rostro de mi hijo, pero no puedo. ¡Cómo pude olvidar eso!

El científico continúa:

—No pienses que es algo personal, Mark. La verdad es que conozco todos los recuerdos de cada persona que hayas conocido alguna vez en tu frágil existencia... ¡lo sé todo!... Soy GOD, «Guardian of Data», o «el guardián de los datos».

Cada revelación es una puñalada a mi mundo.

—¿Cómo? Eso quiere decir que cuando todos soñamos la frase... «THE LAST WILL BE GOD» (el último será Dios), ¿significaba que el último sería el guardián de los datos y no que el último sería Dios?

—¿Gracioso, verdad? El guardián de los datos sabe todo de todos. Es casi un Dios en este mundo de imbéciles, y como imbéciles se mataron unos a otros.

—¡No entiendo nada! ¿Por qué usted no está como todos los demás?

El científico toma aire y con un tono de resignación agrega:

—Creo que por matar a Scatha mereces escuchar la verdad como premio: hace mucho, mucho tiempo yo era un joven científico renombrado con un futuro prometedor, también tenía una hermosa familia como la tuya. Era padre un niño de la misma edad que el tuyo. ¡Vaya coincidencia! Pero un día, mi esposa y él murieron en un accidente de auto.

»Ese día mi mundo perfecto se acabó. Me sentí mal, muy mal, no podía seguir existiendo. Mis investigaciones se fueron a la basura y me dediqué a todos los vicios posibles, estaba destinado a morir siendo una basura, un desconocido. Pero de pronto un día en medio de mis borracheras de whisky barato una idea vino a mí: una idea loca que cambiaría todo. Tenía varios estudios sobre cómo guarda el cerebro los recuerdos y cómo se afectan por el electromagnetismo; entonces ¿qué tal si lograba borrar de mi mente esos recuerdos tristes que destrozaban mi vida? ¿Qué pasaría si borraba los recuerdos de mi esposa y de mi hijo?

»La respuesta fue instantánea: podría seguir adelante, buscar los sueños de gloria y de poder que siempre quise. Así que comencé mi investigación, empecé con ratas, con chimpancés, y todo funcionaba a la perfección: los pequeños simios olvidaban a su madre, rechazándola y atacándola.

»Pero durante las últimas pruebas con chimpancés bebés encontré algo que no tenía que pasar: otro pequeño chimpancé al que no se le había aplicado el experimento trataba a la madre rechazada como propia. No sé cómo, pero lo entendí en un instante: los recuerdos perdidos eran transmitidos.

»De ahí en adelante, mi investigación tomó otro rumbo, ¿qué tal si en vez de borrar recuerdos, podía tener el conocimiento y los recuerdos de la mayor cantidad de personas posible? Sería el ser más inteligente y poderoso del mundo.

»Así que sin perder más tiempo, comencé a hacer experimentos en humanos a escondidas, los secuestraba y obtenía todos sus recuerdos, su vida, y como resultado ellos quedaban hechos unos seres vivos pero sin inteligencia.

«Sin inteligencia como los niños zombis», pienso. El científico prosigue:

»En mí se desató una sed insaciable de recuerdos, era un vampiro. Así que un día creé un plan mucho más ambicioso. Exactamente lo que debes estar pensando: el día en que todo se olvidó. La idea inicial era quedarme con el conocimiento de todos y dejarlos como unos hombres descerebrados, fáciles de domesticar y entrenar. Pero como lo habrás comprobado no todo salió como esperaba: olvidaron pero no quedaron descerebrados instantáneamente y, por otro lado, no todos me entregaron sus recuerdos.

—¿Algunos se salvaron? ¿Quiénes?

—Sí, fallé terriblemente en mis cálculos. Mi método era usar los medios tecnológicos para ello, todo el que estuviera cerca de un celular, computador o tableta recibiría la onda necesaria para que su cerebro quedara inservible. Los que no estaban lo suficientemente cerca no fueron afectados.

¡Dios santo! La niña que encontré saliendo del edificio.

—Pero como puedes ver, tras varios años solucioné los problemas. Esos batallones de niños sin mente que vigilan la ciudad son la perfección de mi proceso: fieles y asesinos.

—¡Maldito! Todos esos niños inocentes...

—No me malinterpretes, Mark. Debía hacerlo. El día de la pérdida de la memoria, los que se salvaron también recibieron conocimientos que no eran para ellos y yo debía recuperar lo que era mío. Así que organice un ejército para cazar a los sobrevivientes.

—¡Usted es una bestia asesina! —le digo mientras la ira me domina. Solo quiero matarlo, pero antes debo saber algo más—. ¿Cuál es el nombre de mi hijo?

—Se llamaba Leo.

Leo... era la L que estaba escribiendo en el mail cuando perdí la memoria. ¡Mierda!

—¿Y es uno de esos zombis que están por la calle? —pregunté.

—No sigas por ese camino, Mark. Encontrarías respuestas que no quieres oír.

¡Maldito!

—¿Por qué me cuenta todo esto maldito engendro?

—Porque la verdad, tú no eres nada, Mark. Solo eres un ser perdido en este mundo de mierda. Yo, en cambio, soy un dios. Además, cada vez que le cuento esto a otro humano me gusta ver su rostro de sufrimiento y de impotencia —respondió entre risas.

—¡Maldito demonio! ¿Si lo mato recordaré a Liliana y a Leo?

—Digamos que si en un caso hipotético llegaras a matarme heredarías tus recuerdos. Pero no solo los tuyos, sino los de cinco millones de personas más y dudo que puedas soportarlo. Es mucha información. Si no sabes manejarla podrías echarlo todo a perder.

La sangre hierve dentro de mí. El odio hace que mi corazón se desboque. Miro el fuego en la

chimenea tratando de entender todo. Leo, Liliana, eran nombres tan lejanos, trataba de recordar sus rostros pero no podía. La rabia hace que olvide todo lo que Pamukale me enseñó.

Esta charla ha terminado para mí.

Aprieto los puños y digo:

—¡Maldito! Destrozó mi vida y lo va a pagar con la suya.

—Muchacho idiota, tienes que saber dos cosas: la primera es que no quiero matarte. Antes lo consideré, pero ahora, gracias a la gran cantidad de tiempo que tengo libre reviso uno a uno los recuerdos de cada habitante de la Tierra y he hallado unos que me sugieren que ser el último no es buena idea. Así que te convertiré mi prisionero.

¡El malnacido también sabe que somos los últimos!

— Lo segundo que tienes que saber—continuó el científico— es que no tienes ninguna opción de matarme, ya te conté de mis niños descerebrados que vagan por la ciudad. ¡Soy su único amo y tengo cientos de ellos!.... Niños, ¡ataquen!

Estaba tan concentrado en lo que decía que no me di cuenta de que en la puerta de la casa hay un batallón de zombis. Son exactamente iguales a los que vi a las afueras de la ciudad. Al girar hacia ellos, todos vinieron hacia mí. Una jauría sedienta de sangre.

—Fue muy fácil convertir en zombis a todos los niños que quedaron abandonados en las calles. Ahora soy su único maestro... —dijo el científico.

Saco de mi camino a los primeros descerebrados que me atacan con patadas y puños, y lanzo a la fogata a uno que otro. Si la sala se llena será mi fin, debo salir, afuera en la piscina estaremos a la par.

Apoyándome en uno de los sofás blancos me impulso y comienzo a saltar sobre ellos con grandes zancadas, intento apartarlos en cada salto antes de que se agarren de mí con sus dientes. Al salir de la casa tengo a varios mordiéndome las piernas. En dos brincos más me arrojé a la piscina, la jauría me sigue.

Los primeros niños que llegan detrás de mí también se lanzan. Nado hasta el fondo y me mantengo en lo profundo, más o menos a tres metros de la superficie. Los niños agarrados a mí comienzan a ahogarse y flotan muertos. Me quedo totalmente quieto en el fondo y solo observo. Los que se lanzaron no saben nadar, intentan alcanzarme con sus bracitos hasta ahogarse. Más

niños continúan arrojándose al agua hasta que los demás se quedan quietos mirando desde el borde de la piscina con la mirada perdida.

He logrado sobrevivir al primer ataque sorpresa, aunque con algunas mordidas en las piernas y en los brazos. El cloro del agua molesta un poco mis branquias al respirarlo, pero no es grave.

Es mi turno de hacer algo. Necesito recuperar las lanzas que están cerca de la piscina. Nado rápido hacia la esquina, salgo del agua, agarro la maleta y me sumerjo de nuevo. Al notar mi movimiento, otro grupo de niños viene en mi búsqueda, cinco niños más ahora flotan sin vida junto a los demás.

En el fondo del agua planeo la estrategia a seguir con mis nuevos talentos: el de un experto cazador como Johana y el de un excelente nadador como Artraz.

Me desplazo de un lado a otro, cada vez más rápido para tomar el mayor impulso posible. En un instante salgo disparado del agua, paso por encima de la barrera de niños asesinos. Todo sucede tan rápido que los zombis me miran sin reaccionar, solo giran sus cabezas al verme pasar. Toco el piso, brinco hacia la casa y atravieso una ventana del segundo piso. Aterrizo en un lugar que parece ser un pequeño dormitorio. Me asomo por la ventana y veo los niños completamente quietos mirándome todos al tiempo. No tienen forma de alcanzarme debido a su corta estatura. Siento un pequeño escalofrío al ver sus caras. Tal vez alguno de ellos sea mi hijo. Nunca lo sabré.

Decido continuar con mi misión, quiero recuperar mis recuerdos y acabar con todo esto de una vez. Salgo del recinto y llego a un extenso corredor que comunica los cuartos en el segundo piso. Al fondo observo el gran estudio del científico, él está ahí y al verme no se muestra sorprendido.

—Bueno... has podido esquivar a mis niños... supongo que ahora querrás reclamar tu venganza.

Sin decir palabra, saco una lanza de la maleta, la aprieto fuertemente y me abalanzo contra el anciano. Quiero clavársela en esa cabeza grande y deforme. Quiero verla explotar. Esta es la única de todas mis batallas a muerte en la que realmente quiero que mi contrincante muera.

Atravieso por el corredor, paso por el frente de los otros cuartos que tienen sus puertas abiertas. En la mitad del trayecto me frena una mano gigante que agarra mi tobillo y me detiene. De un jalón quedo bocabajo contra el piso, suelto la lanza. Trato de ver quién me ha atrapado. Es un hombre gigantesco, musculoso, pero su rostro tiene la misma mirada de loco y sin inteligencia que tienen los niños descerebrados.

—¡Ablándalo un poco, Tim! —ordena el científico.

La bestia, cuya mano era del tamaño de un casco de motocicleta, comienza a azotarme contra las

paredes sin soltarme. Con cada golpe intento proteger mi cabeza con los brazos, pero su fuerza es abrumadora. Entonces intento no perder la conciencia.

Mientras recibo la golphiza, el científico dice:

—Te presento al pequeño Tim. Él también vino por respuestas, pero no pudo escapar de mis niños y lo convertí en otro zombi muy leal como puedes ver...

En medio del porrazo, trato de ver con claridad al científico, pero mi rostro está empapado en sangre.

—Veo que vas a convertirte en mi nuevo compañero —continúa el anciano y sonrío—. Lástima que no quisiste hacerlo por las buenas...

El gigante por fin deja de golpearme contra las paredes. Mi cabeza y mis manos están tendidas sobre el piso en un charco de sangre. No debo perder la conciencia. Concéntrate Mark. ¡No pierdas la conciencia!

El científico sigue hablando pero cada palabra que pronuncia va y vuelve. Aunque él no lo viera por la sangre en mi rostro, mis ojos también están rojos pero de rabia. Él es el culpable de la pérdida de la memoria y de mi familia. En mi mente solo existe la idea de matarlo o de morir en el intento.

Debido a la posición de mi cuerpo y por mi silencio, el hombre cree que me he desmayado y dice:

—Parece que esta batalla terminó antes de empezar, ahora te llevaré a tu jaula.

Tengo una sola oportunidad. Tomo la lanza que está en medio de mi sangre derramada, la alisto y la arrojo con toda mi fuerza. Todo pasa muy rápido. Mientras la lanza va hacia su presa digo:

—¡Prefiero que todo se vaya al infierno y alcanzar mi venganza!

Lo único que puede hacer el anciano es cubrirse con las manos, la lanza atraviesa su mano izquierda y se incrusta en su corazón. Tras un grito de dolor, vocifera:

—¡Eres un estúpido, Mark! Entonces quieres ser el último guardián de...

No puedo terminar de escuchar lo que dice, pues el gigante Tim me golpea en el estómago y me lanza por la ventana del cuarto que estaba al lado. Al salir expulsado por la ventana veo la multitud de niños descerebrados mirándome volar en el aire y caer junto a la piscina.

Llegar al suelo es mi perdición, tengo las piernas y las costillas rotas. Mientras los niños vienen

corriendo desesperados hacia mí, todo empieza a oscurecerse.

El científico ha muerto casi que instantáneamente.



En la completa oscuridad sé que en cualquier momento llegará la fuerza vital del científico tal como ha sucedido antes. Lo que ignoro es la forma en que va a llegar. Al menos espero no quedar tan cabezón como él.

Estoy solo, en la nada, en la total tranquilidad.

De repente, veo que, lentamente, emerge en la penumbra un niño que camina hacia mí sonriendo. Al verme, acelera sus pasos. Tras él aparece una mujer delgada, alta, de cabello castaño largo. Sus rostros me parecen conocidos. Se acercan y se funden conmigo en un abrazo.

Como un relámpago recuerdo todo sobre ellos. Las lágrimas brotan de mis ojos. A mi mente viene mi última conversación con Liliana: ella iba a llegar al aeropuerto de Santafé de Bogotá a las 6 de la tarde el día en que todo se olvidó; además, debía recoger a Leo en el jardín que quedaba a una cuadra de mi trabajo.

¡Maldición! ¡Estaba tan cerca!

Instantes después, la tristeza desaparece. Rememoro el nacimiento de Leo y la enorme felicidad que sentí. También recuerdo el día que conocí a Liliana, en aquella fiesta de la empresa en la que los dos trabajábamos. Todos esos momentos vuelven a mí en ese abrazo.

En medio de la alegría de recuperar mi memoria también me doy cuenta de que no solo podía ver los recuerdos desde mi perspectiva, sino que también los veía desde el punto de vista de ellos. Y no solo eso: también puedo ver sus propios recuerdos. Antes de perder la memoria, Liliana estaba en las oficinas de un cliente suyo en otra ciudad, Medellín. Mientras espera que la llamen a la reunión, lee una revista de moda y mira fotos en su celular. Veo también a Leo, comiéndose una gelatina de limón en el jardín. Su sabor preferido.

Después de tanto sufrimiento obtengo mi recompensa: encontrar a mi familia.

Mientras sigo abrazándolos se aproximan dos personas más, vienen caminando lentamente y al llegar nos abrazan también y al instante lo sé: son mis padres, qué felicidad. Había valido la pena tanta matanza.

En medio de ese encuentro salen cinco personas más totalmente desconocidas para mí. Vienen hacia nosotros y también nos abrazan. Después de recibir sus recuerdos, me doy cuenta de que jamás los había visto. Dentro de sus memorias hay viajes a lugares que no conozco, así como

recuerdos de personas con las que nunca me he cruzado.

De la oscuridad salen más y más personas, todos llegan y se unen al grupo. Cada vez que alguien se conecta con nosotros, los recuerdos vienen a mí instantáneamente. Con tanta información, algunos de esos recuerdos me parecen propios.

A medida que recibo más recuerdos, la Liliana que está en mi memoria comienza a variar. ¿Tenía el pelo liso o rizado? ¿Era rubia o pelinegra? ¿Fui con ella a Miami? ¿La conocí en el trabajo? ¿O en aquel bar de la calle 93?

Todos los recuerdos se mezclan.

Es una cadena sin fin. La gente no deja de llegar. Tantas memorias me han hecho perder los recuerdos de mi esposa y de mi hijo. Ahora es como si tuviera miles de esposas, miles de hijos e hijas, todo es muy confuso.

Tras pasar un tiempo, en medio de la nada y de la total oscuridad somos miles o millones de personas abrazadas formando una sola masa y en el centro de todos estoy yo.

Ahora solo quiero que todo termine. ¡Esto es un infierno!

Finalmente la gente deja de aparecer. Sé que solo falta una persona por juntarse al grupo. Viene lentamente con una sonrisa satírica. Es el científico.

Ante su contacto, veo su último recuerdo antes de morir, como si fuera mío: observo sus manos ensangrentadas, una atravesada por la lanza que llegaba al corazón, y mientras la bestia descerebrada me arrojaba por la ventana las últimas palabras que pronunció fueron:

—¡Eres un estúpido, Mark! —Reía con maldad—. ¿Entonces quieres ser el último guardián de los datos? ¡Toma tu maldición!

Y cayó muerto sobre un charco de su propia sangre.

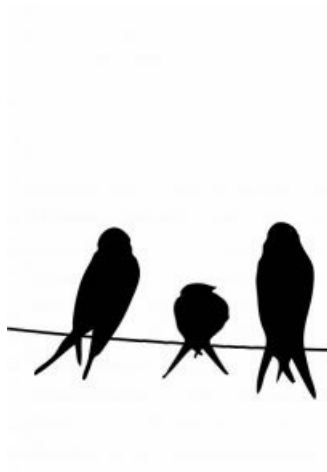
Tras ver ese momento, lo único que puedo hacer en medio de toda esa muchedumbre que me asfixiaba es gritar...

—¡Nooooo!

En medio de mi quejido todos se esfuman.

Solo. Nuevamente, estoy solo. Me calmo. Todo en mi cabeza sigue dando vueltas, tantas personas, tantos recuerdos. Lo único que tengo claro y que aquieta mi ansiedad es que vuelvo a la realidad. Seguro moriré en medio del ataque de los niños descerebrados.

Y la verdad, estoy listo para morir.



Pero no nada pasa. Continúo inmerso en la completa oscuridad. Pasan los minutos y no veo ningún cambio a mi alrededor. ¿Dónde están los malditos zombis?

A medida que pasa el tiempo siento que mi cuerpo desaparece y solo mi presencia sigue existiendo.

De repente, unas formas borrosas aparecen ante mis ojos. Vislumbro objetos blancos que se mueven y luces que titilan por doquier. Esto es totalmente ajeno a mi vida. Es como si fuera otra realidad. ¿Será el recuerdo de alguna persona?

Tras unos minutos, observo mejor qué hay a mi alrededor. Me encuentro en una especie de laboratorio y tengo compañía: hay dos ancianos que conversan entre sí. Creo que no me ven, siento como si los estuviera espionando desde una cámara de seguridad o algo parecido.

Uno de ellos, apenado y con la mirada en el piso, le dice al otro:

—Señor guardián de los datos...

«¿Qué? ¿Cómo así? ¿Otro?», pensé.

—¿Qué ocurre, primer capitán? —responde el otro anciano.

—Todo terminó tal como usted lo predijo. El mundo colapsó al quedar solo un individuo.

¿Qué? ¿Destruí el mundo? ¿Pero entonces dónde estamos? ¿Quiénes son ellos?

«¿Cómo así que se destruyó el mundo?» intento gritar pero nadie me escucha. La conversación de los ancianos continúa como si nada:

—Comprendo... —afirma tranquilamente el anciano “guardián de los datos”—, desde que se des-configuraron los discos duros del computador donde se ejecutaba la simulación “Humanos 2.0” lo más probable era que no iba a terminar nada bien.

¿Una simulación? ¿? ¿Luché a muerte por salvar mi vida y fui tan solo un personaje de un programa de computador?

—Si señor—tomó la palabra el primer capitán—, esa falla afectó los diferentes componentes: primero hizo que animales y vegetales comenzaran a actuar en contra de las leyes naturales programadas, luego convirtió en realidad seres míticos de otras simulaciones y finalmente forzó

que la mayoría de sujetos perdieran sus recuerdos.

¡Mierda, Ese fue el “día en que todo se olvidó”!

El primer capitán retomó:

—Y ni qué decir cuando intentamos arreglar los discos duros y sin culpa les dimos acceso directo a las cámaras de esta sala. ¿Quién sabe que habrán visto?

—Sí, incomprensiblemente. Después de ese día los habitantes de la simulación se aniquilaron entre ellos como animales hambrientos.

Entonces fue que lo vi. Al fondo de la gran sala, más allá de los dos ancianos, reposaba un gran letrero blanco con grandes letras negras que decía:

### **THE LAST WILL BE GOD**

«¡Maldita sea!», pensé. ¿Toda esa matanza tan solo por ese aviso?

El primer capitán prosigue:

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? ¿Reiniciamos el computador y la simulación?

—Imposible. Las memorias de todos los sujetos quedaron mezcladas e inservibles. Además, hemos perdido el control del sistema operativo de nuestra nave. Es inviable comenzar de nuevo —afirma con cara de resignación.

—¿Y entonces?, ¿perdimos las memorias de los sobrevivientes de la Tierra?

—Así es primer capitán.

—¿Pero qué hacemos ahora?! —pregunta el primer capitán con una expresión de susto. Su rostro está pálido.

—Diremos que la simulación de la humanidad fue un éxito: llegó al mismo final que la humanidad real. No hay nada más que hacer. Y como tampoco tenemos control sobre la nave lo único que podemos hacer es esperar.

Puedo observar a los viejos desde las diferentes cámaras del laboratorio, al parecer estoy atrapado en el sistema operativo de lo que parece ser una nave galáctica.

Después de un silencio, el “guardián de los datos” dice:

—Tom—Se dirige al primer capitán de una manera más informal—. Tú sabes muy bien cuál es nuestra misión: preservar esta nave como último vestigio del planeta Tierra. Debemos velar por las muestras de ADN, así como por la información almacenada en los discos duros y los pocos recuerdos de la humanidad que aún quedan mientras otra civilización extraterrestre nos encuentra... —Tose fuertemente y continúa—: somos los últimos vivos de los 30 científicos que salimos de la tierra hace mas de 50 años. Y como lo has podido notar últimamente he estado muy enfermo, la verdad es que tengo un cáncer de pulmón terminal y viendo que ya no puedo cumplir con mis deberes he decidido nombrarte EL ÚLTIMO GUARDIÁN DE LOS DATOS (the last guardian of data).

—Pero Peter...

—¡Pero nada Tom! Sé que eres capaz de estar al mando de esta nave, solo tienes que seguir todas las indicaciones del manual en caso de que encuentres una nave extraterrestre.

—Sí señor, haré que todos se sientan orgullosos de mí.

Tras la conversación, el más anciano, Peter, antiguo guardián de los datos se dirige a su cuarto y Tom se queda mirando con lágrimas en sus ojos el gran letrero que reza:

THE LAST WILL BE GOD

Le fallé a Pamukale. Si tan solo le hubiera hecho caso, al menos estaría vivo en ese mundo virtual.

Y ahora, atrapado en el software de esta nave veo como poco a poco van muriendo los últimos sobrevivientes de la humanidad. Puedo observar a los dos ancianos en sus cuartos, en los pasillos, en todos lados donde haya cámaras.

Peter, el anciano enfermo empeoró los días siguientes y murió tosiendo sangre en su cama una semana después. Tom, convertido en el último “guardián de los datos”, se ahorcó al cabo de dos días en medio de la sala blanca, frente al gran letrero.

THE LAST WILL BE GOD



Han pasado veinte años desde la muerte de Tom, durante los cuales la nave ha vagado sin rumbo en el espacio.

Atrapado en esta astronave y sin poder controlarla, lo único que me queda es esperar a que la batería de la nave sucumba o que termine estrellada contra un asteroide.

Sin quererlo, terminé siendo el «último» vestigio de la especie humana.

Mientras todo llega a su fin y desaparece junto conmigo los rastros de la humanidad me la paso revisando los recuerdos de los millones de personas que poseo, intentando descubrir cuál era realmente mío y así poder recordar quién era Liliana.

